

POESÍAS

DE

Don Antonio Francisco
de Castro,

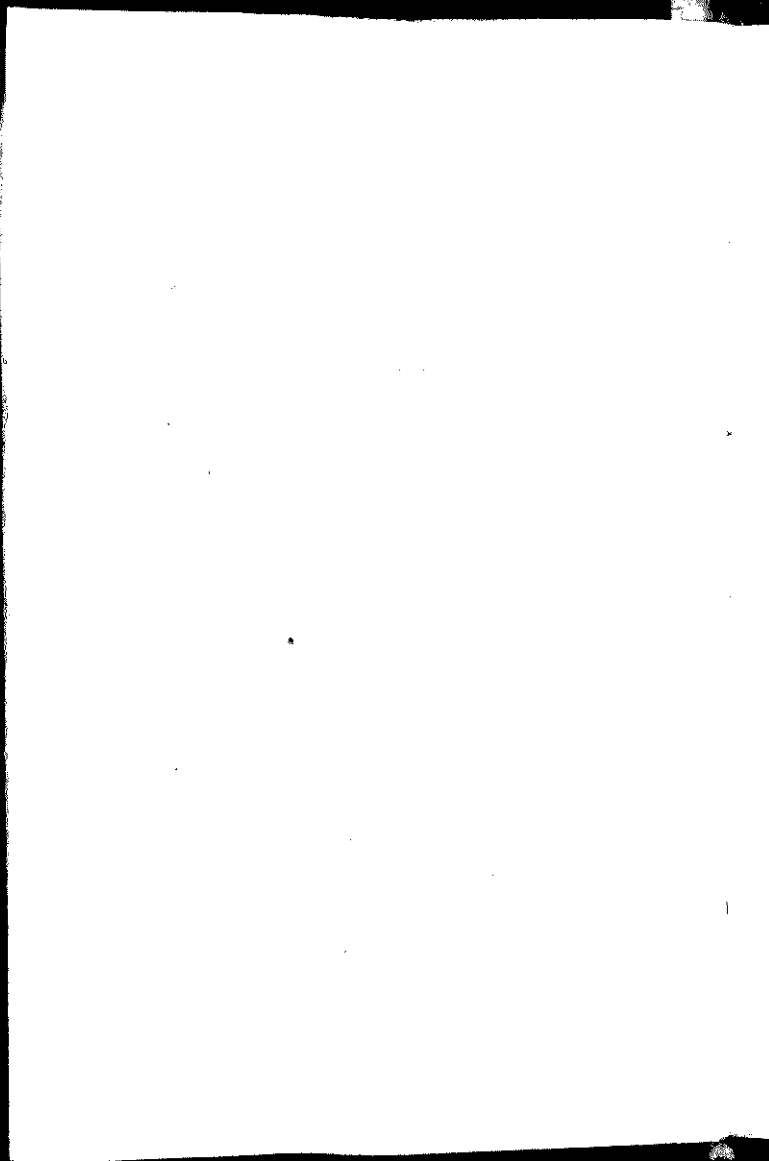
CURA PARROCO DE S. MARTIN DE FRUIME
EN EL ARZOBISPADO DE SANTIAGO.

edición inédita.

ORENSE.

Oficina de *D. Juan María de Pazos.*

1841.



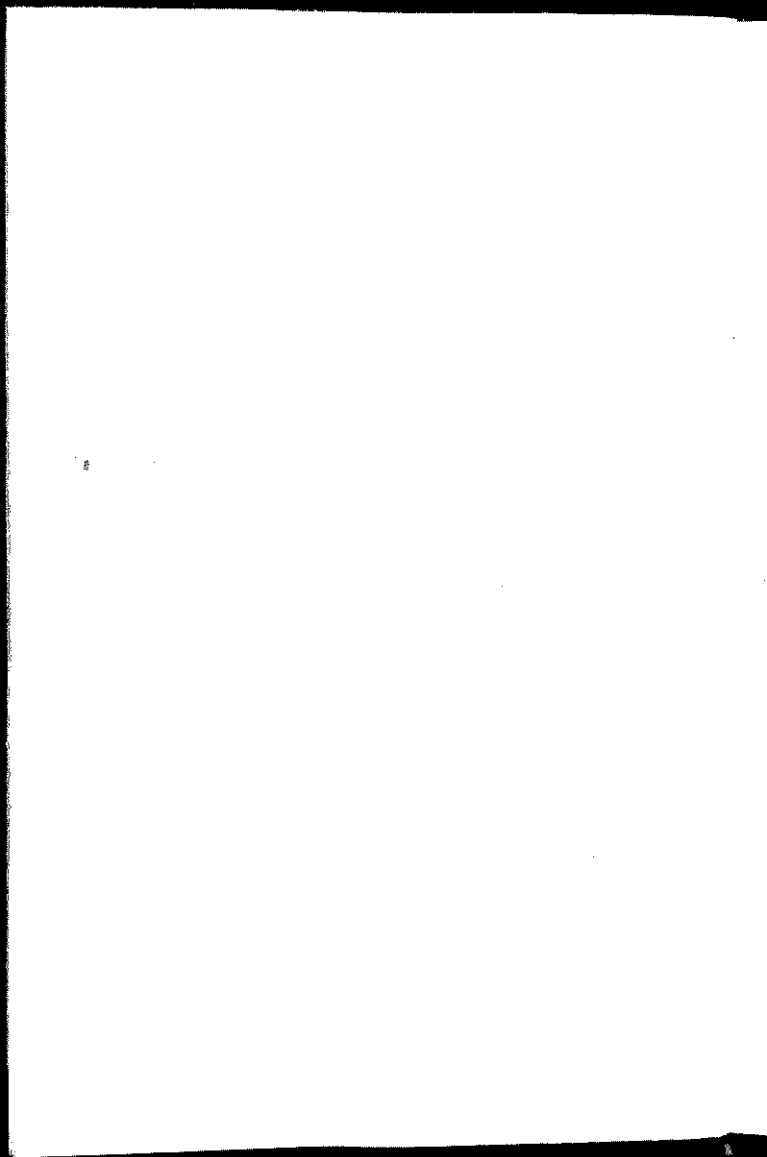
Á LA ACADEMIA LITERARIA
DE LA CIUDAD DE SANTIAGO.

Con el buen celo de aumentar y estender las glorias de GALICIA publicando las producciones poéticas de uno de sus hijos, que me ha proporcionado un amigo, á nadie mejor que á V. SS. puedo consagrar este pequeño sacrificio, que es grande si se atiende á mis cortas fuerzas, por la sencilla razon de que á tan ilustre y sabia Sociedad pertenecen todos los varones de talento y literatos distinguidos naturales del suelo gallego.

Espero que V. SS. admitirán con gusto esta demostracion de mi singular afecto.

De V. SS. at.º y rever.º Serv.º

Juan Ab. de Pazos.



La parroquia de San Martín de Frumie, en el arzobispado de Santiago, bastante conocida porque la dió renombre su celebrado cura, D. Diego Cernadas de Castro, cuenta en el catálogo de sus párrocos á dos genios extraordinarios dignos hijos de Galicia, con la circunstancia de que el autor de las presentes poesías fué inmediato sucesor de Cernadas en su dignidad parroquial, y la coincidencia de que ambos llevaron un mismo apellido sin haber sido parientes.

D. Antonio Francisco de Castro, de quien ahora nos ocupamos, fué natural de la parroquia de S. Mamed de los Angeles en la antigua jurisdiccion de Mesia. Era debido á su memoria poner en este lugar un resúmen de sus méritos literarios, pero no habiendo tenido proporción de adquirirlos, nos contentaremos con decir que siendo escolar en la Universidad de Santiago fué sobresaliente en Humanidades y bellas Letras, manifestando un extraordinario talento en la Poesía, por cuyo mérito se le designó el lugar, dignidad y sucesion de Cernadas. Siendo su constitucion en sumo grado melancolica, no pudo resistir la soledad de Frumie, y con licencia del prebado puso un tejante en ella y se retiró á Santiago, en donde sin embargo puede decirse que pasaba una vida

solitaria: en medio de la sociedad empleaba en ella poco tiempo y en los casos precisos: pasaba así la vida estudiosa en el retiro. Sus paseos diarios eran por sitios escusados á la concurrencia, buscando las arboledas, orillas de los ríos, praderas, colinas y sitios pintorescos que le suministraban ideas para alimentar su fuerte, la Poesía. Esto no obstante, su producción amena, dulce y festiva en las pocas veces que se dejaba ver, le hacían amable para con los sujetos con quienes trataba, y los que tenían ocasion de hablarle. Por último debe decirse para honrar su memoria, que D. Antonio Francisco de Castro ha sido un Eclesiástico de vida ejemplar.

La coleccion de sus poesías que por primera vez salen á luz, lleva el mismo orden con que las tenía manuscritas. Bien puede suceder que existan otras varias composiciones suyas pero estan ignoradas.

Las Musas en Galicia. ⁽¹⁾

*Al Excmo. Sr. Malvar, condecorado por S. M.
con la gran cruz de Carlos III en premio
de haber hecho el camino desde Santiago á
Pontevedra.*

ODA.

Deja, escelso Malvar, al hombre insano
Que no acierta el camino de la gloria,
Que edifique y consagre á un necio orgullo
Torres altivas.

Ingrato rompa de la madre Tierra
El seno, y desquicie sus entrañas
Para arrancar el mármol que destina
A altas columnas.

(1) Epigrafe del editor.

8

Al monte de sus bellos ornamentos
Despoje, de sus cedros elevados
Cuya sombra en estío consolaba
Al caminante.

Sude y rebiente el buey, el compañero
Dulce del hombre en la labor del campo,
Arrastrando del monte y de la selva
Piedras y troncos.

Suba el alto edificio hasta las nubes,
Y lóbrega mansion de las tinieblas
A su sombra se quede la vecina
Casa del pobre.

Del infeliz obrero mal seguro
En la altiva cornisa el pie resbale,
Y en sus brazos la muerte lo reciba
Para el sepulcro.

Llore la fiel consorte desolada,
Que preparando estaba parca cena
Para su tierno esposo, cuando escucha
La triste nueva.

Por el risueño oriente y mediodía,
Para darla mas vistas, se despoje
Al pobre de la casa en que nacieron
El y sus nietos.

Tu lo ves, y lo sufres ;Jove santo!
 No lo sufres: las nubes ofendidas
 Del atrevido empeño de escalarlas
 Disparan rayos.

La tierra aqui oprimida, allá rasgada
 Al furor de violentas convulsiones,
 Se venga sacudiendo los cimientos
 Del peso ingrato.

Los altos chapiteles se desploman,
 Y en confuso monton un Mausoléo
 Preparan á su dueño, á quien oprimen
 Techos dorados.

Aqui se alvergan pájaros nocturnos,
 Que al pasajero asustan cuando cantan,
 O mas bien cuando lloran sobre tristes
 Restos del lujo.

La dura zarza, el infecundo helecho
 Nacen dentre los jaspes; y aqui fijaa
 El inmundo lagarto, el zorro astuto
 Su madriguera.

Mas Tu, entretanto, amigo de los hombres,
 De la Patria consagra al beneficio
 Obras dignas que el Cielo las proteja
 Y el hombre alabe.

10

Abre el ancho Camino, que á la gloria
Sin ofensa de nadie te conduce,
Y á tu Patria procure á un tiempo mismo
Honra y provecho.

Llevan de pueblo en pueblo la abundancia
El buey pausado y el nervioso mulo:
El comercio renace, y la riqueza
Se distribuye.

Del pais fortunado, que el mar baña,
O las aguas del Ulla fertilizan,
Vienen frutos opímos que consuelan
Las sierras pobres.

*A la sombra de un roble el caminante, sin
temor del barranco ó del repecho, cantará
descansando tus loores y altas empresas.*

El que camine en coche, el que montado
En soberbio andalúz, el carretero
Humilde, á competencia bendiciones
Dan á tu nombre.

El que de noche emprenda su jornada,
Sin riesgo de pantanos y estravíos
A la trémula luz de las estrellas
Marcha seguro.

Ya no teme la furia del arroyo
Que envaneció la lluvia del diciembre,
Y que humillan debajo de sus arcos
Puentes soberbios.

¡Oh! vive largos años para empresas
Inmortales que premie el santo Cielo,
Y el Júpiter de España las corone
Con mano regia.

De la Fama el clarín pregone á voces
Del uno al otro polo tu grandeza,
Y de nuestra Galicia el desagravio
En los caminos.

Y tu, buen Lusitano, que ofreciste
Tus votos al Apóstol venerado,
Cuando en tu patria cuentas lo que viste,
No olvides los caminos, que has andado.

Cancion de un affligido á un Roble.



¡Oh Roble compasivo
 en cuyo tronco duro
 el cuerpo reclinado
 en mi dolor esquivo
 tiene apoyo seguro,
 y al ánimo cansado
 en mi penar doliente
 halla un amigo firme y confidente!

¡Cuantas veces me viste
 de dolor aquejado
 con rostro denegrado
 desalentado y triste
 llegar desconsolado
 y á tu sombra tendido
 regar por horas largas
 tus raíces de lágrimas amargas!

¡Cuantas veces al cielo
 levantar los turbados
 ojos, y del profundo
 pecho con fuerte anhelo
 suspiros represados,
 por respetos del mundo,
 salir de entre congojas
 rompiendo por tus ramas y tus hojas!

O cuantas agitado
de mi negra tristeza,
ya en la yerba tendido
me viste, ya arrimado
á tu ruda corteza,
cual enfermo alligido
que su lecho abandona
y halla su mal do pone su persona!

¡Cuantas desde la aurora
hasta la noche obscura
negado al alimento
que el pecho corrobora
me viste en mi amargura,
y para darme aliento
cu mis labios vertias
el maná que en tus hojas recogías!

Que de veces llamando
los cófiros ligeros
les encargas piadoso
que con murmullo blando
de mis cuidados fieros
procuren el reposo
y con susurro manso
me concilien el sueño y el descanso.

Cuando mas anegado
en tristes reflexiones
á tu sombra me viste,
de tí mismo olvidado
á bravos aquilones
tus hojas permitiste,

para que sus bramidos
distrajesen mi mente y mis sentidos.

¡Cuantas veces llamabas
las bellas avecillas
á tu espesura amena,
y allí les inspirabas
mil dulces tonadillas
en que mi horrible pena
dormida al fiero acento
calmaba su rigor por un momento!

¡Oh Roble buen amigo
de un triste abandonado
de cuyo mal te dueles!
Pues eres fiel testigo
de cuan atormentado
soy de penas crueles
¡no dejes de contarlas
á quien tenga poder de remediarlas!

A cuanto pasajero
á tu sombra se acoja,
si á Madrid se endereza,
dirás el dolor fiero
de mi eterna congoja;
logrará mi tristeza
quizá por este medio
del Ministro de Carlos el remedio (1).

¿Un alma generosa
que eleva el santo Cielo

(1) Alude al de Gracia y Justicia Don Pedro Acuña y Malvar de quien fue condiscípulo (N. del editor).

por suerte de Galicia
podrá no ser piadosa
á tanto desconuelo?
¿podrá no ser propicia
á quien padece tanto
que hace sentir á un Roble su quebranto?

Y tu, Roble querido,
vive largas edades:
los rayos no se atrevan
á ese tronco fornido,
ni recias tempestades
tus raíces commuevan,
ni se corten tus ramas
para friste sustento de las llamas.

Cancion, si mal mirada
de algun severo ceño
te ves por haber sido
á un Roble consagrada,
dirasle que es tu dueño
un pobre agradecido
que si lo ampara un tronco
le dedica su canto bien que bronco.

Al príncipe
con que toca el Clave
mi Señora

Doña Margarita Hermida
y Marín.

ODA.

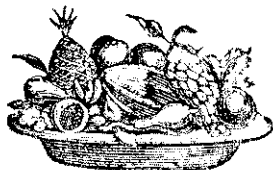
Del Roble que tu sabes
Estaba, ó Mariene,
Mi destemplada Lira
Colgada para siempre (1):
Ni la ambicion altiva,
Ni el oro del Oriente,
Ni el Dios rapáz, que inflama
De la vejéz la nieve,
Ni el arroyuelo manso,
Ni la campiña verde,
Ni el bosque silencioso,
Ni el pajarillo alegre,

(1) Desde el año de 1792 en que compuso la canción al Roble hasta el de 1800 en que vino á Santiago el Sr. Hermida, estuvo el Autor sin hacer un verso á causa de sus trabajos y melancolía.

Ni cuanto de mas grande
Naturaleza tiene
El pecho contristado
Al canto lo conmueve.

Veniste tu á Galicia,
Oíste yo por suerte,
Corrí buscando al bosque
Mi roble confidente :

Dame mi Lira, dame,
Le dije vivamente,
Quiero cantar al pronto
Bien mal como pudiere.



Al Escelentísimo
Señor Duque de Aliaga.

ODA.

No, Melpomene, no: los justos Dioses,
 Y Temis mas que todos no consienten
 Juntarse en un mortal aquellos dones,
 Que esparcidos con sabia economía
 Constituyen del mundo la armonía.
 Ni al imperio del mar aspira Jove,
 Ni en pisar las estrellas encumbradas
 Piensa Neptuno; el Reino tenebroso
 Ama Pluton, y su mansion cetrina
 Contento de su infierno y Proserpina.
 Sintió Hion de Dioses enemigos
 La mano poderosa, y otros Dioses
 La defienden; pues nunca se juntaron
 O por bien, ó por mal de humano alguno
 Marte y Minerva, Veaus y Neptuno.
 Ni el soberbio bagel que el campo surca
 De Anfitrite, los súbditos alados
 De Eolo á un tiempo favorecen todos:
 Alternan si, y el Euro se serena
 Cuando el fiero Aquilon se desenfrena.
 Todo está repartido: el sumo Jove
 Al alto nacimiento, á la opulencia
 Unos pocos destina; eleva Marte

Un corto número, otro se reserva
 Al cuidado de Apolo y de Minerva.
 Prestole á Aquiles el nervioso brazo
 Marte feroz, y tu hermana Caliope
 Concede á Homero la divina Trompa
 Con que su mismo nombre immortalize
 Y de Aquiles los hechos eternize.
 A Augusto dan los Dioses el Imperio
 Del Orbe todo; á un pobre Mantuano
 Dan las Musas un genio tan sublime
 Que al nivel del Imperio se levanta
 Y se hace igual á Augusto cuando canta.
 Derriba el Macedonio la soberbia
 Thébas, y solamente se perdona
 Del ya difunto Pindaro la casa
 Templándose á los ecos de su Lira
 Del jóven Héroe la inflamada ira.
 Sus favores el Cielo así reparte,
 Porque ningun mortal se desvanezca
 Y en la balauza eterna de los Dioses,
 Apesar del orgullo, y aun por eso
 Tiene cada mortal su contrapeso
 No des, pues, á los Grandes que Fortuna
 Puso sobre su rueda, la divina
 Inspiracion; reserva ese tesoro
 Para hacer con bizarro desempeño
 Un Grande, cuando quieras, de un Pequeño.
 Deja á los Grandes, pues que en sus orgüidos
 Palacios, en soberbias Galerías
 Y en sus anchos jardines á la sombra,

Descansen del Laurel que ellos plantaron,
 O que de sus abuelos heredaron.
 Tanto felices son, si saben serlo;
 A Clio y Caliope en sus hazañas
 Asunto prestarán de canto heróico,
 Y en sus tristes reveses y quebrantos
 Serán ellos materia de tus llantos.
 Fuerte rigor! Dirás: ¿y permitido
 No me será que del Laurel de Apolo
 Corte una rama, teja una Corona,
 La ponga sin que á nadie se lastime
 En las sienes de un Grande á quien estime?
 En buen hora la cortes, y en las sienes
 La pongas de A....., él la merece:
 Al ceñirla, dile, esta Corona
 El rayo la respeta en sus venganzas,
 Y la misma Fortuna en sus mudanzas.
 Apolo te la da, bien te conoce,
 El sabe que le sirves; es un premio:
 Incurrirá en su enojo soberano (1)
 El mortal temerario que presume
 Que la da al Nacimiento y no á la pluma.

(1) En el original: Incurrirá su enojo &c.

*A la excelente Oda del Sr. Abad de Fermio al
Duque de Aliaga sobre el mismo argumento.*

DON PEDRO BAZAN.

SONETO.

Dices bien : rara vez, Fermio, en alguna.
 Persona el alto Jove ha permitido
 (Triste ejemplo eres tu) que reunido
 El mérito se viese á la Fortuna :
 Si Alcázares destina al alta cuna,
 De la inmortalidad el Templo ha sido
 La morada que al sabio ha repartido
 De cuyas puertas, franca tienes una;
 Sagrada y alta puerta á que han pulsado,
 De tu canto á Aliaga las bellezas,
 Y que Clio te abrió, quien te pregona
 Si el contrario de un Dios, de otro el privado,
 Cuando Pluton te niega sus riquezas
 Y Apolo de laureles te corona.

DON ANTONIO FRANCISCO DE CASTRO,
en respuesta al Soneto primoroso con que le
honró, sin merecerlo, la cortesía del
SEÑOR DON PEDRO BAZAN.

ODA.

Jamás al Templo Augusto
 De la inmortalidad he presumido
 Con pensamiento osado
 El vuelo levantar: el precio justo
 De mis débiles obras he medido,
 Y mi verso cansado
 Apenas ha podido
 A la falda llegar del Pindo erguido.
 Desde allí con respeto,
 Mas sin embidia, veo en la alta cima
 Los elevados Genios
 Cual eres tu, Bazan; y me someto
 A ofrecerles incienso en que se esprima
 El culto de mi pecho á sus ingenios,
 Y con esto me asocio
 De Apolo, como puedo, al Sacerdocio.
 Por espantar mis males
 Cancó tal vez; y trémala la mano
 Torpemente la Lira
 Pulsa; y apenas de entre las mortales
 Fatigas del dolor en que me aflabo
 Mi triste voz respira
 Y en verso miserable
 Sale un ronco gemido y lamentable.

Esta es, Bazan, mi estrella:
Padecer y gemir: no la Fortuna
Acuso: una excesiva
Sensibilidad funda mi querella.
Que en mi bien y en mi mal siempre importuna
Del propio bien me priva,
Mis gustos acibara,
Y en el seno del bien mi mal prepara.

De una vida tan dura
Cansado el triste pecho ¿terná alientos
A desear mas vida?
Mis huesos frios la negra sepultura
Esconda eternamente; y losacentos
De una lengua afligida
En mis versos encubra
La tosca piedra que mi cuerpo cubra.

Mas tu, Bazan piadoso,
Me quieres inmortal; y aunque me affige
Vivir, ni yo soy digno:
Viviré, pues el Numen poderoso
Del sacro Apolo que tu mente rige
Mudará mi destino,
Y será eterna en suma
Mi vida por tu afecto y por tu pluma.

Traducción libre de la Oda de Horacio: Parcus Deorum cultor &c. En ella se acusa el Poeta á sí mismo de haber sido como buen Epicúreo, un poco descuidado del culto de la Divinidad; y confiesa haberse ultimamente desengañado en vista de unas obras que solamente podian atribuirse al poder de Dios y á su Providencia.

Raras veces, y siempre con tibieza
 La Deidad adoraba, fascinado
 De un sistema fatal: abrí los ojos,
 Y todo ya me anuncia la existencia
 De un Dios y su adorable Providencia.
 Yo la veo en la triste y verde llama
 Que el nubarrón divide, yo la veo
 Irritada lanzar desde el Olimpo
 El rayo asolador, el rudo trueno,
 Cuando parece el aire mas sereno (1).
 Su voz oigo en el trueno, y estremecerse
 A su horrendo estallido veo el Polo,
 Los quicios de la tierra, sus montañas
 Del Cáucaso al Atlante, y hasta el mismo
 Estanque cenagoso del Abisno.
 La veo trastornando la Fortuna
 De un mortal orgulloso, y levantando
 A un humilde, la veo complacerse
 Arrancando el Diadema refulgente
 De una frente, ceñirlo en otra frente.

(1) El trueno y el rayo estando sereno el aire, era para los Gentiles una especie de milagro.

TRADUCCION

DE LA

Oda de Horacio á Jusco:

Integer vitæ &c.

LA INOCENCIA ESTA SEGURA EN EL MUNDO.

Pise la arena del Africa ardiente
 O la desierta del Cáucaso cumbre
 Pise la tierra que baña el Hidaspes
 Célebre rio.

El varon justo de crimen esento
 No necesita del arco morisco
 Ni de la aljava cargada de flechas
 Envenenadas.

Íbame yo por la selva Sabina
 Solo y sin armas cantando loores
 De alma virtud y un lobo soberbio
 Huye á mi vista.

Mónstruo tan grande no crian los bosques
 De Daunia feróz, ni engendra la tierra
 Seca de Juba, en donde se crian
 Fieros leones.

Llévame, ó Fusco, al rígido Polo
 Do no fomenta el tépido ambiente
 Arbol ni planta, donde aspero el cielo
 Llueve y graniza.
 Poame debajo del carro propincuo
 Del sol ardiente sin casa ni sombra,
 Allí la virtud del pecho apenado
 Será el consuelo.

Pareció preciso al traductor de la Oda antecedente mudar algunas cosas, no con ánimo de enmendar la plana á un Poeta como Horacio, sino para corregir una moral que se le figuró malísima: por no poder concebir como Horacio tuvo valor para proponerse á sí mismo como un ejemplo de Virtud; ni como pudo persuadirse de que el Cielo y el Lobo lo respetaron por el acto heroico de virtud que ejercitaba cuando iba cantando las alabanzas de su amigo Lalage (NOTA DEL AUTOR).



TRADUCCION

DE LA

Oda de Horacio:

Sic te Diva potens Cypri &c.

Al principio de esta Oda el Poeta encarga y ruega á la Nave en que iba Virgilio que lo lleve con toda felicidad al puerto de Atenas, implorando en su favor la proteccion de Venus, Castor, Polux y Eolo; y despues vituperá larga y fuertemente la temeridad de los hombres.

O Nave venturosa y responsable
 De un Virgilio que Roma te confia
 Esa dulce mitad del alma mia,
 Al Atica ribera
 Sana y salva la lleves; así afable
 Te ampare la que Chipre se venera,
 Los hermanos de Helena astros lucidos
 Y Eolo detenidos
 Los vientos importunos al Japyga (1)
 Viento en popa le ordene que te siga.

(1) Viento favorable á los que navegan de Italia á Grecia.

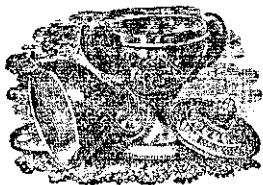
De roble y duro bronce rodeado
 Tres veces era el pecho del primero
 Que frágil navecilla al charco fiero
 Entregó: ni temia
 Del Africo el furor precipitado
 Contra los Aquilones: ni sentia
 El rigor de las Hyadas del furioso
 Astro, el mas poderoso
 En las olas del Adria que concita
 Y á su arbitrio las calma ó las irrita.
 ¿Que género de muerte la mas dura
 Temió el que pudo con enjutos ojos
 Ver los mónstruos marinos, los enojos
 Del mar, las tan temidas
 Acroceraunias rocas (1)? La natura
 En vano entre las tierras divididas
 Los mares interpuso. La barrera
 Rompe nave allanera
 Y el mortal insolente y atrevido
 Surca el vado fatal y prohibido.
 Todo lo arrostra el hombre si se trata
 De cometer maldades. De Japeto (2)
 El hijo temerario sin respeto
 Al Olimpo ultrajado,

(1) *Acroceraunias rocas*: Promontorio sobre el mar Jonio muy temido y señalado por los muchos naufragios que allí se parecían.

(2) Prometeo hijo de Japeto robó el fuego del cielo, Júpiter en castigo envió á Pándora á la tierra con la caja fatal en que estaban encerrados todos los males.

El fuego celestial impío arrebató
Y á los hombres presenta el don robado:
Viene el hambre en castigo y peste acerba,
De males la caterva
Insólita, la muerte acelerada
En la vida inocente retardada.

El aire inane Dédalo surcando
Con alas que natura al hombre niega,
Ecsamina. Penetra por la ciega
Entrada de Aqueronte
Hércules. Y por todo atropellando
No hay cosa que el mortal no sobremonte,
Hasta insulta su orgullo á las Deidades;
Y por nuestras maldades
Están siempre de Jove soberano
Los rayos vengadores en la mano.



A LA VIRTUD

EN MEDIO DEL MUNDO Y EN LA PERSONA

DE LA

ESCMA. SEÑORA

DOÑA MARIA EULATE.

Baja del alto cielo
 Astréa Sacrosanta, y los mortales
 Que en el mísero suelo
 Airada abandonaste entre sus males,
 Los visita otra vez y en tu decoro
 Otra vez se renueva el siglo de oro.
 Baja Virgen sagrada,
 Que hay virtud en la tierra todavía,
 Y será mas hourada
 Si le otorgas tu augusta compañía;
 Y aunque Jove tu padre esté irritado
 Será por tu presencia desarmado.
 No solo en las cabañas
 Do sencillos los rústicos te adoran,
 En las pobres montañas
 Donde pastores tu deidad imploran,
 Y en los humildes techos y pajizos
 Donde al mundo le faltan sus hechizos.

En palacios erguidos
 Bajo soberbios techos y dorados,
 Donde en lujo sumidos
 Viven los Sibaritas enterrados,
 Cual la luna de noche, y entre horrores
 Esparce la virtud sus resplandores.

Al puerto afortunado
 Desciende del Ferrol, y en sus riberas
 Do Neptuno asombrado
 Ve formarse las naves altaneras
 Que humillan su altivez y su Tridente
 Desde el Ocaso pardo al rubio Oriente.

Allí un alma elevada
 Sobre cuanto en el mundo de grandeza
 Se ostenta, y rodeada
 De la pompa, del fausto y la riqueza,
 La observarás entre grandezas tantas
 Como prefiere las virtudes santas.

Ni juveniles años
 Ni el ejemplo del vicio prepotente,
 Ni los dulces engaños
 De un lujo seductor y pestilente,
 Nada esta alma severa al mal inclina,
 Nada su pecho fuerte contamina.

Cual roca circundada
 De las olas del mar, y combatida,
 Verás su frente alzada
 Y siempre al alto cielo dirigida,
 Y bramando á sus pies desesperado
 Un mundo confundido y desparciado.

Allí entre pestilentes
Vapores que el Océano amontona
De climas diferentes
Do la moral y el culto se abandona,
La verás que mantiene con firmeza
El culto y la moral en su pureza.

Allí..... Mas ven á verla,
Que yo no soy bastante á retratarla:
Tu sola conocerla
Y tu sola eres digna de alabarla,
Y por ella merece el triste suelo
Que bajas otra vez del alto cielo.



AL ESCELENTISIMO SEÑOR
 DON RAFAEL MUZQUIZ Y ALDUNATE
 ARZOBISPO DE SANTIAGO,
*en accion de gracias por los singulares benefi-
 cios que dispensa á sus hijas las Religiosas
 de la Enseñanza.*

CANCION.

Dame Apolo tu Lira,
 No la merezco yo; mas el asunto
 De que voy á cantar es de ella digno:
 La gratitud me inspira,
 Ella la pulsará, y el coro junto
 De unas sagradas vírgenes el himno
 Cantarémos de vírgenes sagradas
 A quien el desenrollo se confia
 Del tierno corazon, de los talentos
 De niñas delicadas
 En donde de virtud, sabiduria
 E industria los sencillos elementos
 Vierten: asi la aurora
 De semblante sereno
 En la estacion de Flora
 El encojido seno
 De las rosas desata
 Y el rocío sus cálices dilata.

Vosotras niñas bellas

En cuyos rostros la inocencia brilla
 Y el aire de Minerva magestuoso,
 Que en las castas doncellas
 Los encantos de Venus amancilla,
 Enlazad en concierto sonoro
 De vuestra dulce voz el tierno acento
 Al débil y cansado de la mia,
 Y al coro de maestras venerables,
 Que al alto sentimiento
 De la virtud y gloria el pecho os guía,
 Y al desprecio de gustos deleznales:
 Cantad, niñas hermosas,
 El día del consuelo
 De vuestras amorosas
 Madres, y al alto cielo
 En un canto elevado
 El nombre levantad de su Prelado.

No la pobreza santa:

La miseria la pálida miseria,
 La hija de la noche y del Erebo
 Que al varón fuerte espanta
 En sombras de tristeza y de laceria,
 Cubriendo el rostro del radiante Febo
 Tendió sus alas negras y fatales
 Sobre aquel santuario de Minerva
 Al trabajo y retiro consagrado:
 Los bienes celestiales
 Que el santo cielo al justo le reserva
 Al alligido pecho y consternado

Lo mantienen inmoble;
 Y pechos femeniles
 Sufren con valor noble
 Y brios varoniles,
 Y á la negra influencia
 Oponen la constancia y la abstinencia.
 Como el sol circundado
 De nube espesa que su luz esconde,
 Trabaja en disiparla recorriendo
 El giro señalado
 Del Almo cielo y anchuroso en donde
 Va sus lucientes rayos difundiendo
 Y las sombras opacas disipando:
 Asi estas sabias vírgenes constantes
 En el árduo sublime y doble empeño
 Se van santificando
 Mas y mas á sí mismas; é incesantes
 De la Enseñanza al noble desempeño
 Instruyen con mas celo
 Cuanto mas apretadas,
 Y doblan su desvelo
 Por sus niñas amadas,
 Depósito precioso
 Encargado á su celo fervoroso.
 Mas ¿es al fin de acero
 El pecho femenil? O por ventura
 ¿No desmaya el aliento denodado
 Del valiente guerrero
 Si la negra indigencia el pecho apura,
 Mas bien que el enemigo encarnizado?

Tu, ó sabia Providencia, has prevenido
 El instante fatal del desaliento:
 Se acerca el Angel tuyo, y estas sagradas
 Vírgenes que en su nido
 Piaban, cual las aves, por sustento,
 O cual á la inclemencia abandonadas
 Balan simples ovejas
 De hambre ó lobo invadidas,
 Hallaron en sus quejas
 Sus ansias socorridas,
 Y en Muzquiz generoso
 Un padre y un pastor el mas piadoso.
 El ala negra encoje
 Triste miseria ya; ó si te gusta
 El estenderla allá en el Norte elado,
 Algun desierto escoge
 Do de Muizquiz el nombre que te asusta
 No fuere conocido ni invocado:
 Escalad los sensibles corazones
 Entre tanto vosotras, ó sagradas
 Vírgenes, y en perfumes olorosos
 De finas oblacones
 De tierna gratitud acompañadas
 Levantad esos brazos laboriosos,
 Las inocentes manos
 Para atraer del Cielo
 Los premios soberanos
 Sobre aquel cuyo celo
 Y sublimes virtudes
 Os libran para siempre de inquietudes.

Pedidle al santo Cielo
 Los años de Nestor, una inmutable
 Salud; pedid tambien que en el senado
 Mas augusto del suelo
 El ancha espalda firme y respetable
 Se cubra con el manto purpurado:
 Las insignias de Pedro... La Tiara....
 Pero que he dicho yo? Tened el ruego
 Que ofende su modestia, y que seria
 Si el cielo lo otorgara,
 Robaros á vosotras el sosiego
 Y al ancho Arzobispado su alegría:
 No mas elevaciones
 Pidais al cielo santo
 En vuestras oraciones,
 Pues ya se eleva tanto
 Sobre sus prendas bellas,
 Que se llega á rozar con las estrellas:
 Al siglo en que ha nacido
 Superior, y á las luces engañosas
 De una baja y carnal Filosofía,
 Lo ensalza un distinguido
 Aprecio á las familias Religiosas,
 A do una celestial sabiduria
 De los necios mortales ultrajada,
 Cual Astréa en la tierra perseguida
 Y cansada del mundo y sus furores,
 Fijó el alta morada
 De virtudes sublimes asistida,
 Olvidada del mundo y sus favores,
 Do el fuego no se apaga.

De caridad ardiente,
 Y por esfuerzos que haga
 Un mundo impertinente,
 Brilla mas luminoso
 Apesar de este siglo tenebroso.

Lo encumbra una elevada
 Luminosa y profunda Teología
 Ante quien espantado el error huye;
 Y de celo inflamada
 Enemiga mortal de la heregia,
 E implacable de aquella que destruye (1)
 La esperanza y la fe á un tiempo mismo,
 Que cerrojos de bronce pone al cielo,
 Y al cordero por todos inmolado
 Con atróz rigorismo
 Se restriñe la sangre y el consuelo
 De los hijos de Adan que encarcelado
 Pone el mar insondable
 De las gracias divinas
 En cauce miserable
 De sentencias mezquinas
 Cortando la afluencia
 De la bondad divina y su clemencia.

Lo eleva un noble imperio
 Sobre el alma, y á pocos concedido
 Donde son sus vasallos las pasiones,
 Y en alto magisterio
 Domina sobre el pecho mas erguido
 Y rinde los mas libres corazones:

(1) El Jansenismo.

Su elocuencia sublime en cetro blando
 Todo lo enseñorea, y hasta el mismo
 Invicto corazón de nuestro Augusto
 Sufrió bajo su mando
 Un dulce irresistible despotismo:
 El amor de lo honesto y de lo justo,
 La verdad ultrajada,
 El grito sacrosanto
 De la inocencia ajada,
 Hizo oír con espanto
 Entre el loco ruido
 De un siglo atolondrado y corrompido.

Lo ensalza..... Ya te vuelvo
 Tu Lira, Apolo, pues á mas no alcanzo,
 Se enronquece la voz, falta el aliento,
 Aquí cesar resuelvo,
 Ni á proseguir el canto me abalanzo:
 Prosigan, si es posible, en el intento
 De su clástro sagrado en el retiro
 Y en el silencio augusto que disfrutau,
 Y entonen con voz digna de sus prendas
 Las virtudes que admiro,
 Esas vírgenes sacras que tributan
 De eterna gratitud justas ofrendas:
 Yo canté lo bastante:
 Cantara, si pudiera,
 Con mas alto denuedo
 Y al cielo lo subiera:
 Tu, Clio, en adelante
 Cantarás diguamente lo restante.

TRADUCCION

DE LA

CÉLEBRE

Oda de Horacio:

Beatus ille qui procul negotiis.

Felice aquel mortal que separado
 Del tráfago cansado
 Del codicioso anhelo
 Al uso antiguo el campo de su abuelo
 Trabaja con sus bueyes
 Sin ofender los Dioses ni las leyes.
 No como del soldado el sueño inquieta
 La horrísona trompeta
 Ni su pecho estremecen
 Las olas de la mar que se enfurecen,
 Huye el pleito enojoso
 Y no pisa el umbral del poderoso.
 Enlaza pues el álamo empinado
 El sarmiento medrado,
 Y con su podadera
 Corta el otro que débil considera,
 E ingiere en su vacío
 Otro ramo mejor y de mas brio.

Ya de mugientes bacas tropa errante
 Visita en el distante
 Valle: ya en limpios vasos
 La miel esprime de panales crasos,
 Y si la sazón vino
 Rapa á débil oveja el vellocino.

Y cuando en medio el campo la cabeza
 El Otoño endereza
 La frente coronada
 De la madura fruta ¿cuanto agrada
 Cojer en su huerto
 Las peras del peral que el mismo ha injerto?

Y el maduro racimo que contienda
 Con la grana, y ofrenda
 A ti Priapo hace
 Y á ti padre Silvano satisface,
 Como á Numen que entiende
 En la guarda del campo y lo defiende.

Ya se tiende á la sombra de una eucina
 Antigua, ó se reclina
 Sobre la verde grama,
 Y observa como el agua se derrama
 Del alto monte al prado
 Por do corre el arroyo sosegado.

Aquí al sueño apacible y al descanso
 Del arroyuelo manso
 El murmullo lo incita,
 Y la turba de pájaros que habita
 En los bosques vecinos
 Le arrulla dulcemente con sus trinos.

Y cuando el crudo invierno enfurecido
 Y el cielo obscurecido
 Lluvia y nieve amenaza,
 Entonces se entretiene con la caza
 Siguiendo con sus perros
 Al javalí por llanos y por cerros.
 La cautelosa red en que le prende
 Al tordo voráz tiende
 Y en sus lazos armados
 En premio á su fatiga ve enredados
 La liebre espantadiza,
 El conejo, la grulla advenediza.
 Entre estos inocentes gustos puros
 ¿A quien punzan los duros
 Afanes de Cupido?
 Y mucho mas si en suerte le ha cabido
 Muger casta que entienda
 En cuidar de sus hijos y su hacienda.
 Tal como la Sabina y la tostada
 De ardiente sol, casada
 Con el Pulles ligero; así officiosa
 Fuego de seca leña y abundosa
 En el hogar sagrado
 Previene á su consorte fatigado.
 El ganado recoge y de ubres llenas
 Saca leche que apenas
 En sus cántaros cabe, y le presenta
 Un vino de aquel año que fomenta
 Al fatigado esposo,
 Y el trabajo y la sed lo hacen sabroso.

De la cena el acopio
 Hace el campo, el corral el huerto propio
 Por su mano guisada
 Y también sazónada
 Que por ella renuncia al sabor fino
 De las ostras que da el lago Lucrino.

Al Rodaballo tierno, al delicado
 Escaro si arrojado
 Es del nativo seno
 Por fiera tempestad al mar Tirreno,
 Ni en mi rústico vientre
 La sabrosa Pintada quiero que entre.

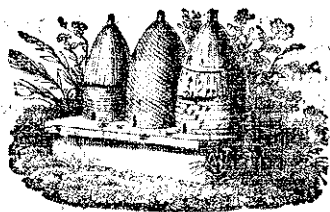
Ni á mi gusto sencillo es tan sabroso
 El Francolin precioso
 Como lo es la aceituna
 De mis pingues olivos, y cual una
 Ensalada de malvas agradable
 Y para el cuerpo enfermo saludable.

O la amarga acedera
 Que abundante se cria en la pradera,
 O la cordera herida en las funciones
 Del Dios de los mojones,
 O el chivo arrebatado
 De las fauces del lobo ensangrentado.

¡Que gusto estar cenando y estar viendo
 Las ovejas corriendo
 A casa bien pacidas!
 Y los buyes cansados y rendidas
 Las cervices, tirar con poco aliento
 Del arado al revés á paso lento!

¡Que gusto ver cenando
Un enjambre de siervos rodeando
El hogar reluciente,
Y aquella buena gente
Consolada en las penas de su vida
Con el placer del fuego y la comida!

Así filosofaba el usurero
Alfio; y de su dinero
Cual si fuera á la aldea á avecindarse
En los Idus del mes quiso cobrarse,
Y en las Calendas próximas (¡ó vicio!)
De logrero se vuelve al ejercicio.



TRADUCCION LIBRE

DE LA

ODA ANTERIOR.

¡Felice aquel que á la usanza
del siglo de oro viviendo
desprecia el oro y los tristes
afanes del avariento,

Y en su aldea retirado
de negocios turbulentos
habra con sus bueyes propios
el campo de sus abuelos!

Ni el clarin, como al soldado,
le interrumpie el dulce sueño,
ni cual negociante asustan
las iras del mar tremendo.

De la embrolladora litis
huye el fatigado enredo,
ni se encorva en la antesala
del ciudadano soberbio.

Libre y noble, enlaza al olmo
los ya crecidos sarmientos,
cual débil hembra apoyada
al brazo de esposo tierno.

O bien con su podadera
corta los que juzga ineptos,
y otros de mas esperanzas
en su lugar injiriendo.

O bien observa sentado
 en la cima de un otero
 rebaño denso de bueyes
 en valle humilde paciendo:

O ya del panal la miel
 esprime en cántaros tersos,
 ó bien de mansas ovejas
 le entretiene el esquileo.

Y cuando Otoño adornada
 de dulces frutas del tiempo
 la sacra frente levanta
 en medio del campo ameno.

¿Cuan gratas no son las peras
 cojidas del propio huerto
 y en el peral injerido
 por las manos de su dueño?

Y las uvas que compiten
 con la grana en lo bermejo
 y con que á Dioses campestres
 hace un religioso obsequio?

A ti, Priapo, y á ti
 padre Silvano, ofreciendo
 los racimos como á Dioses
 de jardines y viñedos;

O á la sombra de una encina
 que sufrió muchos eneros,
 ó sobre la verde grama
 que le ofrece un blando lecho.

Tendido escucha el murmullo
 con que un pobre riachuelo

se despeña al valle humilde
desde los montes inhiestos.

Oye el tierno pajarillo
que dentro del bosque espeso
anima el aire y la selva
con sus delicados queiebros.

Y al murmullo de las aguas
y al susurro de los vientos
entré sus brazos lo arrulla
el perezoso Morfeo.

Y cuando el Tonante airado
enluta el rostro del cielo
y en pardas nubes anuncia
la venida del invierno,

Entonces de monte en monte
¿que placer no es ir siguiendo
los feroces javalies
con una tropa de perros?

Y enredarlos en la cuerda
donde mueren prisioneros,
como los tordos voraces
y los tímidos conejos,

Las liebres espantadizas
y las grullas que á sus tiempos
desde el Mediodía al Norte
vienen á tomar el fresco.

¿Qué pecho en medio de tantos
inocentes embelesos
se deja herir de las flechas
que dispara amor travieso?

Y mas si una casta esposa
 cual suele hallarse al extremo
 occidental de la Hesperia
 do mora el fuerte Gallego;

Endurecida al rigor
 de escarchas, nieves y vientos
 morena del sol que sufre
 y blanca por don del cielo;

Su brazo empuña la azada
 mientras que le alumbra Febo,
 y cuando Diana alumbra
 mueven el huso sus dedos;

Cuida activa de la casa
 y de sus dulces hijuelos,
 y al marido fatigado
 que viene del campo yerto,

Previene fuerte lumbrada
 en la que arde un roble entero
 en el hogar consagrado
 á los tutelares Genios;

Cuenta y recoge el ganado
 bajo de pajizos techos
 y hace correr de sus ubres
 la leche á cántaros sendos;

Saca vino del tonel
 no generoso ni anejo,
 mas para un hombre del campo
 sabroso como el Falerno;

Y una cena de manjares
 que ella guisa y todos ellos

criados en su corral
 en su campo y en su huerto.

En medio de esta abundancia
 simple y fácil no apetezco
 ni las delicadas ostras
 ni los rodaballos tiernos ,

Ni el óscaro de Escarpanto
 si de su nativo asiento
 Neptuo airado á las costas
 lo arrastró del mar Tirreno.

Donde estan de mis olivos
 las aceitunas, desprecio
 el francolin ponderado
 y el faisán de gusto regio;

Y una ensalada de malvas
 saludable al cuerpo enfermo,
 ó bien de amarga acedera
 que produce el prado ameno;

O la cordera inmolada
 en las aras y en obsequio
 de Termino Dios que cuida
 de mojones y linderos,

O bien el chivo arrancado
 mal herido ó medio muerto
 de entre las devoradoras
 fauces del lobo sangriento,

Me es mucho mas agradable
 que tanto manjar supérfluo
 que á costa de la salud
 se compra á subido precio.

Y en medio de esta comida
que placer no es estar viendo
bien pacidas las ovejas
venir corriendo al apero?

Y el ver los cansados bueyes
arrastrar con paso lento
vuelto al revés el arado
lánguido ó inclinado el cuello?

Y que placer tan sencillo
ver un enjambre de siervos
al rededor del hogar
y en torno de un fuego inmenso?

Que del trabajo y del frio
que en el campo padecieron
dulcemente se desquitan
á la presencia del fuego.

Así ventajas del campo
predicaba el usurero
Alfio, como si pensara
buscar en él su sosiego.

Y en la mitad de aquel mes
recojió todo el dinero
que á duro logro tenía
esparcido en aquel pueblo.

Mas fuerza estraña del vicio!)
después de un sermón tan bello
a principios del siguiente
vuelve al trato de logrero.

*A Neptuno: recomiéndale la persona del
ESCMO. SEÑOR DUQUE DE VERAGUAS
residente en los confines de su imperio y en la
ciudad de la Coruña.*

ODA.

Despótico Monarca y pavoroso
Del ancho imperio de la mar salada
Que está de tu Tridente magestuoso
De un polo al otro polo subyugada,
Y del risueño Oriente
Hasta el mustio Occidente
De tus inmensos brazos constreñida
Y como encadenada está la tierra
De tus aguas ceñida,
Y en paz ó dura guerra
Cual amante celoso la rodeas;
Y hora manso y sereno la recreas,
Y hora de sus fronteras rechazarla
Y bramando amenazas de tragarla.
Asi tranquilo goces, ó Neptuno,
De tu reino feliz é independiente:
Ni del rústico Eolo el importuno
Soplo agite tu imperio fieramente;
Aunque la rencorosa
De Júpiter esposa
Se la pida y ofrezca por soborno
Otra linda y mas nueva Deyopeya

Que el premio y el retorno
 De su fatiga sea:
 Y así respete Jove tus estados,
 Que no sean heridos ni amagados
 Del rayo asolador con que fulmina
 El mortal insolente que lo indigna.

Que agasajes propicio y generoso
 Al varón excelente á quien han dado
 El renombre tus aguas: y oficioso
 Lo abrazes en tu seno dilatado:
 En tus sacras fronteras
 Mora, y en tus riberas
 Lo defiende y alverga el muro fuerte
 De la altiva Brigancio, do hospedarse
 Por el gusto de verte
 Quiso y avecindarse
 Al confin de tu imperio donde brilla
 La gloria de su abuelo y de Castilla,
 Que á su arrojo y saber el mas profundo
 Debe el ancho dominio de otro mundo

Cuanta naturaleza inagotable
 Preciosidades puso en lo escondido
 Del seno caverno é impenetrable
 Do tienes tu tesoro defendido,
 Cuantas de las naciones
 Y diversas regiones
 La avaricia y el lujo confiadas
 A una tabla delgada al leve viento,
 Hacen de tus estados
 Un imperio opulento

A sus pies las arroja con franqueza
 Oro, perlas, diamantes, la riqueza
 Del orbe le presenta amontonada,
 Que la tome ó la pise si le enfada.

Cuando del alto cielo el Can rabioso
 Abrasa de la tierra la agostada
 Superficie, y al hombre encogojoso
 Sudor baña la cara requemada:
 Entonces dulcemente
 Sus mejillas y frente
 Y el alto pecho plácido halagando
 A las rápidas alas de los vientos
 Y del Zéfiro blando

Que en hondos aposentos
 Do reserva Anfitrión su hermosura
 Conservan su pureza y su frescura,
 Para templar del Sirio el gran bochorno
 Manda humildes volar en su contorno.

Cuando el fiero Aquilón de los desiertos
 De la salvaje Rusia trae el frío
 Y el yelo penetrante con que yertos
 Queda el hombre, la tierra, el campo, el río:
 Cuando el áspero invierno
 El delicado y tierno
 Tejido de los nervios atormenta,
 Rodéncle, ó Neptuno, los templados
 Vapores que fomenta
 En senos retirados
 Tu hondura impenetrable do no alcanza
 Del invierno feróz la destemplanza,

Y á donde no penetran tus oídos
Del Aquilon bramante los silvidos.

Si á mortales los Dioses son deudores
Tu le debes estar agradecido:
Desciende del varon cuyos sudores
Han tu vasto dominio enriquecido:
Tu lo has visto asombrado
En medio de tu estado
Y entre pérfidas ondas entregarse
A tu numen augusto sin recelo;
Por él afrecuentarse
Con porfiado anhelo
Llegaron los países descubiertos
De tus reinos inmensos y desiertos
Que no fueran surcados sus confines
Sino de las ballenas y delfines.

Por él á todas horas humeando
Tus altares están de las ofrendas
De tantos navegantes que surcando
Van tus olas cerúleas y tremendas:
Por él has conseguido
Que el orbe dividido
En dos grandes pedazos separados
Por tus aguas amargas se juntase
En tus reinos salados,
Y allí le confiase
El mortal atrevido y codicioso
A tu seno sus bienes, su reposo,
Y lo que es mas, su vida dependiente
De un favor ó desden de tu Tridente.

*A Neptuno, á quien en la Oda anterior se le
había recomendado por los méritos del
gran Colon la persona de su nieto*

EL ESCELENTISIMO SEÑOR

DUQUE DE VERAGUAS.

CANCION.

No pienses, ó Neptuno,
Que te he recomendado
Un hombre abandonado
De los celestes Dioses
A tu Tridente solo:
Tambien lo estima Apolo,
Y Themis la severa
Que de santa blasona,
Estima su persona;
Minerva lo protege,
Y en medio de su templo
Lo presenta á los grandes por ejemplo.
Tu por agradecido
A su inmortal abuelo
Debes mostrarle el celo
De un poderoso nimen:
Themis, Minerva, Apolo
Le deben por él solo
Su proteccion y afecto

Que en su favor atrajo
A fuerza de trabajo:
Así labró su gloria,
Y reputó por vana
La que solo se hereda y no se gana.
 Tu, pues, y tu Anfitrite
Thetis, Glauco Nerco,
Océano y Protéo
Y cuantos en tus ondas
Gozan entre cristales
De perlas y corales
Alcázares soberbios,
Sedle propicios todos
Y por diversos modos
Encuentre favorables
Por sí y por su abuelo
Las deidades del mar, la tierra y cielo.

CANCION, si al alto Olimpo
Puedes alzar el vuelo,
Cuando llegues al cielo,
Al gran Colon saluda:
Dirasle que su Nieto justamente
Puede llamarse, y es su descendiente.

El Desengaño.

Se bajan las negras sombras
al hondo valle y los campos
parecen como los montes
vestidos de color pardo.

Solo allá sobre las cumbres
de los collados mas altos
se ven de una luz que espira
los reflejos desmayados.

La triste noche saliendo
de su gruta en los opacos
Cimmerios de polo á polo
despliega el fúnebre manto.

Lo tiende sobre la tierra
y en un espantoso caos
entre tinieblas envuelve
el mundo desfigurado.

Como lúgubres antorchas
las estrellas alumbrando
al tùmulo están del orbe
entre sombras sepultado.

Todo callado y medroso
yace en un silencio vasto

que de la natura anuncia
sino la muerte, el desmayo.

Para hacer mas pavoroso
este universal letargo
en que mudos los vivientes
yacen como anonadados.

Allá en la selva lejana
se siente de cuando en cuando
el sordo rumor del viento
en los pinos encumbrados.

Acia otra parte se escucha
el bramido continuado
del rio que precipita
sus aguas en los peñascos.

Allí de un ave nocturna
se oye el pavorido canto;
aquí de un perro perdido
el ahullido lastimado.

Allá el doliente balido
de un cordero separado
de su madre, que el descuido
del pastor dejó en el campo.

Todo lo demas descansa
del sueño dulce en los brazos:
el labrador en su choza,
sus bueyes en el establo.

El pastor en el aprisco

en medio de su rebaño,
y bajo su humilde techo
el jornalero cansado.

Los pájaros en sus nidos
dulcemente reposados
hasta que del alba vengan
los rayos á despertarlos.

El triste Mauricio solo
sale de su alvergue, cuando
buscan todos los vivientes
la tregua de sus cuidados.

¿Que causa así lo desvela?
Amor, el amor tirano,
que en las sombras de la noche
da tortura á sus esclavos.

Amor lo arranca del lecho,
amor lo lleva arrastrando
á los umbrales de Filis
como un perro encadenado.

Allí tendido, las piedras
con sus lágrimas regando,
entenece mas que el pecho
de la que causa su llanto.

Desde el ocaso á la aurora
está á su puerta cesalando
suspiros, que el aire esconde
por no verlos despreciados.

Hasta allí lo va siguiendo
 Anselmo su amigo caro,
 que llora el verlo perdido
 por quien lo trae engañado.

Y arrimado á un verde mirto,
 que adorna á Filis el patio,
 cantando así le dirige
 el siguiente desengaño:

Alza ya la frente
 mi caro Mauricio,
 que llegó el momento
 de romper tus grillos:

No merece Filis
 tantos sacrificios,
 y otro dueño lleva
 todos sus cariños;

Estás engañado
 de sus artificios,
 ni el amor burlado
 puede ya sufrirlos.

Si creer rehusas
 la voz de un amigo,
 entre el desengaño
 por tus ojos mismos.

Deja esos umbrales
 do yaces tendido,
 cual perro que guarda
 al dueño dormido.

Sabe que esa casa
 tiene mil postigos
 por do entran y salen
 los favorecidos.

Vete al otro lado
 do el bosque sombrío
 cubre las entradas
 de ese laberinto;

Y al rayar el alba
 tu verás á Silvio
 salir por la puerta
 del jardín vecino.

Duro será el golpe:
 mas al fin preciso
 á romper los hierros
 en que estás cautivo.

Visto el desengaño
 vendraste conmigo
 gozar en mi aldea
 placeres sencillos.

La caza en el monte,
la pesca en el río,
la vendimia á tiempo
y á tiempo el esquila.

En las largas noches
mis buenos amigos,
y cuando ellos faltan
mis amados fibros.

Mas si las estrellas
por alto destino
someter al yugo
quieren tu alvedrío,

Allí está Lisarda
la hija de Patricio
que es de nuestra aldea
inocente hechizo;

Casta sin melindres,
bella sin caprichos,

modesta y prudente,
mas sin artificio;

Sin modas estrañas
ni estudiando aliño,
solo á su hermosura
debe su atractivo.

Pídela á su padre,
pues ella á su arbitrio
dejó de su mano
el feliz destino

Del santo himenco,
este es el camino,
que al amor señala
el cielo propicio.

Te amará Lisarda,
te amará, Patricio,
tu serás dichoso
lo será tu amigo.



El Amor dormido.

Una mañanita
del sereno Mayo
en la verde margen
de un arroyo manso,

A la sombra fresca
de un Aliso alzado,
que altivo en las ondas
se estaba mirando,

Tendido en la yerba
del mullido campo,
que dejó la aurora
todo aljofarado,

De alma Primavera
estaba admirando
las galas que visten
la selva y el prado.

Todo reverdece,
todo está adornado,
el agro de mieses
de flores el árbol:

Al altivo roble,
que dejó talado
el yelo de Enero
y el cirzo del Marzo:

De frondosas hojas
los rústicos brazos
Flora compasiva
viste con sus manos.

El triste arroyuelo,
que turbio y bramando
por la orilla yerma
corrió solitario,

Del olmo y del sauce
marcha sombreado,
y adornan su margen
Trebol y Amaranto.

En el campo mustio
do el invierno helado
dejó la librea
de su color pardo,

La risueña Flora
estendió su manto
verde y de mil flores
todo matizado.

El aire que hicieron
lóbrego teatro
de lucha y bramidos
el Boreas y el Austro,

Ahora tranquilo
vuela embalsamado
de esencia que roba
al jardín y al agro.

La asolada selva
que en troncos pelados
resonó al silvido
del Aquilon bravo,

Adornada ahora
juegan en sus ramos
blandos zefirillos,
ruiseñores blandos.

Todo en mi contorno
era un dulce encanto,
la menuda yerba
sentia brotando

Bajo de mis plantas
y abrirse á mi lado
de las tiernas flores
el fragante claustro.

Respiraba un ayre
todo perfumado
de olores que al viento
las rosas fiaron.

El puro elemento
estaba animado
de mil pajavillos
al suave canto,

Cuyas dulces lenguas
que habia embargado

de Enero aterido
el rigor infausto,

El Mayo y la bella
estacion soltaron
en tiernos acentos
de amor inspirados;

Todo embelesaba
mi pecho encantado
entre las bellezas
del fresco verano.

Mas cuando á mis ojos
de su verde fausto
Flora las riquezas
estaba ostentando;

Acia mi siniestra
sentí que agitados
erán de un arbusto
los flexibles ramos.

Levántome y veo
tendido á un muchacho
entre un verde mirto
y un rosal lozano:

Era el rapazuelo
de un cuerpo gallardo
de un gentil aspecto,
pero afeminado.

Yacia desnudo,
y el marfil mas albo
á par de sus carnes
quedaba ofuscado.

Despierta, al instante
grítele, insensato,
antes que te muerda
un diente aciago.

¿No ves que hay cule-
ponzoñosas bajo ^{bras}
las flores, y duermes
así descuidado?

Abrió al fin los ojos
bellos, sí, mas falsos:
y en sonrisa dulce
como eran sus labios;

Te agradezco, ó Silvio,
me dijo, el cuidado,
mas sabe que nadie
puede hacerme daño;

Fiero basilisco,
ni dragon alado,
ni el tigre sangriento,
ni el leon mas bravo.

Todos me respetan
y á todos los hago,
cuando se me autoja,
humildes esclavos.

Tu no me conoces:
mira allí colgados
de este rapazuelo
los timbres mas altos.

Y veo pendientes
del mirto sagrado

la aljaba funesta,
la venda y el arco.

Conque eres Cupido?
dime: ¿y que te traje
aquí de tan lejos
de tu amada Pafó?

La estacion es esta
en que ando vagando
y á todas las Zonas
llevo mis engaños.

Ayer á la tarde
llegué aquí sudando,
y al pie de este mirto
rendime al causacio,

A la media noche
vino á verme Fabio
que está de mis flechas
todo acribillado;

Me contó que Nise
la del pelo largo,
y la bella Clori
de los ojos zarzos,

Esta mañanita
tienen concertado
mostrar su hermosura
á este arroyo claro;

Yo que las conozco
aquí las aguardo
para hacer en ellas
un horrible estrago.

¿Como, si te entregas
del sueño al letargo,
y el arco y las flechas
tienes arrimados?

Eres un buen hombre
de el siglo pasado:
las hembras, me dijo,
no son como antaño.

Eran en tu tiempo
un fuerte encargado
al Pudor, y hacia
de muro el recato;

Para combatillas
era necesario
de mis fuertes armas
todo el aparato;

Jamás se rendian
sin sufrir un largo
asedio en que fuese
su valor probado;

Y en su pecho altivo
á golpes doblados
abriesen la brecha
mis agudos dardos.

Unas repelian
con un brio extraño
de todas mis flechas
uno y mil asaltos;

Y en un fuerte escudo
do estaba grabado

Honor por divisa,
Desden por resguardo,

Mis dardos ardientes
mil veces bajaron
á sus plantas bellas
rotos ó embotados.

Otras aunque heridas
en el seno incauto
do mis duras flechas
á traicion entraron,

Nunca se rendia
su pecho, hasta tanto
que el santo himeneo
ligase sus brazos;

Y algunas conozco
que ya traspasado
el pecho sensible
á duros flechazos,

Con el arpon fiero
del seno arrancaron
del corazon mismo
sangrientos pedazos.

Mas ya de ser firmes
por fin se cansaron,
y ríndense ahora
al primer amago.

Quédigo al primero?
ellas de su grado
para que las hiera
me vienen brindau-lo.

El seno desnudo
me van señalando
do quieren que aseste
el dardo acerado.

El corazon otras
traen en las manos
porque no me cueste
fatiga el buscarlo.

Unas me despiertan
si estoy dormitando,
otras me pellizcan
si voy descuidado.

Me agradó al princi-
su desembarazo ^{pio}
pues de mil combates
estaba cansado;

Mas ya lo confieso:
estoy sonrojado
de hallar en las hembras
tan poco recato:

Soy de genio altivo
y algo porfiado
y humillan mi orgullo
trianfos tan baratos.

Voy quemar mis fle-
voy romper mi arco ^{chas}
y voy por ocioso
meterme á hermitaño.

Si hasta ahora he sido
travieso y soldado

voy á ser ahora
un Estóico sabio;

Mas por despedida
quiero hacer al cabo
en Nise y en Clori
un ejemplar raro.

Vendrán en un tono
libre y descarado
aquí á provocarme
cantando y bailando.

Juro por mi venda
que este desenfado
costará á las tristes
un acerbo llanto:

Voy á apasionarlas
de dos hombres zafios
que apenas son dignos
de ser sus lacayos,

Que desp.^s de haber-
vilmente burlado, ^{las}
las barten de coces
las muelan á palos.

Detente y tus ojos
verán que hay desearo
que ni el amor mismo
puede toferarlo;

Pero yo aburrido
de desorden tanto
dejo por no verlo
el amor y el prado.

En la ocasion en que al Sr Acuña le fué preciso venir á tomar los aires del país para restablecer su salud.

ODA.

Abre el fecundo seno
Galicia madre tierna
Y al hijo que criaste
En tus brazos recrea.
De achaques que otro clima
Mas riguroso engendra,
Y agravan del Gobierno
Las pesadas tareas,
Suavicen los rigores
Benignas influencias
De un suelo en que dulzuras
Vertió Naturaleza.
A recibirle enyia
Tus Zéfiro que llevan
Aromas mil que roban
De saludables yerbas:
Del mar que como amante
Celoso te rodea
Fomenten los vapores
Sus desmayadas fuerzas:
De tus entrañas mismas
Do mil tesoros cierras
Despide mil effluvios
Que la salud refuerzan.

Tus alientos sanos,
 Tus puras aguas frescas,
 La sangre mas templada
 Renueven en sus venas.

Y al modo que una madre
 Amante y opulenta
 Por la salud de un hijo
 Derrama sus riquezas,

Tus deliciosos valles,
 Tus elevadas sierras,
 Tus rios caudalosos,
 Tus fértiles riberas,

Tus aguas minerales
 Que brotan de tus peñas,
 Tus delicados vinos,
 Tus frutas succulentas,

Presenten en obsequio
 De un hijo que veneras,
 Cuantas virtudes franca
 Les dió Naturaleza.

Espíritu sagrado
 Bajo cuya tutela
 El Altísimo puso
 Esta dichosa tierra:

Por el bien de Galicia,
 Por el de toda Hesperia,
 Al trono del Eterno
 Mis votos endereza.

HIMNO

AL SANTO APOSTOL

IMPLORANDO SU PROTECCION EN FAVOR

DEL

Escmo. Señor Abcuñá.

Santísimo Patrono,
 Por quien feliz España
 Cual Fenix resucita
 De sus mismas cenizas mejorada:
 A quien Galicia debe
 De tus reliquias santas
 El tesoro encargado
 A su fe, su valor y su constancia:
 Allá del Cielo en donde
 Tu corazón descansa
 Al ver tu amada Hesperia
 Por tu mano dos veces rescatada,
 Mira con dulces ojos
 Al que fue de tu casa
 Ministro, y en el día
 Lo es de un pio y católico Monarca,

De un Rey por cuyas venas
 Augustas se dilata
 De Alfonsos, de Ramiros
 Y Fernandos la sangre que te es cara.

Desciendan en su ayuda
 Las luces de la gracia,
 Y alto don dé consejo
 Ecsalten las ideas de su alma.

Y como al que de noche
 Por bosque espeso vaga
 Los rayos de la Luna
 Lo ponen en la senda que buscaba;

Así una luz divina
 Por tu mediacion sacra
 Sus pasos encamine
 Del Gobierno en las sendas intrincadas.

No pido por ahora
 Que ausilies nuestras armas
 O aleja de nosotros
 La necesidad triste de empuñarlas (1).

Ni es mi ruego que corte
 Tu fulminante espada
 Laureles que se riegan
 Con sangre de los hombres derramada.

Bastantes ya cogimos
 En inelitas hazañas,
 Y es tiempo que repose
 A su sombra la Hesperia fatigada.

(1) Se dudaba en aquellos dias si debia ó no declararse la guerra á la Francia en favor del infeliz Luis XVI.

La paz es la que pide
 Una Nacion bizarra
 Causada ya de triunfos
 Y embotadas en sangre las espadas.

La paz en que se muden
 Los sables en hazadas
 Y se hagan corvas rejas
 Para romper la tierra de las lanzas.

La paz á cuya sombra
 El labrador trabaja
 Y la industria florece
 Como con el rocío tierna planta:

La paz, la buena fe
 Y la justicia; entrámbas
 Virtudes en que estriua
 De una Nacion felice la bonanza.

La religion y el celo
 De Dios y de la patria
 Animen al Atlante
 Que á sostener dos mundos se prepara:

Alcánzale aquel tino
 Aquella perspicacia
 Que sabe del humano
 Corazón descubrir las emboscadas.

Aquel discernimiento
 Que en sola una ojeada
 Distingue al varon justo
 Del disfrazado hipócrita que engaña.

Concede á su conducta
 Siendo á la Nacion grata

Que nunca esperiménte
De la inconstante fortuna la mudanza.
De sola paz Ministro
De la oliva sagrada
Ciña su frente, y cubra
Por fin el rojo manto sus espaldas.
Y como regocija
Cuando el invierno brama
Al labrador el fruto
Que de su sudor regó frente tostada,
Logre el placer sublime
Allá en la edad cansada
De ver por sus fatigas
Renacer la virtud y la abundancia.
Así mientras que el pueblo
En júbilo se ecsala
Y el público alborozo
Por las calles y plazas se derrama,
Y mientras que en el Templo
Las gracias se le daban
Al gran Señor que eleva
O confunde al mortal de una mirada,
Hincado ante el Sepulcro
Que el Santo Cuerpo guarda
Oraba un Sacerdote
Por el bien del Ministro y de la Patria.

Al Señor
D. Pedro Sanchez de Baamonde,

A NOMBRE

DE LOS LABRADORES DE GALICIA.

ODA.

POR ISIDRO DEL CAMPO.

Hija de Saturno,
Ceres que la vida
Salvage mudaste
En dulce y sencilla;
 Tu que á los mortales
Cuando no sabian
Comer sino el fruto
De rústica encina;
 Y cuando vagantes
Qual fieras vivian
En montes desiertos
Y selvas sombrías,
 El arte enseñaste
Que el campo cultiva
Y hace de los yermos
Hermosas campiñas;

 Que del fiero toro
La altivéz humillas
Sometiendo al yugo
La cervíz erguida,
 Que á tirar del carro
Uncido le obligas,
Y ábrir con la reja
Tierra endurecida,
 Y en su roto seno
Que virgen yacia
Del trigo dorado
Viertes la semilla;
 A nombre de cuantos
Con dura porfia
Del Miño y del Tambre
Labran las orillas.

Pido una corona
De las mas garrilas
Espigas que el fértil
Bergantiños cria;

Y de nuestro Sancio
Boadino ceñirla
Quieras en las sienas
Por su mano misma.

No es un labrador
Comun, pues cultiva
El solo los campos
De toda Galicia.

No mano callosa
Al arado aplica,
Ni rústico sayo
Su espalda cobija;

Espléndido manto
Sus hombros abriga
Y la sacra borla
En su frente brilla;

Desde su Musco
Do Temis le inspira
Y el afecto patrio,
El genio sublima.

Al Jove de Hesperia
Presenta medidas
Que dicta al Gobierno
Sabia economia.

Descienden del trono
Las leyes benignas
Que los campos secos
Cual lluvia amenizan.

Y como el caudillo
Que la hueste anima
En mano de todos
Y por todos lidia;

Asi nuestro Sancio
Aunque no dirija
La esteva encorvada
Por su mano misma,

El ára por todos
Con docta fatiga,
Y bajo su pluma
Brotan las espigas:

Teje una corona
Que en su frente viva
Ni marchite el tiempo
Ni roa la embidia;

Asi facilmente
Encuentres noticias
Del lugar en donde
Para Proserpina;

Y asi de su amante
Raptor las caricias
Goze del Erebo
En lóbregas simas.

*Cuando Bonaparte, despues de derrotada su
Escuadra y debilitado su Ejército, andaba
errante por el Egipto y la Siria, com-
puso el Sr. D. Pedro Sanchez los
dísticos siguientes:*

Subversa Italia, Venetis, Melitaque feroce,
Indis Ægypto tela necemque parat.

Hei misero! Fato profugus deserta peragrat:
Classe sua, cæsa que via huic superst?

TRADUCCION.

La belicosa Malta sorprendida,
La Venecia y la Italia trastornada,
De la muerte en su espada conducida
El Egipto y la India amenazada.
Errante en el desierto y sin salida,
Ha misero! Y su escuadra derrotada:
Qué resta á Bonaparte? Todavía
Le restan su fortuna y su osadia.

OTRA
TRADUCCION
EN DISTINTO METRO
Y
MAS DIGNA DEL HEROE.



La Europa toda turbada,
Malta feróz sorprendida,
Egipto, el Asia atacada,
Y su escuadra sumergida:
A un desierto confinada
Su tropa enferma y rendida:
¿Qué resta al Corso entretanto?
Escalar el Cielo Santo.



A un afrancesado, hombre de moda en pensamientos palabras y obras, que quiso saber de N. las circunstancias de unas Señoritas parientas suyas; se le dió la respuesta en la siguiente

DECIMA.

Son tres Niñas bien nacidas,
 Con su ribete de hermosas,
 Un poquito de ingeniosas
 Y un tantico de instruidas;
 Sobre prendas tan lucidas
 (¡Y cuanto lo siento yo!)
 En su educacion faltó
 Lo que mas gracia les da:
 No hablan francés, ni es mamá
 La madre que las parió.

Célebre Epigrama

DE

Don Juan de Yriarte,

*en que compara la fugacidad del tiempo con
los cuatro relojes que lo miden, es á
saber: el de Ruedas, el de Polvo,
el de Agua y el de Sol.*

Quam benè præcipiti fugitivum turbine tempus
Seu Rota, seu Pulvis, Unda, vel Umbra notat!
More Rotæ rapitur, vanescit pulveris instar
Et velut Unda fluit, et velut Umbra fugit.

TRADUCCION

I.

Cual torbellino el tiempo arrebatado
En la Rueda, en el Polvo, Agua y Sombra
¡Cuan bien está notado!
Se escapa cual la Rueda, y desvanece
Como Polvo, cual Agua se desliza,
Cual Sombra desaparece.

Por Rueda, Polvo, Agua y Sombra
 ¡Cuan bien está señalado
 Del tiempo fugáz que asombra
 El curso precipitado!
 Gira cual Rueda corriendo,
 Cual Polvo se desvanece,
 Como el Agua se va huyendo,
 Cual Sombra desaparece.

III.

Ó cuan bien en los Relojes
 De Agua, Sombra, Polvo y Rueda
 Del tiempo precipitado
 El curso velóz se muestra!
 Cual Polvo se desvanece,
 Rápido gira cual Rueda,
 Como la Sombra se escapa,
 Como el Agua se despeña,

IV.

Como el Polvo, la Rueda,
 La Sombra, el Agua,
 Así fugaz el tiempo
 Se nos escapa:
 Y así compiten
 El Tiempo y los Relojes
 Con que se mide.

Al Excmo. Sr. Malvar

EN LOS

DIAS DE SU SANTO.

ODA.

Ó tu que me devoras
 Las miserables entrañas
 Do siempre y á todas horas
 Fieramente te ensañas,
 Negra tristeza mia,
 Suspende tus rigores por un dia.
 Permite que mi Lira
 Baje del seco tronco
 Do colgada se mira
 Y cante en tono ronco
 En la fiesta de un Santo
 Que dió nombre y ejemplo al que yo canto:
 Deja que cante el nombre
 De Sebastian constante,
 Cuyo valor asombre
 Al tirano arrogante,
 Nombre ilustre que ha dado
 Por estímulo el Cielo á mi Prelado.

Permite que yo cante
 Del Mártir fervoroso
 Que anima al vacilante,
 El nombre generoso
 Que por su ardiente celo
 Le sirve á mi Prelado de modelo.

O Providencia: ¡Cuanto
 Velas con quien destinas
 Al Ministerio Santo!
 ¡Cuan sabia le encaminas
 Dándole en el bautismo
 Para ejemplo del celo el nombre mismo!

Y pues le has distinguido
 Con nombre tan sagrado,
 No dejes tu escogido
 Al siglo abandonado
 Do de la adolescencia
 Peligra tantas veces la inocencia.

Baje del alto Cielo
 Para su compañía
 De Sebastian el celo
 En cuyo amparo y guia
 No tema la aspereza
 Del sayal, ni del claustro la estrechez.

Y cuando el ancho seno
 Esté ya de tus dones
 Y tus virtudes lleno,
 A bárbaras regiones
 Su celo lo arrebate
 Do la santa verdad la fe dilate.

¡O tú, sagrado aliento
 Del Mártir que le inspiras!
 Calma el furor del viento
 Doma del mar las iras,
 Y esa nave sagrada
 Sea del mar y del viento respetada.

Influjo poderoso
 Del héroe que le anima
 Modere el riguroso
 De tan diverso clima,
 Y América respete
 Una vida que á Europa le compete.

Cuando su ardiente celo
 Hubiere recojido
 Del pastoral desvelo
 El fruto apetecido,
 Si la Europa lo llama
 No le usurpes el bien que ella reclama.

La proteccion suave
 Del Mártir que le instruye
 gobierne aquella nave
 Que nos lo restituye,
 Y tú mar, y tú viento,
 Tened a ese bajel acatamiento.

Dejad que sin quebranto
 Arribe á Compostela,
 En cuyo lugar santo
 De su bajel la vela
 Cuelgue para trofeo
 En el templo del Santo Zebedeo.

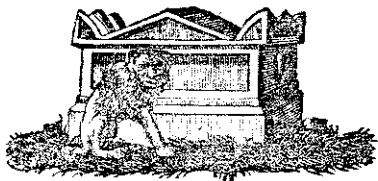
Aquí Mártir glorioso,
 Mas bien que en otra parte,
 Ausilio poderoso
 En su favor reparte;
 Que es negocio que aterra
 Ser Profeta y Apóstol en su tierra.

Aquí continuamente
 Asiste á tu ahijado
 Para regir prudente
 El anejo Arzobispado,
 Derramando en lo interno
 Del pecho el don sublime del Gobierno.

Inspira en los afectos
 Del ánimo que cesallas
 Los sublimes proyectos
 Y las empresas altas:
 Dispon que á su alvedrío
 Se nivelen el valle, el monte y el río.

¡Oh ten dias gloriosos
 Y vida prolongada
 Para hacernos dichosos!
 Y tu vejez cansada,
 Para no molestalle
 O te detén ó pasa sin tocalle.

Ve pobre cancion mia,
 Y dile á mi Prelado
 Que en tan alegre dia
 Se acuerde de un cuitado,
 Cuya triste dolencia
 Alivia en dos palabras su Escelencia,



EPITAFIO

AL CELEBRE

Sacristan y Questero

Don Carlos de Andrade.

Detente aquí, Pasajero,
 Si te engañan vanidades,
 Si pompas, si dignidades
 De este mundo lisonjero:
 Fui Sacristan fui Questero,
 De las Musas fui querido;
 Al fin todo lo he perdido,
 Y aquí la Muerte postrado,
 Después de tan empinado
 Me tiene largo y tendido.

Los estragos del Amor

Y

LA FALSEDAD DE LAS MUGERES.

Unus Iberinæ vix sufficit oculus illud
 Extorquebis, ut hæc oculo contenta sit uno.
 JUVENALIS Saty. VI Vers. LIII.

Al pie de una ruda encina
 en una selva frondosa,
 donde el infelz sus cuitas
 va á esconder entre sus sombras;

Arrimado al tronco duro
 la vista en la tierra absorta,
 pálido el rostro y bañado
 de lágrimas dolorosas;

Despues de un largo suspiro
 en que el aliento recobra
 el triste Camilo esclama
 con voz doliente y quejosa:

¿Dime, Amor, en que he ofendido
 tu deidad que así te enconas
 contra un mortal que amedrentan
 tus saetas sanguinosas?

Si jamás entré en tu templo
 si nunca he quemado aromas
 en tus altares, la causa
 es que tu rigor me asombra.

De lejos la sacra Chipre
reverencio, donde moras,
mas nunca mi débil barca
osó arrimarse á sus costas;

Llenas están de naufragios
esas aguas procelosas
que en torno giran del templo
do los mortales te adoran;

Los escollos son frecuentes
los torbellinos devoran
en sus entrañas las naves
que los escollos perdonan.

Todo es gritos y lamentos
en torno de la isla hermosa,
de jóvenes que peligran
y de ancianos que zozobran.

Al triste que en las arenas
de tus riberas aporta,
si la tierra no lo traga
allí el aire lo emponzoña.

Bajo la flor del deleite,
cual vívoras ponzoñosas
los dolores y la muerte
traidoramente se enroscan.

O la salud ó la vida:
solo á este precio se compran
los placeres que produce
esa tierra venenosa;

Bien lo se yo. ¡Mis amigos
cuantos en la edad de Flora

yacen, ay dolor, tragados
en sus simas tenebrosas!

Allí mi querido Celio
cuya juventud briosa
semejaba á un alto pino
que en la sierra se remonta;

Apenas respiró el aire
de esa region desastrosa
cuando su altivez lozana
encubrió la negra fosa.

Allí Fabio, en quien brillaba
de una salud vigorosa
el color en su semblante
y el denuedo en su persona,

Macilento y decaído,
de la muerte la horrorosa
mano en su robusta cara
pintó sus pálidas sombras;

Allí en la flor de sus años
mi Silvio, ¡amarga memoria!
perdió la salud y el brio
perdió la hacienda y la honra;

Allí el ingenioso Delio
á quien Minerva oficiosa
en premio de sus fatigas
preparaba una corona,

De tus placeres apenas
gustó la funesta copa,
se halló bestia en los pesebres
de otra Circe encantadora.

Allí Aminta el valeroso
 á quien con sus manos propias
 una guirnalda tejian
 Marte, Palas y Belona;

Se vió á los pies abatido
 de otra Onfale engañadora
 hilando por complacerla
 con sus manos belicosas;

Al inocente Fileno
 en cuya faz candorosa,
 con la virtud la alegría
 reinaba en dulce concordia.

Allí las negras sospechas
 que de amor y celos brotan,
 la amable y serena frente
 cubrieron de nubes torvas.

Allí la cándida Silvia
 en cuya cara de rosa
 modesta se retrataba
 la sonrisa de la aurora;

Cual marchita clavellina
 de ardiente sol que la agosta
 lleva en su semblante el sello
 de tu mano asoladora.

Yo no desprecio tu Numen;
 Mas lo temo: Amor, perdona
 á un pecho débil, que en vista
 de tanto estrago se encoja.

Si de tus aras me aparto
 no es desden: es porque en todas

veo de lágrimas tristes
libaciones lastimosas.

Tu reputas como ultraje
mi cobardía, y te enojas,
cual si fueran mis temores
una injuria sediciosa.

Para vengarte en los ojos
de la hermosa Filis tomas
las flechas mas penetrantes
que salieron de tus forjas.

En los vastos arsenales
de que tu imperio blasona
apenas hallar pudiste
un arma tan ventajosa.

Venus tu madre y las Gracias
la forjaron: ambiciosas
de que emprendieses con ella
las conquistas mas ruidosas.

Su talle como una palma
alta, gentil y garvosa
y su rostro de la estrella
de Venus es viva copia.

El candor de la azuzena
de su cara lo arrebolan
en sus labios los claveles
y en sus mejillas las rosas.

La tierna amable sonrisa
tiene la cuna en su boca,
y el manantial en sus labios
una voz dulce y sonora.

Al mismo Febo sus ojos
los rayos ardientes roban,
y las penetrantes flechas
á la Diosa cazadora:

Su movimiento á una nave
semeja cuando pomposa
en sus desplegadas velas
el blando zéfiro sopla.

La espresion de su semblante
sorprende al alma, y tan pronta
que se encuentra subyugada
antes que ella lo conozca.

Las Musas le concedieron
sus favores manírotas,
tocó Mercurio sus labios
con su vara prodigiosa.

El ingenio delicado,
fecunda, viva y fogosa
la imaginacion que pinta
embelesa y acalora;

Sus palabras son de fuego
como sus ojos, y brotan
sus labios como sus ojos
mil centellas amorosas.

Esta es Filis: y con esta
batería tan furiosa
de un débil mortal el pecho
inhumanamente acosas.

Herido estoy: Lo confieso:
y en parte muy dolorosa,

en el Corazon, do Filis
los duros golpes redobla.

Fiera es la lucha; pues ella
mi carne y sangre soborna,
y para escalar el alma
en mis sentidos se apoya.

Hierva la sangre encendida
de teas abrasadoras,
y á la cabeza levantan
un humo que la trastorna.

Arde el corazon, el pecho
entre las llamas se ahoga,
y el aire de mis suspiros
la fuerza al incendio dobla.

Fili entretanto alojada
en medio el pecho imperiosa
preside al estrago, y manda
las llamas devoradoras.

La sola razon resiste
allá en la cima escabrosa
del alta parte del alma
donde la virtud se aloja.

¡Triste de mí si en el Cielo
no encuentro quien me socorra,
pues es contra Amor y Filis
toda mi fuerza muy corta!

Sagrada Minerva: ampara
á un mísero que te invoca
contra el furor de Cupido
que tus alumnos deshonra.

¿Pero que escucho? Las quejas
de mil jóvenes que imploran
contra Filis las venganzas
que merece una traidora.

Por fin se rasgó la venda,
dicen: y vemos ahora
que era la malvada Filis
tan pérfida como hermosa.

Lo vemos al fin: se precia
de que ante sus pies se postra
un sin número de esclavos
que sus prisiones adora.

No ama á ningúno, y á todos
finge amar; y artificiosa
el amor tibio despierta
con los zelos que ocasiona.

De sus ojos basiliscos
un mortal veneno arroja
en las miradas que fija
y en las lágrimas que llora:

Entre sus brazos estrecha
al que desprecia, é insidiosa
en un falso amor le inspira
un fuego que lo sufoca.

Vemos á sus pies tendidos
entre mortales congojas
y el ver sus plantas regadas
de lágrimas amorosas,

Este era su placer: su gusto
el que nuestra sangre corra

derramada en sus umbrales
por competencias celosas.

Dice á Fileno que Silvio
contra su placer la ronda,
y á Silvio dice que Fabio
contra su gusto la adora;

Asi á todos nos engaña,
y en estas intrigas sordas
pone el puñal de los celos
en nuestras manos rabiosas.

¿Es esta la hermosa Filis?
¡Como unía la alevosa
el silvido de serpiente
y el arrullo de paloma!

¿Es esta la que mil veces
me juró la embaucadora
que solo para mis ojos
se alegraba ser hermosa?

¡Júpiter santo! Esclamaban,
¿si la perfidia te enoja,
porqué sobre de esta infame
el Cielo no se desploma?

Ya causada de sufrirla
se abra la tierra y la sorba,
y en sus obscuras entrañas
su negra astucia se esconda:

Derriba, Amor, tus altares
en donde esta seductora
juró por tus mismas flechas
ser mas firme que una roca.

Destroza ya tus banderas,
despedaza tu carroza,
en que atados los amantes
cantando van tus victorias.

¿Y quién ya podrá seguirlas
por las sendas barrancosas
por do arrastran tus caprichos
tus desventuradas tropas?

Arroja al fuego tus aras:
Filis al jurar tocolas,
y es inmundo y es profano
cuanto esta pérfida toca.

Yo juro, exclamó Fileno,
por la hija de Latona
y de la laguna Estigia,
por las aguas cenagosas,

Jamás ofrecer incienso,
jamás abrasar aromas,
nunca doblar mis rodillas
en tus aras hediondas:

Primero al negro Vulcano,
ó á Pluton en las mazmorras
dónde los Cyclopes sudan
ó donde los impíos lloran,

O ya sudando en la fragua
do á Jove el rayo se forja,
ó bien subiendo el peñaseo
que al triste Sisifo agovia:

Ofreceré mis inciensos
á cualquiera Dios ó Diosa

si castiga la perfidia
y la virtud galardona.

Primero á la rubia Ceres,
que grato el rústico adora,
consagraré las primicias
de mi juventud briosa.

Y siguiendo al buey tardio
con fuerte mano y callosa
el fértil seno á la tierra
abrirá mi reja corva;

Bañaré en sudor los surcos,
y regadas de sus gotas
brotarán en recompensa
las espigas abundosas.

Bajo del ardiente Sirio
que el monte y el prado agosta
de polvo y sudor cubierto
segaré la mies preciosa.

O bien al Dios Pan mis cultos
en soledades fragosas
consagraré, en seguimiento
de unas cabras trepadoras.

Sufriré del triste Invierno
el ceño que al campo asombra,
y del abrasado Estio
el fuego que lo devora.

En una pobre cabaña
con una humilde zampoña
de mi libertad cantando
será mi vida gozosa:

Veré mis cabras colgadas
allá en las cumbres riscosas,
y saltando mis corderos
en la fresca y verde alfombra.

En el invierno aterido
envuelto en pieles vellosas
tendrá su morada el sueño
dentro mi cabaña tosca.

Tal vez del feróz Neptuno
entregándome á las olas
iré á labrar mi fortuna
en regiones mas dichosas:

Veré de gentes sencillas
costumbres mas generosas
que podrán aunque groseras
confundir la culta Europa:

Sufriré las tempestades,
y sabré cual se alborota
el Dios del mar ofendido
cuando Colo lo provoca:

Sobre una tabla delgada
á mis pies veré sus ondas,
cavernas para tragarme
entreabiertas ya sus bocas.

Escucharé los lamentos
del avaro que zozobra,
y á quien Neptuno irritado
de Pluton al pozo arroja.

Antes que del Niño ciego
las banderas omisiosas,

seguiré del fiero Marte
la ensangrentada carroza;

Veré estremecerse el orbe
bajo de sus ruedas roncás,
y temblar á su retumbo
las naciones belicosas;

Veré para devorarme
abiertas las bocas todas
de la muerte, en los cañones
y en las minas espantosas;

Veré sentada en la brecha
la misma Parca furiosa
vengando de las naciones
la libertad que les roban.

Mas ya de Amor fugitivo,
do una deidad protectora
hallaré, como en Minerva
que en su templo me recoja.

Si ella quebranta los grillos
con que el Amor me aprisiona
no iré á colgar en su templo
mis cadenas vergonzosas.

Allí pediré postrado
la ciencia que mas me importa,
el sondear del pecho humano
la enseñada misteriosa:

Le rogaré que me enseñe
como en el hombre se asocian
una elevacion sublime
y una bajeza espantosa:

Que me explique la armonía
de esta variedad pasmosa
con que la Natura enlaza
los seres que al orbe adornan:

¿Porqué leyes se gobiernan
de esta máquina asombrosa
los muelles que en tantos siglos
ni se rompen ni se aflojan?

¿Cual es del alma el destino?
Y á esta porcion luminosa,
como al cuerpo, del sepulcro
la cubren las negras sombras?

¿Hay premio para los buenos?
¿Las almas facinerosas
sufren del eterno buitre
las punzadas roedoras?

En el estudio profundo
de estos puntos do se apoya
cuanta dicha acá en la tierra
los tristes mortales gozan.

Me ejercitaré. Mis votos
oírà Minerva y piadosa
me revelará misterios
que al hombre profano chocan.

Sin esto el necio soberbio
dejado á sus luces propias
ignora su alto destino
y hasta á sí mismo se ignora.

Y sirviendo á sus sentidos
como á su Dios, se desdora

cebándose en sus plácemes
como el cerdo en la bellota.

Negado al sueño y al vino
y á sambleas voluptuosas,
en su austero santuario
pasaré mi vida á solas.

Allí del ocaso triste
hasta la risueña aurora
escucharé sus lecciones
en las horas silenciosas.

Y mientras que el Sibarita
de sirenas engañosas
anonadado en los brazos
pasa las nocturnas horas:

Yo pálido y fatigado
en vigiliás decorosas
haré ver que tengo un alma
que ni Amor ni Filis doblan.

Sufriré lo mas acervo
de una vida trabajosa,
antes que rendir el cuello,
Amor, á tu infame argolla;

Que al fin en estas fatigas
sudando el mancebo logra
una juventud honrada
y una senectud gloriosa.

Mas tu al jóven atormentas,
y al anciano lo abandonas
del remordimiento amargo
á las Furias vengadoras.

A Dios, Amor; y si Filis
 á tentarme otra vez torna,
 dile que engañar dos veces
 solo á los necios se logra.

Y tu, Deidad vengativa,
 que el arma mas poderosa
 esgrimiste contra un jóven
 que en tus aras no se encorva,

Sepas que tengo en Minerva
 una invicta defensora,
 que con su Egida me ampara
 de tus flechas venenosas.

Asi Fileno insultaba
 al Amor, que se sonroja
 por esta vez, y en su venda
 el rostro pérfido emboza.

Camilo que ve patentes
 las intrigas cautelosas
 con que el Amor y las hembras
 los corazones trastornan,

Dando á Minerva las gracias
 que sus torpes lazos corta
 se va con Fileno al templo
 de su augusta protectora.

Y Amor, viéndose insultado
 en sus alas vagarosas,
 vuela al seno de su madre
 para urdir nuevas trauojas.

EL INOCENTE FABIO

A LA ASTUTA Y ARTIFICIOSA

Filis,

*que despues de haberlo tenido engañado por
mucho tiempo lo despreció por otro.*

No fue, Filis, un agravio
tu falsa correspondencia;
fue un favor á que he debido
limar mis cadenas negras.

Todo un lustro trabajando
estuve para romperlas,
y en todo un lustro no pude
hacer en sus hierros mella.

Cual el preso pajarillo
que cuanto mas bien forceja
para escaparse, en el lazo
mas tenazmente se enreda,

Así yo que me esforzaba
por cobrar la independencía
de un alma que encadenaron
tus caricias fraudulentas,

Apenas un pie sacaba
del lazo de una línea,
cuando otro pie y ambos brazos
me oprimia otra cadena:

Tú las forjabas astuta
en esa obscura caverna
de un pecho falso y maligno
y unas entrañas perversas;

Y riendo de mi engaño
insultabas la inocencia
de un corazón que te amaba
y te amaba sin reserva:

Al triste son de mis ayes
y al ronco de mis cadenas
cantabas, fiera, el triunfo
de tus pérfidas cautelas;

Yo inocente no creía
que en cuerpo de tal belleza
pudiera hospedarse un alma
tan negra, traidora y fea.

Todo tu amor era engaño,
tus caricias embusteras,
cautelosas tus sonrisas,
fementidas tus protestas:

Todo era engaño en tus ojos,
y en sus miradas más tiernas
solo á engañar dirigian
sus envenenadas flechas;

Cansose Amor de sufrirlo,
y por fin rasgó la venda
que á mis ojos fascinados
encubria tu protervia.

De tus negros artificios
por entre la nube densa

rompió de tu pecho negro
la perfidia y la dureza.

Irritose Amor cansado
de sufrir tanta vileza,
y en su cólera me dijo
todas tus tramas secretas.

Hizo mas: por consolarme,
me juró por sus saetas,
por su aljaba, por sus alas
y por su inmensa potencia,

Que en castigo á tu perfidia
ha de hacer que siempre seas
engañada en tus amores
y burlada en tus empresas;

Que ha de hacer de ti otra Dido,
en quien arroje la tea
de un amor que te devore
y te engañe, como Eneas;

Que has de ser de sus venganzas
ejemplo á todas las hembras,
que aprendan en tu castigo
á ser lisas y sinceras:

Esto Amor me lo juraba
una noche en que te viera
estar engañando á Silvio,
como á mi, con tus ternezas.

A mi Amigo

Don Juan Felipe Osorio.

O D A.

¿Que pretendes hacer, tristeza negra,
De un alma desolada, cual provincia
Do señas mil dejó de estrago duro
Ejército enemigo?

Como el fiero Aquilon en el Otoño
Enfurecido brama en la montaña,
Y del verde ornamento de sus hojas
Los árboles desnuda;

Así tu de mi pecho desterraste
Cuanto gusto inocente en sus fatigas
Del misero mortal la vida engaña
Con dulces ilusiones;

¿Mas por ventura piensas que del todo
Has de triunfar de mi affligido pecho?
En recurso le resta todavía
Al ánimo doliente.

Pienso con él los rudos y apretados
 Cordeles que arrastrando me conducen
 Del negro y espantoso carro tuyo
 Romper felizmente.

Y no es este aquel medio que tu misma
 A los ciegos Gentiles sugerias
 Que en sus bárbaros pechos sus atroces
 Manos ensangrentaban.

No es ese. Soy Cristiano. Un generoso
 Ministro tiene el Rey, por cuyo medio
 Esparce augusta mano sus favores
 Sobre fieles vasallos.

A él apelo de ti. ¿Pero mi flaca
 Voz desde el hondo abismo, do me tiene
 Tu rigor encerrado, será oída
 Del Olimpo en la cumbre?

O tu, mi dulce Amigo Juan Felipo,
 Cuyo nombre inmortal hacer quisiera,
 De la posteridad, si versos míos
 Merecieran leerse.

Tu á quien el deudo estrecho proporciona
 Ser de un premio escuchado, y la entereza
 De un carácter ingenio facilita
 Asenso á cuanto digas;

Habla en mi auxilio tú, la voz esfuerza
En favor de un amigo infortunado
Digno de mejor suerte solamente
Por ser Amigo tuyo.

Dile, dile al Ministro la infelice
Situación en que estoy: dile que vivo
Por un resto que puse de esperanza
En su beneficencia.

Dile que un triste Náufrago en el punto
En que van á tragarle embravecidas
De airado mar las olas, y una mano
Piadosa lo socorre,

No tanto como yo será sensible
Al generoso brazo qua me arranque
De este lóbrego abismo en que me veo
Ya casi sumergido.

Dile.... No digas mas. Un alma noble
Se ofende de que á ruegos importunos
Se le arranquen las gracias que derrama
Por su innata largueza.

Para la Sepultura

de una

Dama

MUY DESDEÑOSA Y ALTANERA,

Y

CON TODO ESO MUY AMABLE.



Detente, Pasajero, al desengaño
Que gritándote está bajo esta losa:
Aquí á pesar del brio mas extraño
Yace la altiva Anarda, y desdeñosa,
Que nos mató de viva á sequedades
Y de muerta nos mata á soledades.

UN ENFERMO

A DOS

Angeles

EN EL DIA DE SU SANTO.

*D*écima.

Dos Angeles visitar
Me tocaba en este dia,
¡Y la negra suerte mia
En la cama me hace estar!
Si vuestras alas prestar
Me quereis en mi afliccion,
Apesar de la hinchazon
De un pie que no alzo del suelo,
Iré á veros en un vuelo
Como vá mi Corazon.

QUEJAS

DE LAS TRES HERMANITAS

Amarilis, Filis y Laura

CONTRA EL DESAMORADO

FABIO.

Habernos, Fabio, querido
y haber sin causa olvidado,
para un pecho agradecido
es un disgusto doblado:

Y por disculpa
de nada sirve
el que nos digas,
mucho las quise.

Pudo ser gracia el amarnos
debida á tu cortesía;
mas despues el olvidarnos
mas que desgracia, es falsa:

Y en este caso
mas nos afligen
esas palabras,
mucho las quise.

Porque despues de empeñado
nuestro pecho agradecido
es ya dejarle burlado
y en el empeño metido:

Y por consuelo
hemos de oírte
el desengaño,
mucho las quise.

El humano corazon
no has llegado á conoéer,
el que es por su complecion
mas sensible en la muger:

Busca pues Damas
menos sensibles
á quienes digas
mucho las quise.

Las nuevamente queridas
serán, Fabio, mas hermosas;
mas no serán tan sufridas,
ni serán tan generosas:

Cuanto tu quieras
sabrán sufrírte
mas no el insulto
mucho las quise.

*Consejo que una buena Vieja, al-
calueta de profesion, daba á un
Muchacho hijo suyo, en este*

SONETO.

Ya, Juanico, voy vieja, y mi cuidado
Era dejarte bien establecido:
Si supieras leer (1), hubieras sido
Oidor por mi empeño ó Prebendado:
 Tu no tienes valor para Soldado,
El comercio es penoso y abatido (2)
Y tiene solo un ramo distinguido
Que es el tráfico libre de un casado,
 Y pues mozas honradas (3) hay sin tasa,
Escógete una hermosa y complaciente
Y fíale el gobierno de la casa,
 Déjalo por su cuenta buenamente;
Sé marido de paz y buena masa.
Tendrás hijos y pan (4) honradamente.

(1) El que sabe leer bien ó mal puede aspirar á las primeras dignidades, si tiene amigos.

(2) Ya se ve que para un hijo de tal madre sería desdoro el hacerse comerciante.

(3) Bien las comen ella.

(4) Así lo ganan muchos, si no mienten malas lenguas.

LA PASTORA

ESCARMENTADA EN CABEZA AGENA.

En el vertiente del Viso (1)
y á orillas del Sar ameno
apacienta la zagala
Amarilis sus corderos.

Jamás ni montes ni valles
tan linda pastora vieron,
ni de un cuerpo tan gallardo,
ni de un porte tan modesto.

Sus dos bellísimos ojos
llenos de dulzura y fuégo
son de todos los pastores
la alegría y el incendio:

Por ellos en vivas llamas
están del amor ardiendo
cuantos hay del Picosacro
al Pedroso (2) zagalejos;

Por ella suspiran todos
y en sus rústicos acentos
en torno de su cabaña
cantan pastoriles versos.

(1) El Viso es un monte vecino á Santiago por la parte del Oriente, y Sar es un riachuelo que corre al pie de dicho monte por medio de unas praderas muy deliciosas.

(2) Pedroso es un monte muy alto al Noroest inmediato á Santiago.

Atraído de su fama
de las Sierras del Zebrero
viño por verla á Santiago
el rico pastor Fileno.

La vió, pasmose, adoróla,
y sus pisadas siguiendo
corrió por montes y valles
perdido por ella el seso.

Mil veces á la pastora
cantó de su pecho tierno
las ansias; lloró mil veces
y mil suspiró en secreto.

Mil y mil preciosos dones
le presentó lisonjero,
y su corazon amante
rendido ofreció con ellos.

Mil veces la media noche
y el alva le sorprendieron
al umbrar de la zagala,
de escarcha y nieve cubierto.

¿Cuántas veces embidiando
la suerte de sus corderos
le ha visto el monte besarlos
y estrecharlos en su seno?

Y allí decirles: ¡dichosos
mil veces! A vuestro dueño
le diréis cuanto os estima
el desdichado Fileno:

Decidle que antes que el lobo
llegue en un pelo á ofenderos,

Fileno despedazado
será de sus dientes fieros:

Le direis.... y aquí faltando
al pastorcillo el aliento,
espiraban sus palabras
allá dentro de su pecho;

Y mientras que absorto alzaba
los tristes ojos al Cielo
escapaban de sus manos
los corderillos traviesos.

Al cabo de medio lustro
de suspiros y desvelos,
que á un peñaseo dirigidos
pudieran enternecerlo,

Una tarde en que le estaba
su ternura encareciendo,
así enfadada Amarilis
cantó de lo alto de un cerro:

*En vano, Pastor, combates
mi corazón, porque tengo
para cerrarlo el amor
vestido el pecho de acero.*

*Todos sois engañadores
los hombres, y hasta los mismos
Pastores que eran sencillos
fementidos se volvieron.*

*Buscáis la hermesura solo
para ajarla, y todo vuestro
amor viene á redirse
á un antojo pasajero:*

*Dígalo Laura mi amiga,
que fiada en juramentos
del zagalejo Belardo,
le entregó todo su afecto.*

*Yo no sé lo que le pasa;
pero mil veces la veo
pensativa y lagrimosa
y olvidada de su apercero.*

*Era la misma alegría
mientras que su pecho honesto
no escuchó de ese zagel
los fementidos obsequios.*

*Triste ahora y retirada
en sí misma, todo el genio
de la tristeza y enojo
se ve pintado en su ceño.*

*Ayer la encontré llorando
al pie de un ciprés funesto,
estraviados sus ojos
y mesando sus cabellos:*

*Y lanzándome à sus brazos,
Laura, le dije: ¿qué es esto?
y tu Belardo no acude
à templar tus sentimientos?*

*¡Ay! Me dijo: ese Belardo.....
y aquí, amublado sus bellos
ojos un triste desmayo,
sus labios enmudecieron.*

*Nada mas le he preguntado
por no agravar su tormento;*

*mas ya sospecho la causa
de todo su desconsuelo.*

*Yo vi al pérfido Belardo
junto al robledal del Gesto (1)
mano á mano con Lisarda
dicéndole mil requiebros:*

*Diz la aldea que se casa
con ella; y no es muy ageno
de creer, porque su padre
es un rico ganadero.*

*¡ Mi pobre Laura perdida!
¡ Ay triste Laura! ¡ Perversos,
galanteais la hermosura
y os casais con el dinero!*

*Buscad donde no os conozcan,
hembras que puedan creerlos,
ó donde astutas os vuelcan
engaños por embelecros:*

*Que yo formando de Laura
mi enseñanza y mi escarmiento,
huiré de vuestros halagos
como al lobo mis corderos.*

*Así cantaba Amarilis:
y pagó, sin merecerlo,
los pecados de Belardo
el inocente Fileno.*

(1) Gesto es una pequeña aldea muy solitaria y escondida al pie del monte Pedroso.

El Cordero de Amarelis.

Del sol doraban los rayos
la cima del alto Viso,
y el valle de Sar yacía
entre nieblas sumergido.

Bajo de su denso velo
el riachuelo, escondido,
se escapaba de los brazos
de sus amantes Alisos.

El prado y el campo estaban
como en un lecho, al abrigo
del pabellon de la niebla
tranquilamente dormidos.

Bajando viene ácia el valle
desde su alvergue pajizo
la hermosísima Amarelis
en pos de sus corderillos.

Los rayos trae del sol
en sus ojos recogidos,
y de ellos salen mil rayos
que abrazan los pastorcillos.

Do quier que la vista tiende
se muestra el campo florido,
y á sus ojos reverdecen
los vegetales marchitos.

Do posa la breve planta
los cardos se vuelven lirios,
y en azuleñas se tornan
los intratables espinos.

Abren su botón las flores
donde toca el pie pulido,
y Flora siembra de rosas
y alelíes su camino.

Pensando que era la aurora,
en sus delicados trinos
le cantaban la alborada
los pintados pajarillos.

Por tocarle en su cabello,
inclinados y sumisos
doblan sus altivas ramas
los árboles mas erguidos.

Todo ríe á la pastora,
y con su dulce atractivo
el ceño quita á los montes
y la dureza á los riscos.

Llega la hermosa zagala
á las orillas del río,
y allí cansada se sienta
al pie de un nogal antiguo.

Destrenza el rubio cabello,
que sobre el rostro tendido
el sol de su hermosura
puede ser un velo digno.

En sus ondas se revuelve
un zefirillo atrevido,

que piensa hacerse unas alas
de aquellos dorados rizos.

El amor siempre propenso
á lo vedado y furtivo,
á espaldas de la pastora
entre las ramas de un mirto,

Para cuerdas de su arco
mil hebras roba el maligno,
con que serán de sus flechas
incurables ya los tiros.

Alza el pelo de la frente,
y sus ojos esparcidos
ven sus corderos amados
acá y allá fugitivos.

Ansiosa corre tras ellos,
y con amorosos silvos
los vuelve á juntar, y encuentra
que le falta el mas querido.

Era el cordero mas manso,
mas jugueton y mas lindo
de cuantos la verde yerba
pácen desde el Tambre al Miño.

Por su blancura Anarilis
le dió por nombre el Armiño,
y un lunar negro adornaba
su cándido pechecillo.

Por manos de la zagala
de oro y plata guarnecido
en torno á su cuello hermoso
un collar de estapa escrito:

SOY DE AMARILIS. Con esta
salvaguardia envanecido,
y con un tal dueño ufano,
se esponia à mil peligros.

Contándose por seguro
con tal marca y distintivo,
ni temia los ladrones
ni los raposos dañinos.

Se alejaba de los otros
compañeros, y atrevido
trepaba por matorrales
y pasos resvaladizos.

Despues que Amarilis cuenta
mil veces su ganadillo,
y registra del contorno
otras mil los escondrijos,

De lágrimas arrasados
los sus ojos cristalinos,
asi llorando decia
à los otros corderitos:

*¿Donde está, no me direis,
donde está vuestro hermanito?
asi dejasteis perder
la gloria de vuestro aprisco?*

*Tal vez lo tragó un pantano,
tal vez en un precipicio
se estrelló contra las peñas
su gracioso cuerpecillo.*

*Acaso sus bellos miembros
palpitando y medio vivos*

*están del hambriento zorro
entre los dientes caninos.*

*Tal vez de algun ladronzuelo
en la guarida metido,
está lamiendo la mano
que va á clavarle el cuchillo.*

*Ya no te verán mis ojos
en mi regazo adormido,
ni comerás en mi mano
el pan, la sal y el tomillo.*

*Tal vez en este momento
está implorando mi auxilio,
y enterneciendo las peñas
con sus dolientes validos.*

*¡O Pan! O Silvano! O Dioses!
Conservadlo: yo me obligo
á colgar en vuestras aras
su cándido vellocino.*

*En esto una voz le grita
desde un matorral vecino:
Tu cordero, zagaleja,
no está muerto ni perdido:*

*Aquí lo tienes seguro
en las manos de un amigo,
que hubiera por recobrarlo
toda su sangre vertido.*

*Vuelve la cabeza y mira
á Fileno, que rendido
se arroja á sus pies, y pone
en su mano el corderico.*

Crece el llanto en la zagala
sobre el placer repentino
cuando mira su cordero
de roja sangre teñido.

No es del cordero esa sangre,
dice Fileno, *ha salido*
de las venas de un amante
que tratas como enemigo.

Consuélate, pues, y escucha:
el infame de Dalmiro
robó tu Armiño á la sombra
de la niebla protegido.

Yo lo vi que lo tenía
con la mano izquierda asido,
y su derecha afilaba
el cuchillo para herirlo.

Como un leon al momento
me alanzo sobre el indigno,
le arranco el cordero y salgo
en esta muñeca herido.

Esa sangre que te asusta
es de Fileno, que ha sido
feliz, si puede con ella
rubricarte su cariño;

Mas sino, lava al instante
tu cordero, ni un indicio
se vea en él de una sangre
odiosa á tu pecho altivo.

No es, responde la Pastora,
mi pecho duro ni esquivo;

*pero á ser desconfiado
lo enseñais los hombres mismos.*

*Ni en esa prueba de sangre,
aunque espèciosa, me fio,
porque la verteis los hombres
por muy frícolos motivos.*

*¿No la derramais vosotros
en bárbaros desafios
con escándalo del mundo
por caprichos y puatillos?*

*¿No la verteis en la guerra
muchas veces al servicio
de quien la compra por solo
un triste sueldo mezquino?*

*Vosotros la envileceis:
¿Y á un precio tan abatido
pensareis de un alma noble
comprar el libre alvedrío?*

*El corazon de Amarilis
será siempre agradecido,
mas nunca, si el Cielo me oye,
será de un hombre cautivo.*

*Vosotros sois mis amores,
vosotros sois mis amigos,
vosotros que no engañais
inocentes corderillos.*

HIMNO.

*á la gran Madre Sta. Escolástica, presentado
en el día de su festividad por las junioras
del Real Monasterio de S. Pelayo á su
Abadesa la Sra. D.^{na} Teresa Moscoso.*

Escucha el pio ruego
Del gran padre Benito, inclita hermana,
Y allá del alto Cielo, do resides
En la mansión etérea y soberana
A los tristes aceros
De tus hijos atiende. ¡Cuan trocados
De los nombres están los pensamientos
Des que el mundo dejaste
Y de tu Esposo al seno te pasaste!
Ya la virtud es vicio:
El vicio es ya virtud: son despreciadas
Las acciones mas altas y encumbradas.
Ya no es un heroismo
Al mundo renunciar y á sus placeres;
Es, dicen, un ultraje en que ofendida
Es la ley natural y sus deberes.
Así se trastornaron
En el rápido curso de los siglos
Las ideas sublimes que adoptaron
En tiempos mas juiciosos
Los varones mas santos y asombrosos.
Y un siglo corrompido
Presume interpretar en su torpeza

La augusta ley de la naturaleza.
 Nunca este gran maestro
 Al hombre dictará que es prohibido
 El consagrarse todo al Ser supremo,
 De quien todo su ser ha recibido.
 Bramarán las pasiones,
 Eso sí; y un siglo sobornado
 Por ellas, en confusas opiniones,
 Anublará el sencillo
 De la santa Verdad modesto brillo.
 En sus necios sofismas
 Se aplaudirá á sí mismo, y descarado
 Tomará el nombre altivo de ilustrado.

¿Hasta cuando del orbe
 Han de cubrir la faz desfigurada
 Esas tinieblas densas, que el abismo
 Abortó por su boca emponzoñada?
 Una noche espantosa
 Producen, y á su sombra la licencia
 Domina en medio el mundo jactanciosa:
 Entre ellas las pasiones,
 Como en la noche obscura los ladrones,
 O cual lobos crueles,
 A su placer la Europa adormecida
 Devoran entre sombras sumergida.

A ti loca, ó gran Madre
 Del estado monástico, á ti loca
 Disipar estas hircinias tinieblas
 Que vomita el averno por su boca:
 Tu oracion que los Cielos

Atravesó en un punto, y bajar hizo
 Los rayos y las nubes, cuyos velos
 De la esfera brillante
 Entoldaron la cara en un instante:
 Hará rayar al mundo
 La luz de la verdad, y los impios
 En su fulgor verán sus extravíos.

Conocerán entonces
 Que el brazo de Moisés no estaba ocioso
 Cuando alzadas las manos al Eterno
 En medio, al parecer, de un gran reposo
 La actividad y el brio
 Del pueblo sostenía en el combate:
 Verán que del retiro mas sombrío
 Del claustro solitario,
 Recogida la gracia en su sagrario
 Las virtudes produce mas sublimes:
 Cual la tierra en sus senos cavernosos
 Los efectos mas grandes y asombrosos.

¡Oh! Vuelve á tu rebaño
 Los maternales ojos, á sus quejas
 Atiende, y á tu ejemplo haz á tus hijas
 Humildes y sencillas como ovejas:
 Del recinto sagrado
 Donde hubieron del mundo, aparta el aire
 De un siglo pervertido y emponzoñado:
 Ni el estado opulento,
 Ni el orgullo fatal del nacimiento
 Vuelvan á su memoria:
 Hazlas santas: á fin, y á su Abadesa
 Haz, pues lle á su nombre, otra Teresa.

A UN CONEJITO,

que tenía su cueva junto al palomar de la casa donde estaba retirado un buen Español, fugitivo de la furia francesa. Con este inocente animalito se solía entretener muchas veces el autor de estos versos para desahogar su corazón, angustiado de las grandes calamidades que padecía su Patria y de los infinitos trabajos que sufría su persona.

¿Porqué así te escondes
simple Conejito
cuando ácia tu cueva
mis pasos dirijo?
¿Fraigo yo en mis brazos
el cañon maldito
que del seno lanza
muerte y esterminio?
¿El olor te ofende
del tartáreo misto
de azufre y salitre
y carbon molido?
¿Pende de mis hombros
el curax, ó el silvo
de mortal sarta
libre tus oídos?
¿Tiendo algunas redes
ó lazo escondido
donde instantamente
te encuentres cautivo?

Ni la lanza empuño,
ni la espada cino,
ni mi seno esconde
el traidor cuchillo:

Ni en cazar me ocupo,
ni jamás persigo
la vida inocente
de algun pajarillo:

Ni en tu madriguera
con huron maligno
de tu seno arranco
tus hijos queridos.

Por mí está seguro
todo animalillo,
el ave en el aire,
el pez en el río.

El manso cordero,
el ciervo sencillo,
la tímida liebre,
el procáz cabrito,

Todos por mí pacen
la yerba tranquilos,
y tranquilos duermen
en sus escondrijos.

¿Porqué, pues, me huyes?
dime, simplecillo,
¿duro solamente
he de ser contigo?

De estas palomitas
imita el estilo,

que habitan en este
palomar contiguo.

En la vez primera
que cerca me han visto,
se escaparon todas
al monte vecino;

Mas cuando á su arrullo
me vieron dormido
arrimado al tronco
de este r6ble antiguo;

Que luego en volviendo
de aquel paradisimo
vertían mis ojos
lágrimas sin tino,

Y que mi semblante
flaco y pensativo
anunciaba un hombre
triste y perseguido;

Sospecharon luego
que era un fugitivo
que á estos duros troncos
pedía un asilo:

Y de los dobleces
del mundo aburrido
buscaba en los yermos
un trato mas liso.

Vista mi inonencia
y el temor perdido,
me hacen mil caricias
cuando las visito.

Las unas mis manos
besan con sus picos,
y otras me rodean
con amantes giros:

Otras en mis hombros
se posan, y el lindo
cuello dulcemente
arriman al mio.

De su amor prendado
yo las acaricio,
las beso, y al pecho
tierno las arrimo.

Y en este inocente
amor, me desquito
del mal que me han hecho
tantos fementidos.

Tu desde la boca
de tu cueva, has sido
mil veces de nuestras
caricias testigo:

¿Y con tal ejemplo
has de ser conmigo,
cual si fuera un lobo
tan duro y arisco?

¿Te enseñó algún hombre
zerril y mezquino
a huir desdeñoso
de los desvalidos?

¡Ay! Dejo á los tigres
tan bárbaro estío:

ó déjalo al hombre,
que es casi lo mismo.

Mira, aunque infelice,
soy de algun servicio,
y puedo en tus cuitas
darte algun alivio.

Diome un pecho amante
el Cielo, y mas fino
lo harán estos yermos,
por mas recogido.

Que los corazones
menos distraidos,
mas y mas se estrechan
lejos del bullicio.

Y en las soledades
son los beneficios,
por mas oportunos,
mas agradecidos.

Este monte yermo
do los dos vivimos
nos está invitando
á ser dos amigos.

Penas y venturas
de nuestro destino,
serán sazonadas
del mútuo cariño.

Si eres desdichado,
yo siempre lo he sido,
y aprendi en mis males
á ser compasivo.

Si algun zorro astuto
te echó de tu nido,
tambien desterrado
ando yo del mio.

Si de tu consorte
tal vez ofendido
entre estos abrojos
lloras sus desvios:

De un amigo falso
un engaño inicuo
llena de amargura
mi pecho sencillo.

Si estos matorrales
à tu cuerpecillo
dan escasamente
sustento preciso:

Tambien yo soy pobre
y fui un tiempo rico,
que es de la pobreza
el mayor martirio.

¿La vejez causada
derribó tus brios,
y à tus pies veloces
echó duros grillos?

Tambien mis cabellos
van encanecidos,
corvas mis espaldas
y mis pies tartios.

¿Te afligen memorias
de tus dulces hijos

que el huron villano
robó de tu nido?

A mí me conturban
de mi estado antiguo,
que fué menos triste
cuando Dios lo quiso.

¿Eres venturoso
y allá en tu retiro
te miran los Cielos
con ojos propicios?

Tus felicidades
servirán de alivio
á las desventuras
en que estoy sumido.

Y estas soledades
nos verán unidos
en sentir las penas
y los regocijos.

Si el Francés, guiado
del bárbaro instinto
con que la inocencia
siempre ha perseguido,

Viniere á estos montes,
por dejar vestigios
de sus crueldades
hasta entre estos riscos;

Dentro de mi seno
serás guarecido,
correrémos ambos
los mismos peligros:

Morirémos juntos;
y el bárbaro impío
dos amigos tiernos
matará de un tiro.

Juntos vivirémos,
si el monte benigno
en sus hondas grutas
quisiere encubrirnos.

Yo de mi pobreza,
mientras dura el frío,
te daré avellanas
y granos de trigo:

Y cuando te apriete
el sol del Estío,
te daré lechugas
y verde tomillo.

Sombra allá en el Julio,
y en Diciembre abrigo,
nos darán piadosos
estos altos pinos.

De estas Palomitas
el enternecido
arrullo, que inflama
el pichon lascivo:

Del blando Favonio
el dulce sonido
en las anchas hojas
de este verde aliso:

De este humilde arroyo
el manso ruido

entre los guijarros
que halla en su camino.

El de las avejas
sonoro zumbido,
que á las flores roban
el licor melifluo,

Con un sordo encanto
de nuestros sentidos
causarán en ellos
un dulce deliquio.

Y el sueño que gusta
de sitios sombríos
y en tu cueva tiene
el lecho mullido,

Saldrá hostezando,
los brazos caídos,
lánguidos los pasos,
el color pajizo:

Y las negras alas
que mojó en el río
del olvido, para
calmar pervigilios,

Sobre nuestros ojos
tendiendo en circuito,
todos los cuidados
dejará dormidos.

Ya las pardas sombras
de Azibal (1) altivo

(1) El Azibal es un monte muy alto y escabroso, no muy lejos de Pontevedra y al Noroest. de dicha ciudad.

cubren de tristeza
todo este recinto.

Duerme dulcemente,
simple Conejillo,
y acuerdate en sueños
del triste Salicio:

El á visitarte
vendrá tempranito,
y antes que el sol beba
del alba el rocío.

Por que no te asuste
verlo de improviso,
ves aquí las señas
de tu nuevo amigo:

*Triste su semblante,
pardo su vestido,
en la diestra un palo,
en la izquierda un libro.*



A UN RUISEÑOR,

que estaba cantando toda una mañana en medio de la gritería y confusión de las aldeas del contorno que los Franceses saqueaban, talaban y quemaban con la mayor crueldad. Sucedió esto el 29 de Abril (de 1809) en un bosque, á cuya espesura se había retirado el autor de estos versos para ocultarse al furor del enemigo.

¡Oh! Calla, Ruiseñor, tu voz sonora
 Por la primera vez me es importuna.
 ¿No oyes el estampido
 Terrible del fusil, que estas montañas
 Estremece? ¿No sientes el ruido
 Del áspero atambor, que en las entrañas
 De este monte resuena? ¿No te asusta
 De la bélica trompeta el penetrante
 Y horrisono clamor? ¿Y tan sereno
 Te paras á cantar entre el chocante
 Crujido de las armas, y del trueno
 Del horrendo cañon que el pecho espanta?
 ¿Tu canto delicioso
 Te atreves á mezclar, en tal conflicto,
 Con el duro silvido y pavoroso
 De la bala mortal, y con el grito
 Del pobre muribundo
 Y del soldado atróz y furibundo?

¿No ves de aqueste monte las zagalas,
Y las gallardas ninfas de este río,
Al horrible silvido de las balas
Demudado el color, perdido el brio,
De un profundo temor sobrecojidas
Huir acá y allá, para ocultarse
En las grutas mas hondas y escondidas?

Mira al anciano Lerez. ¡Cuan turbado
Entre sus verdes fresnos escondiendo
La nevada cabeza,
Turbio y ensangrentado
Acia el mar presuroso va corriendo,
Asombrado de ver tanta fiereza!

¡Cuan otro me parece! ¡Cuan distinto
Alteradas sus ondas cristalinas
De negra sangre tinto!

¡Desventurado río! ¡Su carrera
Felizmente siguió por tantos años
En la paz y verdor de su ribera,
Escuchando tu voz, que lo obsequiaba,
Vagabundo y tranquilo:
Y amedrentado ahora el miserable,
Va á pedir á Neptuno un triste asilo
Contra el furor de Marte incesorable!

Escucha el alarido
De las miseras gentes consternadas,
Y el horrendo estallido
De los techos y vigas desquiciadas,
Al furor de la llama asoladora
Que todo cuanto encuentra lo devora:

El gemido profundo y lastimero
 De tantos animales inocentes,
 Del buey y del cordero,
 Que en su alvergue encerrados
 Son del humo y la llama sofocados.

¿No ves arder la choza
 Del rústico infeliz, que á su ganado
 Y á su pobre familia busca asilo
 En la cumbre del monte despoblado?
 ¡Cual va la tierna madre de sus hijos
 Llorosos y desnudos rodeada,
 Pendientes de su cuello los mas niños,
 Y asidos los mas grandes á su falda!

Atiende como lleva el ganadillo
 A la altura del monte con presteza,
 Que no puede seguirlo el corderillo,
 Y se queda rendido en la maleza;
 ¡Cual llora enternecido
 La ausencia de su madre que se aleja,
 Y cuan tierna responde en su balido
 Al cordero infeliz la triste oveja!

¿No ves la confusion de estas aldeas,
 Y sus pobres vecinos
 Asombrados buscar do guarecerse,
 De viejos y de enfermos los caminos
 De mugeres y niños todos llenos,
 Sin saber á do van ni á do esconderse?

Mira del Galo el rostro furibundo,
 Donde el orgullo y rabia están pintados,
 Los ojos encendidos

Y en la presa inocente encarnizados,
 Correr acá y allá, cual lobo hambriento,
 Petulante y ufano,
 Ostentando con furia asoladora
 La fulminante espada en la una mano,
 Y en la otra la tea abrasadora.
 ¿No ves como subiendo á la montaña
 Do á guarecerse va, los tristes ojos
 Vuelve de cuando en cuando á su cabaña
 El pobre labrador? Mas ya no existe
 Aquella humilde choza en que vivía:
 Un pardo nubarron de un humo denso
 Del lugar se levanta donde yacía.

Allí de su labranza
 El apoyo se hundió. Sas compañeros,
 Los dos bueyes: el carro y el arado,
 Sus vestidos groseros,
 Su misero ajuar, su pobre cama,
 Todo se lo tragó la voráz llama.

Restaron solamente las paredes
 Negras y desplomadas,
 Y entre aquellas cenizas desoladas
 Amenazando ruina,
 Las mira con pavor su pobre dueño:
 Así vemos el tronco de una encina,
 Que el rayo destrozó, restar alzado,
 Bien que un poco pendiente ácia el camino,
 Para espanto y terror del peregrino.

No pudiendo sus ojos
 Esta escena sufrir, los vuelve al monte,

Y ve al feróz soldado
 De la cima del monte apoderado.
 ¿A do se esconderá? ¿Donde sus hijos,
 Su querida consorte, sus corderos,
 Que á do quiera escondidos
 Descubren donde estan por sus balidos?
 ¿Tanta desolacion, tantos horrores
 Te permiten cantar, y tan sereno
 Ostentar de tu lengua los primores?
 ¡Ah! Por Jupeter calla: y de esta selva
 En lo mas intrincado y mas espeso
 Busca un negro rincon donde te envuelva
 La sombra de la noche.

No se canta en Galicia:
 Se llora solamente en el destrozo
 De sus valientes hijos; ó se brama
 De rabia é indignacion en la injusticia
 De esta pérvida guerra, en que derrama
 Tanta sangre inocente el atróz Galo.

¿Quién te mandó cantar? ¿La primavera,
 De las primeras flores adornada,
 Desembargó tu lengua lisonjera?
 ¿O fué el Abril festivo,
 De mil tiernos pimpollos coronada
 La cabeza gentil? ¿O fué el susurro
 Del zéfiro lascivo,
 Que con sus blandas alas halagaba
 El seno de las rosas?
 ¿O fué el Cielo sereno, que anunciaba
 Sobre nuestro emisferio

De la Paz y Justicia el Santo imperio?

¡Ay! Nada de esto fué! Tímida Flora,
Del cañon y la muerte amedrentada,
Retiró su influencia creadora.

Solo ves tal cual rosa desmayada,
Desmedrado y languente algun pimpollo,
Tal cual yerba marchita,
El campo mústio, el prado encenagado,
Y el monte sin fomillo y sin ganado.

Tampoco fué el Abril. Cual niño tierno
Del rumor de la guerra estremecido,
Dejó nuestro pais, del crudo invierno
Entregó al rigor. Mandó á las flores
Encerradas estarse en sus cogollos,
Y á las plantas feraces
Detener en su seno sus pimpollos.

No fué el zéfiro blando
Quien te incitó á cantar. Su dulce aliento
Y su manso susurro mezclaría
Con el silvido rudo y turbulento
De la bala cruel. Sus tiernas alas
Con que halaga el clavel y la azuzena,
Y el seno de las ninfas y zagalas,
En suelo tan fatal desplegaría
De fusiles y lanzas erizado,
Y á la rabia de Marte abandonado.

No fué el Cielo sereno
Quien te movió á cantar. Siempre ceñudo,
Pardas y espesas nubes lo entoldaron
Desde el momento aciago en que fijaron

En la triste Galicia
 Su planta asoladora los Franceses:
 Ni el Marzo ni el Abril lo han visto claro.
 Furiosos Aquilones,
 Vendabales feroces y obstinados,
 Empujando mil negros nubarrones,
 Los campos y los pueblos inundaron,
 Las naves y las selvas destrozaron.

El Amor desató quizá tu lengua,
 No nombres el Amor: es un insulto.
 Ese muelle rapáz y afeminado
 Introducirté atreves en la escena
 Que Marte encarnizado
 De horror, de mortandad y sangre llena?
 Deja, deja el Amor y sus dulzuras
 Para aquellas Naciones venturosas
 Que en medio de la Libia, entre abrasadas
 Arenas y serpientes venenosas,
 Ignoran si hay Franceses en el mundo.

Cuando el bravo Morillo,
 Gonzalez y Mumin, los dos celosos
 Y valientes Gallegos de esta tierra,
 Arrojen esos tigres sanguinosos;
 Cuando su fuerte brazo en esta guerra
 Estos monstruos sofoque, y el abismo
 En sus negras entrañas los esconda;
 Entonces cantarás el patriotismo,
 El valor y lealtad de estos varones,
 El aliento sublime y generoso
 Con que alzar se atrevieron los pendones

De la oprimida Patria, y del piadoso
Y engañado Fernando. Entonces Flora,
Vertiendo sus riquezas,
Hará nacer las rosas donde ahora
Vemos solas espinas y malezas.
De mil diversas flores matizado
El campo, cubrirá de verde yerba,
Do retoce el cordero ya cansado
De paecer y mamar. La inculta selva
Adornará el Abril de sus pimpollos,
Donde el risueño Mayo desenvuelva
Las flores que encerraban los cogollos.

Las sencillas pastoras
Del rústico Acibal, las ninfas bellas
Del cristalino Lerez, con sonoras
Y delicadas voces, de este prado
Sentadas en la alfombra, á las estrellas
Levantarán, cantando los loores
De nuestros invencibles Labradores.

Y de empeño tan noble,
Viéndolas el Abril acaloradas,
Y á los rayos del sol, de un ancho roble
Hará brotar las hojas: á su sombra
Y al compas de tu canto
Las sacará á bailar, y por su mano,
Prendado de su brio y gentileza,
Coronará de flores su cabeza.

El zéfiro sutil y melindroso,
Que no quiso mezclar su puro aliento
Con el fétido olor del asqueroso

Troglodita Francés, desde una nube
 De un purpúreo color arrebolada,
 Al eco de tu voz que lo convida
 Descenderá á la tierra,
 De mil fragantes flores matizada
 Por manos de su esposa,
 La tierna y delicada Primavera:
 Recorrerá praderas y jardines,
 Del seno del clavél y de la rosa,
 Del mirto, del laurel y los jazmines,
 Robarán mil esencias
 Que perfumen el ayre, que ha dejado
 El aliento francés inficionado.
 Y sus alas moviendo blandamente,
 En torno á nuestros héroes victoriosos,
 Enjugará su frente
 Del precioso sudor, que tan gloriosos
 Laureles ha regado, á cuya sombra
 En tiempos mas felices y mas quietos,
 Reclinados en esta verde alfombra,
 Descansarán sus hijos y sus nietos.

La delicada Aurora,
 Que desde entró el Francés no se atrevía
 A mostrarnos su cara encantadora
 A no ser rebozada en pardas nubes,
 Y entre nieblas espesas, ahurrida
 De que eran duramente saludados
 Sus primeros albos
 De truenos del cañon, y de atambores;
 Vendrá entonces risueña y despejada

A escuchar del pastor el caramillo,
 El canto de tu Amor y la alborada
 Del mirlo, de la alondra y gilguerillo:
 Y en vez de los combates y las riñas
 De estos hambrientos lobos carniceros,
 Verá en nuestras campiñas
 Retozar mansamente los corderos.

Por la puerta que abrió la blanca aurora,
 Y siguiendo sus pasos como amante,
 Verás salir el sol claro y brillante,
 Derramando la luz que el mundo dora.
 No empañará sus rayos cristalinos
 De la humeante sangre el campo lleno:
 No serán sus albores matutinos
 Contristados de ver tantos horrores;
 Ni de aceros malignos
 De la pica y la espada relucientes
 Rechazados serán sus resplandores;
 Ni apartará su rostro horrorizado
 Del humo que levanta hasta la esfera
 El Templo y el Altar incendiado.

A la nevada cumbre del Pirene
 Arrojado el Francés, y el negro invierno,
 Que en todo semejantes
 De la tristeza y sombras del averno
 Enlutan los países mas brillantes;
 Disipada esta nube,
 Formada de los tétricos vapores .
 Que el Sena borrascoso al Cielo sube
 Para eclipsar al sol sus resplandores;

Con el justo castigo del Atéo
 Aplacado el Eterno, enfurecido
 De verse en sus Altares
 Por un Corso infeliz escarnecido;
 La Galicia por fin verá sereno
 El semblante del cielo, que ocultaban
 Con un velo de horror las torvas nubes,
 Donde el rayo y el trueno,
 Bramando, su furor manifestaban.

De la amable sonrisa de su rostro,
 Desenajado en fin sobre la esfera,
 Mil purpúreos destellos desprendidos
 Derramarán la luz por donde quiera.
 Será claro y fulgente el mediodía,
 Risueñas las auroras, y la noche
 De una dulce y fugaz melancolía:
 En ella blandamente tus querellas
 Cantarás en el bosque silencioso,
 A la trémula luz de las estrellas
 Y al susurrár del zéfiro amoroso.

Naturaleza entonces, los tesoros
 Próliga ostentará de sus riquezas,
 Que escedió cautelosa
 De la mano rapaz, y la fiera
 Del soldado francés que la oprinía.
 Su rigor y energía,
 De servir á un Atéo avergonzada,
 Del fuego y del acero combatida,
 De la tala y el robo fatigada,
 Recobrará por fin, y de sus diones

Colmará liberal toda Galicia.
 Del Cielo lloverán las bendiciones
 Sobre montes y valles,
 Brotará el campo rosas y claveles,
 Será el aire sereno, el Cielo claro,
 Y á la sombra de olivos y laureles
 Que la guerra plantó, la paz cultiva
 De gloria y abundancia coronados,
 Descansarán los brazos vigorosos
 De nuestros defensores valerosos.

Entonces cantarás: Y en tus canciones
 Sonarán las proezas
 De nuestros esforzados campeones:
 Del labrador valiente y denodado,
 A quien indignamente despreciaba
 El ciudadano vil y afeminado:
 Del brío con que lleva
 Igualmente la pica que la esteva
 En sus brazos nerviosos y velludos,
 ¡Oh! Canta á tu placer: Y estas montañas
 Escuchen la canción en que celebres
 Del valiente Gallego las hazañas.

Cuando en la ardiente siesta,
 De sus nobles fatigas descansando,
 A la sombra los vieres de estos robles,
 Salúdalos entonces entonando
 Los himnos mas grandiosos y mas nobles.
 Canta entonces el himno de su gloria,
 Que entonarán sus nietos; y que Olio
 Pondrá con letras de oro en nuestra historia

El triunfo de su aliento mas que humano,
 La conquista de Vigo,
 Que miró con asombro el Anglicano,
 Con asombro y terror el enemigo.

Convida con tu canto las pastoras
 A este bosque sombrío,
 Las bellas y sencillas labradoras
 Y las gallardas ninfas de este río;
 Y entonando contigo sus loores
 De olivo y de laurél ciñan sus frentes
 Y de fragantes flores
 Cubran la verde grama en que descansan
 Sus miembros fatigados y valientes.

Y tu canta entre tanto; y que te ayuden
 Cuantas aves mantiene esta ribera,
 Y cuantas en su seno el bosque ampara:
 Yo tambien te ayudara, si pudiera
 Y mis dias el Cielo prolongara;
 Mas ya no existiré cuando ese día
 Derrame en esta selva la alegría.

Acuérdate de mí cuando cantares,
 De mi Patria y mi Rey: que esto merece
 El amor que les tengo.

Si por desgracia no he vertido
 Mi sangre en su defensa, las que vierto
 Lágrimas por su amor, han derretido
 Mi tierno corazón. Este desierto
 Te lo puede decir, y estos peñascos
 Que enterneció mi llanto tantas veces:
 Estas rudas montañas,

En las cuales errante y fugitivo
Busco un misero albergue en sus cabañas,
Te lo pueden jurar; pues me han oido
Esclamar tantas veces sollozando:
¿Qué será de mi Pátria y mi Fernando?

A Dios dulce cantor: ya se aproesima
El canival Francés. Tú calla y huye.
Si te sienta pereces, pues le anima
Un tan bárbaro Genio, que destruye
Todo cuanto en el mundo es mas de estima.

A Dios. No cantes mas. Tu vida guarda
Para tiempos mejores: que la mia,
Para ser tan penosa, es ya muy larga.
De mi carrera el fin ya se avecina,
Y la va mi tristeza apresurando:
Voy acabarla al pie de aquella encina,
Donde una tortolilla está llorando.



ODA

CONTRA EL LUJO,

Y

EL AMOR DESORDENADO DE LAS RIQUEZAS.

Traducción en parte y en parte imitación
de la de Horacio al mismo asunto:

Carminum lib. III Intactis opulentior &c.

Encierres en tus fundos las mineras
Del oro oriental, y americano,
Y cubran tus palacios las riberas
Del Cantábrico mar y el Gaditano:
Tu serás infeliz: leyes severas
De la inflexible Parca por la mano
Grabadas al dorado techo fuerte,
A sustos te condenan y á la muerte.

Mas felices que tú son los pastores
Que guardan entre breñas el ganado,
Y al raso cielo sufren los rigores
Del invierno y estío destemplado:
Un pan duro bañado en sus sudores,
O cuando mas con leche sazonado,
Una cama en el yerto y rudo suelo,
Donde nieve y granizo arroja el cielo,

Una esposa sencilla y obediente,
 Que á su fiel corazon ha persuadido
 Que no hay en todo el mundo otro viviente
 Tan digno de su amor cual su marido:
 A quien no hace altanera ni insolente
 La nobleza, ni el dote muy crecido,
 Ni envanece un pecho de cordero
 Obsequios de un amante lisonjero:

Una salud robusta: endurecido
 Un cuerpo en el trabajo: un pecho fuerte,
 De la virtud se verá sostenido
 A prueba del dolor y de la muerte:
 Ves aquí las riquezas, que han subidos
 Al colmo del honor en que ansias verte
 Al Persa en sus principios, al Romano,
 Al Cántabro feróz, y al Espartano.

O! Quien quiera que seas, tu que intentas
 Hacer feliz tu patria, al lujo insano
 En medio de sus muros no consientas
 Que convierta en muger al ciudadano:
 Sus resultas serán mas turbulentas
 Que las armas atroces de un tirano,
 Y brotará continuo de su seno
 El puñal, el estupro y el veneno.

La avaricia ten siempre encadenada
 De las severas leyes, y las penas,
 Como bestia voráz, que aprisionada
 Gime y brama feróz entre cadenas:
 Apenas de su furia está guardada,
 Ni la tórrida Zona en sus arenas,

Ni á la triste Noruega el rudo suelo
Le defienden sus nieves y su yelo.

Ni de su sed contiene los ardores
Del pérfido elemento la braveza,
Ni sirve de barrera á sus furores
De los mas altos montes la aspereza:
Naufragios, precipicios, los horrores
De la muerte no espantan su fiereza,
Y el oro va buscando hasta en el mismo
Boqueron espantoso del abismo:

Estrecha la avaricia, y envilece
El pecho del mortal en quien domina;
El cuerpo debilita y enflaquece
El lujo, y el espíritu afemina:
Se vicia todo el hombre y entorpece
En cualquier de los dos á que se inclina,
El oro lo envilece y lo degrada,
Y el lujo lo adormece y lo anonada.

Llevemos, pues, al templo el fatal oro,
Que nuestro ser degrada y contamina;
Sirva al culto divino de decoro
Lo que al hombre le sirve de ruina:
O si de Dios pensamos que es desdoro
Presentarle una ofrenda tan mezquina,
Al mar por donde vino lo arrojemos,
Y sus dones funestos le entreguemos.

Nuestras minas cerremos en que herida
Nuestra madre la tierra en sus entrañas
Se ve de ingratos hijos ofendida,
Y rasgado su seno en sus montañas:

De nuestros desacatos resentida
 Se venga de insolencias tan estrañas,
 Y por la herida arroja de su seno
 En el oro un mortífero veneno.

Sus inocentes dones procuremos,
 Que presenta con manos liberales,
 Y avaros ó groseros no toquemos
 Los que cauta reserva en los metales:
 Penetrar sus secretos no intentemos,
 Por algo los esconde: son fatales:
 Y lo que á los mortales alimenta
 A la flor de la tierra se presenta.

Vegetales salubres, Fierro duro,
 Con que lanzas y rejas fabriquemos,
 Le bastan al Ibero: el oro puro
 A nuestros enemigos lo dejemos:
 Poséaulo en buen hora: yo aseguro
 Qué sus huestes doradas venceremos,
 Y han de ver en el campo con desdoro
 Cuanta ventaja el Fierro lleva al Oro.

Allá tenga su astucia el Italiano,
 Su primer el Francés, y su finura,
 Todo el oro del mundo el Anglicano,
 Y el Bátavo la industria en que se apura.
 Para ser formidable al Castellano
 Del Indo al Marañon en guerra dura,
 Le bastó en otro tiempo su labranza,
 Su culto, sus virtudes y su lanza.

ODA

A LA ROSA,

Y

AL ORGULLO DE LA BELLEZA.

Ó Salve de las flores, Reina augusta,
 De tu púrpura innata decorada,
 Y de tus bellas hojas
 En torno á tu capullo coronada:
 Tu pompa y tu belleza entre las flores
 Se muestra cual de Reina, y con braveza,
 Al redor de tu trono las espinas
 Defienden como guardias tu cabeza
 De asechanzas malignas:
 El narciso á tus pies y la violeta
 Tu magestad respeta;
 El altivo clavel te hace la corte,
 Y te obsequia entretanto
 El tulipán, el trébol y amaranto.
 Yo, tu amante tambien, entre las sombras
 De la callada noche, abandonado
 El lecho y las dulzuras
 Que dá al triste mortal el sueño blando.
 Vengo, ó Rosa, admirarte en el momento

De tu gloria mayor, cuando la aurora
 Te sorprende en tu sueño recojida
 Dentro de tu capullo, donde llora
 Por tu efímera vida
 Las perlas del rocío, que en tí esmalta;
 Y á dignacion tan alta
 Despiertas y abres el purpúreo seno,
 Do llena de ternura
 Le ofreces tu fragancia y tu hermosura.
 Pero dime, te ruego ¿dónde escojes,
 Donde estraes los jugos delicados
 Que nutren tu belleza?
 ¿Tiene quizá la tierra reservados
 A tu vegetacion los mas preciosos?
 O prendado tal vez de tu hermosura
 De los campos Elíseos en sus alas
 Para prueba mayor de su ternura
 La fragancia que ecsalas.
 El zéfiro te trae? Guarda el cielo
 Con singular desvelo
 Para tí sus mejores influencias?
 Y el sol y el aire instable
 Un temple siempre dulce y agradable?
 ¿Es acaso la aurora quien te ha dado
 Esa delicadeza, esa frescura
 De tus liados colores?
 La elegancia y primor de tu figura
 Y de ese hermoso cáliz el capullo,
 Para que en él guardases dignamente
 Sus gotas de rocío? ¿Cuán mimosa

Es natura contigo! Complaciente,
 Te destina oficiosa
 Un lugar en los tiempos distinguido
 Entre el frio aterido
 Y el estío abrasado, porque goces
 En vida abreviada
 La existencia mas dulce y regalada.

Gózala eternamente, si es posible,
 Entre el rocío y brazos de la aurora,
 Y del zéfiro blando

En las caricias, y el favor de Flora:
 Nunca será tan bárbara mi mano
 Que corte el hilo tierno y floreciente
 De vida tan hermosa: aunque seria
 Ese dulce color, y refulgente

El gozo y la alegría
 De la lóbrega estancia donde vivo,
 De ese placer me privo,

Y en tu rosal te dejo, do disfrute
 Tu juventud lozana

El aura y el frescor de una mañana.

Mas ¡ay de ti, si Anfriso, el ciego Anfriso
 Viene á este jardín! Porque arrancada
 De tu rosal querido

Te verás por su mano, y presentada
 A Laura la cruel y desdofiosa:

Ya serás prisionera entre sus muros
 Con lazos de jazmín; ya confundida

Entre aquellos cabellos soberanos;
 Ya por fin consumida

De un fuego abrasador, cuando á su pecho
 Te arrime á tu despecho;
 Y allí de rabia y envidia te marchites,
 Sufriendo los rigores
 De esa fiera que mata hasta las flores.

Te arrojará á sus pies cuando te vea
 Marchita ya: mas viéndote pisada
 Te ruego que le digas:
*¡Con que así me desprecias olvidada,
 Laura, de lo que soy, y de lo que eres!
 Rosas somos las dos: solas diez horas
 Me dió el Cielo de vida: á tí diez años
 Te restan, y en sus alas voladoras
 Con breves desengaños
 El tiempo irá á correrlos: ya son idos
 Cinco lustros cumplidos,
 Y al cabo de los dos que vas corriendo
 Tu belleza esquisita
 Será como la Rosa ya marchita.*

*Tus amantes entonces, los mas tiernos,
 Te arrojarán del pecho, do esculpida
 Te trajeron insanos,
 Como tu me arrojaste, ya perdida
 La flor de mi belleza y la frescura:
 A los pies te verás de tus amantes,
 Que el trono de sus mismos corazones
 Te formaban en días mas brillantes;
 Yo las palpitaciones
 He sentido del tuyo en un momento
 De gloria y lucimiento;*

*Y me pisas ahora; vendrá un día
En que serás hollada
De quien fuiste otro tiempo idolatrada.*

*Morirás dignamente, y en la historia
De la orgullosa Laura encarecida*

*Será, Rosa, tu muerte,
Si en tu postrer aliento confundida
Dejares de su orgullo la insolencia.*

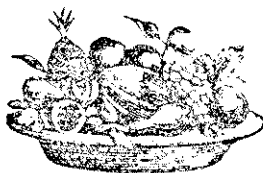
*Al pie de este rosal, donde naciste,
Pondré tus hojas secas y un letrero:*

*Aquí marchita yace Rosa, triste
De un insulto grosero:*

*Como Rosa de honor murió vengada:
Y en la postrer boqueada*

*En el pecho de Laura desdeñosa
Clavó con brio extraño*

El agudo puñal del Desengaño.



AL SOL EN EL OCASO:

CANCION DE UN SOLITARIO Y MELANCOLICO.

Sol ruit interea, et montes umbrantur opaci:
ÆNEIDOS Lib. III.

¿Y así vas á esconder, ó esclarecido
Monarca de los astros, el torrente
De tanta y tanta luz como derramas,
Dejando entre las sombras sumergido
Mi triste corazón solo y doliente?
¿Y te vas al momento en que las llamas
De tu radiante cara se mitigan,
Ya templado su ardor, y no fatigan
Mis ojos lagrimosos?
Deten; deten te ruego un solo instante
Tus caballos ligeros y fogosos:
Pueda tu triste amante
Contemplar de hito en hito esa hermosura,
Que endulza de mis penas la amargura.
Déjame ver tus rayos mitigados
Mansamente correr del horizonte
Adormido al través con blando vuelo,
Y en sus ténues vapores empañados
Derar la frente erguida de aquel monte,
Que esconde su cabeza allá en el cielo:
De su esplendor el Pico envanecido (1)

(1) Pico Sacro es uno de los montes mas altos de Galicia en las inmediaciones de Santiago.

Con desden á sus pies obscurecido
 Mira el valle profundo
 Envuelto ya en las sombras; ve su cumbre
 Al favor de tu rostro rubicundo
 Brillar en viva lumbre,
 Espantando la noche que entre tanto
 En el valle tendió su negro manto.

Del castillo enriscado las almenas,
 De la torre soberbia el alta punta
 Disfrutan de tus rayos, orgullosas,
 Las mansas vibraciones y serenas:
 Allá sobre las nubes, do despunta
 Su altivéz, te saludan, y ambiciosas
 Su resplandor ostentan: yá sumida
 En las sombras nocturnas la abatida
 Cabaña se sepulta:
 Yá desaparece el valle, yá la aldea
 Entre el humo y la niebla yace oculta;
 Y en tanto centellea
 La alta torre y la almena, haciendo alarde
 Entre las pardas sombras de la tarde (1).

¡Qué espectáculo hermoso! Reclinada
 Ya en el mar de Occidente la cabeza,

(1) Esta Cancion fué compuesta en medio del silencio de una selva, en donde su autor pasa la mayor parte de las tardes, y en donde puede observar, que es una vista muy agradable y encantadora cuando al ponerse el sol se introducen sus rayos horizontalmente en lo interior de los bosques, corriendo por entre los troncos de los árboles, y llevando lo mas oculto y sombrío de la selva de una luz mansa y serena.

Y templando su fuego en sus vapores,
 Al través de la selva enmarañada
 Haces correr tus rayos: la maleza
 Mas sombría se ve de tus fulgores
 Penetrada; y las ébras encendidas
 De tus áureos cabellos descendidas
 Acá y allá se tienden:
 Ya en las ramas ondean, las matizan
 De su rubio color, ya las encienden,
 Ya volubles deslizan
 Al pavimento hermoso, y de su llama
 Recamada se ve la verde grama.

La selva qué á tus luces se escondía
 Bajo el denso follaje de sus ramas,
 Que espesas rechazaban los ardientes
 Dardos del abrasado mediodía;
 Cuando el ardor se temple de tus llamas
 En las aguas del mar, te hace patentes
 Los senos mas ocultos y escondidos
 Donde ponen los pájaros sus nidos;
 Con el sereno rayo
 De una llama benígna, cual amante
 Al partirse, la miras al soslayo,
 Y tu vista radiante
 Lanzándose á la parte mas obscura
 La baña de esplendor y de hermosura.
 ¡Qué templo tan hermoso la Natura
 Te consagra en el bosque silencioso!
 Donde son las columnas troncos gruesos
 De sencilla y grandiosa arquitectura,

Y lo hacen mas sublime y magestuoso
 Las sombras de los árboles espesos:
 ¡Cuan augustas brillan en él tus llamas
 Bajo el techo soberbio de sus ramas!
 Allí el sabio te adora,

Y en tu cara contempla embebecido
 La imagen del Escelso: allí te implora
 El triste, el desvalido

Que olvidado, cual yo, de los mortales
 Solo tu lo consuelas en sus males.

¡Con cuanta magestad y señorío
 Triunfante de las sombras atraviesas
 El bosque del Ocaso hasta el Oriente!
 Cuanto matiz diverso en el sombrío
 Fondo de hojas tan varias, tan espesas,
 No produce tu brillo refulgente!

Del roble antiguo el tronco berrugoso,
 Del alcornoque el rudo y escabroso,
 Del castaño fecundo

Las entrañas manidas, donde mora
 Enjambre fugitivo y errabundo;
 Todo tu luz lo dora,

Y el tronco del abeto encaramado,
 Y del pino soberbio y levantado.

Cual Padre universal de los vivientes,
 No desdeñan tus rayos generosos
 Los arbustos pequeños y abatidos,
 Y todos de tus luces refulgentes
 Participan destellos amorosos.
 Por tus rayos se ven esclarecidos

El espino cerril, la débil rama
 Del anónis humilde, y la retama
 El tejido despreciado,
 La yedra arrimadiza, que al robusto
 Tronco de un roble antiguo se ha enlazado,
 Y el más pequeño arbusto
 Que su débil cervíz inclina
 Al pie del alto pino y gruesa encina.
 Todo brilla y se alegra de tu cara,
 Al plácido esplendor: el tronco viejo
 Carcomido y musgoso, y las marchitas
 Y desecadas hojas: ¡Quién pintará
 Los visos variados y el reflejo
 De tanto ramo y hojas infinitas,
 Y de un verde distinto que menea
 El zéfiro que amante las rodea!
 Tu sereno semblante
 Bajo el dosél frondoso,
 Descansando tus rayos entretanto
 Sobre alfombras de trébol y amaranto!
 Sales ya de la selva atravesando
 El interpuesto valle, y la colina
 De enfrente vas dorar: en la cabaña
 Por sus puertas humildes penetrando
 Se introduce tu rayo, que ilumina
 Su triste lobreguéz, y de luz baña
 El pardo techo y muebles denegridos.
 Atraviesan tus rayos encendidos
 Del humo de la aldea
 La columna flotante y errabuada,

Y al flamante esplendor que la rodea
 De tu luz rubicunda,
 Su color ceniciento y enlutado
 Se convierte en celeste y nacarado.

Cansado en tu carrera, ya reclinás
 Del arroyuelo manso en la frescura
 La dorada cabeza, y tus cabellos
 Se bañan en sus aguas cristalinas.
 ¡Cual juega y centellea en la onda pura
 El fuego de tu cara en sus destellos!
 ¡Cual matizan tus rayos purpurados
 Los cetrinos vapores levantados
 Del humilde arroyuelo!

Los que antes eran pardos y sombríos
 Se levantan brillantes hasta el cielo;
 Y en regios atavíos
 Reciben de tu frente luminosa
 Los matices del iris y la rosa.

Mas ya la triste noche, desplegando
 El manto de tinieblas silenciosa,
 Desciende por la falda del Oriente,
 El monte en negras sombras enlutando:
 Ya con su faz cenuda y tenebrosa
 Se congregan las nubes de Occidente,
 Para hacer bajo un velo mas sagrada
 Y mas seria tu augusta retirada.
 A Dios, Astro del dia,
 Perenne manantial de lumbré pura....
 Tu te llevas contigo la alegría
 De toda criatura,

Y enlutada por tí Naturaleza
 La cubre un negro manto de tristeza.
 El cordero inocente, que saltaba
 Alegre á tu presencia en la mullida
 Verde alfombra del campo, en que la yerba
 Harto ya de pacer despreciaba;
 Apenas de tu frente ve escondida
 La luz que tras la nube se reserva,
 Balando en pós su madre se retira;
 El pajarillo hermoso, que respira
 En el mas tierno acento
 El placer y el amor de rama en rama
 Saltando de alegría, en el momento
 Que ve eclipsar tu llama
 En mudece su voz, y en la espesura
 Sus amores esconde y su hermosura.
 Deja el zagal el monte, y la pastora
 El prado y la floresta, que alegraba
 Con su dulce cantar, y se retira
 A la mústia cabaña donde mora.
 Los bueyes fatigados, que aguijaba;
 Desunce el labrador al ver que espira
 La alegría del campo. Se entorpece,
 Cuando tan alegre faz desaparece,
 La vida y movimiento:
 Todo calla, se oculta y se recoge
 Al seno del silencio, y sin aliento
 El viviente se encoje,
 Y en los brazos del sueño detenido
 Mas bien parece muerto, que dormido.

Ya dentre los sepulcros y ruinas
 Las aves de la noche se levantan:
 ¡Qué gritos penetrantes, qué lamentos
 Entristecen los valles y colinas!
 ¡Y cuanto de las sombras adelantan
 El espanto sus lúgubres acentos,
 En un vasto silencio pronunciados!
 En cambio de los trinos regalados
 De hermosos pajarillos,
 Que llenaban el aire de alegría
 Cuando tu lo alegrabas con tus brillos,
 Hienden la esfera umbría
 De animales disformes, y ominosos
 Quejidos lastimeros y espantosos.

Oygo ya de los lobos y los osos
 Los tristes ahullidos: ya los veo
 Asomar de sus hondas madrigueras
 Por los negros umbrales silenciosos:
 Los oygo devorar con diente feo
 Los corderos, los potros, las terneras.
 Allí bajo la sombra de aquel pino,
 El puñal del ladrón y el asesino
 Oygo estar afilando.
 Aquí veo al adúltero homicida
 Por la puerta secreta penetrando,
 Atentar á la vida
 Del esposo inocente, en cuya cama
 Su sangre y su deshonra se derrama.

Ya me cercan las sombras que produce
 La necia fantasía amedrentada,

Que al reino de los muertos descendiendo,
 En el Tártaro mismo se introduce
 Al Báratro profundo, estraviada
 Llega errante; y sacrilega rompiendo
 Las puertas de la muerte, abre los pozos
 Del abismo y sus negros calabozos:
 Do á pesar del Cerbero
 Arranca los espectros, las visiones
 Horrendas, que encerraba el justiciero
 Pluton en sus prisiones,
 Y á las sombras nocturnas el Infierno
 Añade los vestiglos del Averno.

Ya de la muerte el sello está grabado
 En los ojos dormidos del viviente:
 Cual inmóvil cadáver estendido
 En el lecho su cuerpo sepultado,
 Nos anuncia que vive solamente
 Un hondo y melancólico ronquido:
 Tal es, Astro divino, la tristura
 Que en tu ausencia sentimos. Apresura
 Tus ardientes caballos:
 Vuelve, ó Rey de la Tierra, con presteza
 Mostrar tu augusta cara á tus vasallos,
 Do reina la crueza,
 La malicia y traición, y con la muerte
 El derecho escaseando del mas fuerte,

LA ENTRADA

EN EL

INVIERNO.

Ya del fiero aquilon sienten las selvas
El soplo embravecido: ya sus hojas
Arrastra con furor el torbellino.
Se condensan las nubes, y de un pardo
Velo se viste el aire: del zeñudo
Pedroso, oculta ya la erguida cumbre
Entre negros vapores, desaparece.
Dejan ya de cantar los pajarillos
Que el frio entorpeció; ya los torrentes
Hinchados con las llüvias del otoño
Corren precipitados, combatiendo
Con furioso bramido los peñascos.
Ya perdió su beldad el campo müstio,
De sus yerbas desnudo y de sus flores.

De triste amarilléz las pocas hojas
 Que á los árboles restan se vistieron,
 Y sus ramos las ven á cada instante
 Acia el suelo caer, y abandonarlos:
 Apenas nace el sol cuando se esconde,
 Dejando á los mortales en tinieblas:
 Reina la obscuridad, y en largas noches
 El horror de las sombras prevalece.
 Entorpece el rigor del crudo yelo
 La fuerza del viviente y del arroyo,
 Que embargado se para. Las faenas
 Del rudo labrador ya se interrumpen,
 Y descansan los bueyes y los campos.
 En su cabaña el rústico encerrado,
 Sus hijos y su fiel esposa en torno
 Del encendido hogar, cuenta la historia
 De Oliveros, Roldan y Carlo-magno,
 Y como fué el Francés en Roncesvalles
 Por Bernardo del Carpio malferido.

La Primavera.

De su tierno frescor la Primavera
 Los campos y los árboles adorna:
 La escarpada aridez del monte adusto
 Pierde el ceño feróz, y de verdura
 Engalana su frente: el místico prado,
 Antes un cenagal, viste de flores
 Las orillas del río y del otero.
 Los descarnados troncos de la selva,
 Que el Enero dejó como esqueletos,
 Recobran su belleza, y á las aves
 En su frondosidad prestan alvergue;
 Sus armónicas lenguas se desatan
 En dulce canto, que la selva anima,
 Y esparce la alegría en todo el valle;
 Sus blandas alas en las tiernas hojas,
 El zéfiro sacude, y con susurro
 Manso agita en las copas encumbradas
 Los pimpollos recientes, que á su influjo

Undulantes acá y allá se doblan;
Brotan la verde yerba, y se matiza.
De su dulce color el campo todo;
Susurran las abejas laboriosas
Con un sordo rumor, que el monte alegra;
Balan los corderillos inocentes
Saltando de alegría en verde alfombra:
Al mugido del tierno becerrillo
Corresponde la baca: en el esido
Los niños del lugar saltan y triscan,
Y á la sombra de un mirto las muchachas
Cantan del alma Flora las delicias.



LA MAÑANA

EN EL

CAMPO.

Del rubio Oriente las doradas puertas,
 Que guardaba la noche silenciosa,
 Abre la blanca aurora, desparciendo
 Destellos de una luz blanda y suave.

El velo opaco de las sombras tristes
 Que envolvían el ayre adormecido
 Rompe la luz del alba, y sorprendidas
 Las tinieblas se ven de sus fulgores.
 Por el cielo azulado se derrama
 Mansamente una luz encantadora,
 Que embelesa al mortal, y de sus penas
 Se suspende el rigor. Arrebolado
 De un tierno rosicler brilla el Oriente,
 Cual brilla un manso río entre las sombras
 De sus pardas riberas. Envidioso
 El tétrico Occidente el rostro anubla,
 Y en su negro capúz la cara envuelve.

Dobla su negro manto avergonzada
 La soñolienta noche, y su carroza
 Hacia el místico Occidente precipita:
 Confundidas le siguen las estrellas

Y medrosas del sol. El aire, el cielo
Se matizan de púrpura y de rosas.

Del aura matinal al blando soplo
El manto de la aurora se despliega,
Y de un nuevo esplendor se viste el polo.
¡Qué brillante arreból y que matices!
¡Qué colores tan tiernos y tan dulces!

Sobre un fondo azulado el oro rubio,
Y la cándida plata y la azucena,
La rosa y el jazmín, y el tierno lirio,
El clavél y alelí, matizan juntos
Este manto soberbio con que el alba
Deja ver su beldad en el Oriente.

¡Cuan lindo rosicler! ¡Con que ternura
Los rayos de su luz, la frente posan
Sobre el orbe dormido, y mansamente
Despertándolo van de su letargo!

Ya el prado ve la selva, ya se miran
La montaña y el valle; ya el aliso
Mira con vanidad sus verdes hojas
En el limpio cristal de un arroyuelo.

Las formas vacilantes que en los seres
La noche bosquejó, se desvanecen,
Y recobran los cuerpos su figura:

Ya del nocturno caos se levanta
La cabeza del monte, ya del valle
Sumergido se ven entre las sombras
El soto y el arroyo, circundado
De la niebla sutil que el viento lleva.

Un zefirillo dulce va meciendo

Las hojas de la selva: á su murmullo
 Los adormidos pájaros despiertan,
 Y en sonoró cantar sus dulces lenguas
 Se desatan festivas, celebrando
 Del día el resplandor: sus abrigados
 Nidos dejan al punto, y bulliciosos
 Saltan de rama en rama, saludando
 El semblante risueño de la aurora.

Ya brillantes de nácar y de aljófar
 En el prado se ven yerbas y flores,
 Y en el dulce remanso del arroyo
 Del sauce se refrata la figura.

Va creciendo la luz, y el cielo todo
 De oro y grana se viste. Sus capullos
 Abren las flores, y en su blando seno
 Recogen el rocío: el maná dulce
 En las hojas del roble se condensa.

Con ruidoso cantar y en tono fuerte
 Los gallos se compiten, y la aldea
 Despierta á su clamor. ¡Cuan animado
 Es su canto y su voz en el contraste
 Del soñoliento estado en que la noche
 Deja al triste mortal entorpecido
 En los brazos del sueño! El duro lecho
 El rústico abandona y de sus bueyes
 Surte el pesebre, y á su ejemplo activa
 La hacendosa consorte el fuego enciende,
 Y del techo pajizo se levanta
 Una flotante nube de humo denso,
 Que en un triste vapor se desvanece.

La pastora sus cándidos corderos
 Lleva al campo á pacer; y tan sencilla
 Y tan bella como ellos, va peinando
 Con amable candor la órencha rubia
 En que travieso el zéfiro se enreda.

En la orilla del río el caramillo
 Suena ya del zagal enamorado,
 Que sus cabras conduce al alto monte;
 Cuya cima del sol ya dora el rayo.

Al prado otro pastor las mugidoras
 Bacas lleva, y en pos sus ternueruelos,
 Que retozando van por el camino,
 Y del grueso pezon de cuando en cuando
 Se cuelgan á mamar, como por juego.

Con rostro alegre el rústico sencillo
 Al campo sale en pos sus mansos bueyes,
 Respirando el frescor de la mañana
 Que anima su vigor. ¡Cuan sometidos
 A su imperio y su voz estos forzudos
 Animales estan! ¡Con que obediencia
 Caminan al barbecho! Allí los unce,
 Los balaga, estregádoles el cuello
 Que mañosos rinden al pesado yugo,
 Y empuñando la esteva, el almo seno
 De la tierra feráz rompe el arado.

Sus cantinelas rústicas alivian
 La fatiga del buey, y de su dueño,
 Y en la selva de enfrente las repite
 El eco parlador y el pajarillo.

El sol en tanto su dorada frente

Deja ver por encima de la sierra;
 Mil torrentes de luz rápida esparce
 Que el mundo vivifica, y con serena
 Y augusta magestad del ancho cielo
 Va corriendo el espacio, y derramando
 La vida y el calor. ¡O cuanto brillan
 Las flores en el campo salpicadas
 Del líquido rocío! ¡Qué de esencias
 De sus fragantes cálices escalan
 Y el aire en derredor todo perfuman!
 Cada punta de yerba coronada
 De una perla se ve, do se reflejan
 Mil cambiantes y visos delicados.

El rocío en los árboles renueva
 La frescura y verdor de sus pimpollos.
 ¡Cuan lozana á la luz la selva ofrece
 Sus senos retirados y sombríos,
 Donde cantan su amor los ruisseños!
 ¡Qué alegría en el campo! y qué frescura
 En el prado y la selva! Y en las aves
 Qué algazara y bullicio tan sonoro!
 Cada árbol, cada arbusto, cada ramo
 Tiene un dulce cantor, que entre sus hojas
 Despierta la alegría, y de la selva
 La triste soledad su canto anima.

Al pie de cada mata un pajarillo
 Suelta su tierna voz: y al sol naciente
 Arrulla su cantar: ya transportando
 El parabien se da del regocijo
 Que la vista del sol causa en su pecho.

¡Qué trinos regalados! Qué gorgoros.
 En la esfera del aire se derraman,
 Y del dulce placer de la armonía
 Embelesan el valle y la montaña!

Dirías que los seres insensibles,
 A quien lengua negó Naturaleza,
 De un acuerdo comun al tierno pico
 De los pájaros dan el alto encargo
 De festejar al Sol: y ellos celosos
 El himno entonan en que al Sol celebran
 Y a su inefable autor gratos ensalzan.

¡Con qué gracia y candor el inocente
 Corderillo saluda al nuevo día,
 Saltando de placer sobre la yerba
 En torno de su madre! El manso arroyo
 Cual refleja la luz en el espejo
 De su terso cristal! Cuan bulliciosas
 De los sauces y alisos retratando
 Sus claras linfas van la verde pompa!

¡Qué pureza en el aire, y que perfumes
 Que el zéfiro robó del blando seno
 De la rosa y clavél! Como las mieses
 Levantan la cabeza entorpecida
 Del nocturno vapor! Naturaleza
 Toda entera despierta y se levanta
 A adorar de su Rey la faz augusta;
 Las plantas, los insectos y las aves,
 El paciente animal y el carnicero.

Sube escueto Monarca, y generoso
 Derrama en profusión esos raudales

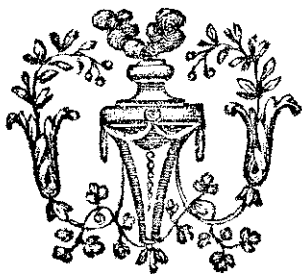
De calor y de vida; tu influencia
 Sienta el mar y la tierra, el bruto, el hombre,
 Del Indó al Marañon, del Persa adusto
 Al gentil Español, del Anglo culto
 Hasta el Negro cerril, y Hotentote.

Y Vosotros, cautivos en los muros
 De la triste ciudad, do encarcelados
 Os esconde del Sol el techo altivo,
 Y apenas de su faz sentís los rayos
 Cuando al medio llegó de su carrera:
 Al menos una vez dejad el lecho,
 El torpe lecho donde embrutecidos
 Os tienen la pereza y los encantos
 De una Circe traíflora. El Alba os llama;
 Despertad á su voz, salid al campo
 A gozar su beldad, á ver la cara
 Del Sol que nace, y en su blando seno
 Lo acaricia la Aurora entre sus brazos.

De cuantas el pincél de la Naturaleza
 Hermosuras pintó, ninguna iguala
 A la del Sol naciente, y reclinado
 En el seno del alba. Y si no os mueve
 Su esquisita beldad, sus beneficios
 Os debieran mover: por vos madruga,
 Por vosotros de Oriente hasta el Ocaso
 En su larga carrera se fatiga.

No inratos consintais que avergonzalo
 De tamaño desden, rápido vuele
 Sobre vuestras cabezas, y al Ocaso
 Lleve consigo la memoria amarga

De vuestra ingratitud. A la influencia
De sus rayos debeis el rubio grano,
Y el dorado licor que en vuestras copas
Brilla: á sus rayos frutas sazonadas,
Que el estío os prodiga y el otoño:
A su influjo las carnes y los peces,
Que á vuestra gula dan pábulo inmenso:
A sus rayos el oro y los metales,
Que engendra su calor. Todo á sus rayos
Lo debeis: ¡y entretanto no os merece
Que madrugueis por él un solo día,
Ni su hermosa hieldad, ni sus favores,
Ni el ser de Dios la imágen mas augusta!



El Melancólico
A SU AMADA SELVA,
 RESTABLECIDA DE LOS RIGORES
 DEL
INVIERNO

Y

FLORECIENTE ET LOS PRINCIPIOS DE MAYO.

Salve, mi amada Selva una y mil veces:
 El parabien te doy: ya de tus robles
 La frente se adornó, ya de sus brazos
 La triste desnudéz está vestida.
 Quien te dijera, allá cuando en Noviembre
 El austro y aquilon fieros bramaban
 En torno de tus troncos, y tus hojas
 Con violento huracán arrebatában;
 Allá cuando silvaba entre tus leños
 El sañudo furor del cierzo helado.
 Y en tus ramas sentado el negro cuervo
 Anuncios de pavor y muerte daba:
 ¿Quién te dijera entonces que tan presto
 El antiguo esplendor recobrarías?
 Compasivo el Abril te vió desnuda,
 Y á Flora le encargó que te vistiese,
 Y Flora liberal, de sus riquezas
 El caudal derramó para adornarte.

¡Qué pompa y que esplendor tan alagüeño!
 ¡Qué lujo y que ambicion en esos ramos
 Que esconden su cabeza allá en las nubes,
 Y del aire los ámbitos estrechos
 Son para su altivéz! ¡Cuanta frescura
 En su tierno color, donde su alivio
 Causados de llorar hallan mis ojos,
 Y el triste corazon, á quien devoran
 Los amargos pesares, refrigerio!
 ¡Qué verde tan risueño y apacible!
 ¡Qué sombra y que frescor bajo tus ramos!
 ¡Qué embeleso tendido al pie de un roble
 Estar viendo el azul del almo cielo,
 Que por entre las ramas se divisa
 Del verde de tus hojas sombreado!
 ¡Qué yerba tan menuda y tan espesa
 Cubre el suelo á tus pies, donde retoza
 El manso corderillo, el velóz ciervo,
 Y donde del calor y la fatiga
 Rendido el labrador y el caminante
 Se tienden á dormir! ¡Con que susurro
 Tan manso y halagüeño, entre tus hojas
 Un blando zefirillo se revuelve!
 ¡Cuan plácidos aquí sus nidos forman
 Los pájaros amantes, que en sus trinos
 Manifiestan su amor, cantan sus ansias
 A la hermosa avecilla! El manso rio
 ¡Con cuanta magestad, y cuan sereno
 Marcha por entre róbles, encumbrados
 Y pomposos alisos, que en sus aguas

Estampan su figura, y de una sombra
 Augusta y melancólica lo cubren!
 ;Cual bajan á besar sus puras linfas
 Del sauce y verde fresno los pimpollos,
 Y en retorno á su amor besa sus plantas
 Agradecido el río á sus favores!

Allí al dulce murmullo de las ondas
 Se juntan de tropel los pajarillos,
 Y de una orilla á otra se compiten
 En su tierno cantar: embelesado
 El río los escucha, y en un remanso
 Suspende su correr. Un manso viento
 Redobla la armonía, susurrando
 Entre las hojas de la añosa encina
 Y del álamo altivo. Las zagalas
 Y el robusto zagal, allí se juntan
 A cantar y bailar bajo la sombra
 De un frondoso nogal. Allí contienden
 En rústicas disputas los pastores,
 Sobre quien es mas ágil, mas forzado,
 Cual es de las pastoras la mas linda,
 Mas airosa en danzar y mas ligera.

Los zéfiros aquí con blando vuelo
 Juegan al derredor del verde sauce:
 Ya sus hojas menean, ya sus alas
 Van al río á mojar, ya las sacuden
 En la menuda yerba, y de rocío
 Salpican su verdor. Aquí las niñas
 Se abrigan del furor del Sirio ardiente:
 El amor y su madre, abandonada

La dulce Chipre, aquí tienen su templo:
 Apolo aquí, las gracias y las Musas,
 Del estruendo vulgar vienen huyendo.

Aquí Flora plantó su verde trono
 Bajo el dosél augusto de estos robles:
 La rosa y el clavel ciñen su frente,
 Cual diadema real; y una azuzena
 En su mano, sirviéndole de cetro,
 Al reino vegetal da justas leyes,
 Y á su imperio las plantas y las flores
 Se rinden con placer. Aquí Morfeo,
 De un espeso bosqueaje defendido,
 Y en un lecho de flores reclinado,
 Del melífero vapor del blando sueño
 Dulcemente al mortal baña los ojos.

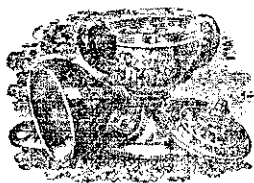
¡O Selva deliciosa! Aquí descarga
 Un triste corazón el peso enorme
 De sus negros pesares: y el cuitado
 Que atosiga el dolor, aquí respira,
 Y al arrullo del viento y de las hojas
 El desvelado aquí cierra los ojos.

¡O Selva de mi amor! Pues que en tu seno
 Alvergue das á tanto pajarillo,
 Verde lecho al pastor, al caminante
 Descanso y sombra, sueño al desvelado,
 Consuelo al triste, aquí rendido implora
 Tu piedad el mortal mas alligido
 Que tu sombra cubrió. Abre tu seno,
 Piadosa á un infeliz, á quien persigue
 Desde el nacer airada la Fortuna.

En sus cavas entrañas, compasivo,
Me dé casa y hogar un grueso tronco,
Sobre la verde grama un pobre lecho
Me dé para dormir la dura tierra,
Bebida un arroyuelo, y sus bellotas
Me dé para comer un alto roble.

Sobre todo te ruego que me ocultes
De este mundo traidor, allá en el fondo
Mas espeso de tu recinto umbrío:
Allá donde la sombra es mas oscura,
Do no penetra el sol, do un sagrado
Horror y soledad al infelice
Esconden de los ojos petulantes,
Que anmentan su afliccion al desolado.

Así el Cielo te ampare, y de tus ramas
No se aparte jamás la verde Flora:
Con su manto las cubra en el Diciembre
Del sañudo aquilón y sus rigores,
Y el aliento del zéfiro te anime
Allá del Julio ardiente en los desmayos.



A UNA SEÑORITA ILUSTRE,

de mucha moderacion y sencillez en los vestidos, y una singular afabilidad y dulzura en el trato con los pobres aldeanos.

CANCION.

De aquí, Rapáz vendado,
 Lejos tú, y la tu Madre engañadora,
 Que en verso consagrado
 A la augusta Virtud que Lisi adora,
 No es justo ni debido
 Tengan parte ni Venus, ni Cupido.
 Lejos, belleza vana,
 Del tierno corazon fatal embrollo,
 Do juventud insana
 Se estrella, cual la nave en el escollo;
 Ni tu tendrás cabida
 En elogio de quien de tí se olvida.
 No aquí, Nobleza hinchada,
 Que endureces el alma del que engries,
 Y la plebe humillada
 Escarneces, maltratas, y te ries
 Con bárbaros desdenes,
 Insultando los mismos de quien vienes.

Riquezas, adoradas
 De bajos corazones y serviles,
 De mi seréispreciadas
 Como lo deben ser metales viles:
 Sea el oro estimado
 Del esclavo infeliz que lo ha cavado.

Lo que Lisarda estima
 Voy á cantar: lo suyo propiamente:
 Lo que mas la sublima:
 El obrar y el sentir tan noblemente:
 Oro, belleza y cuna,
 Son juguete del tiempo y la fortuna.

Virtud y entendimiento:
 Hermosuras que el tiempo no marchita,
 Ni el vago mudamiento
 Las da de la fortuna, ni las quita,
 Y en el alto gobierno
 Se reserva estas gracias el Eterno.

Ingenio penetrante,
 Diré mas bien granado que florido;
 Quizá menos brillante,
 Que sólido y macizo, dirigido
 Por principios cristianos
 A pensar en el bien de los humanos.

Un juicio nervioso,
 Y libre al cual no arrastra ni esclaviza
 Del lujo imperioso
 El capricho, que al seso tiraniza,
 Ni servil se acomoda
 Al ridículo imperio de la moda.

Ni el ánimo envilece
 Del cuerpo en refinar la galanura;
 De un cuerpo que envejece,
 Y que traga por fin la sepultura;
 Y al cual hembras ociosas
 Prostituyen las horas mas preciosas.

Al capricho insolente
 De Madrid ó Paris, que le avasalle
 Su Virtud no consiente,
 Ni profana su cuerpo ni su talle
 Una infame Modista,
 Que el oro y la vergüenza nos conquista.

Ni la seda ni el oro
 El cuerpo que desprecia, le engalana,
 Sostiene su decoro
 Solamente la humilde austera lana,
 Y el cordero inocente
 Le da ropa y costumbres juntamente.

Cual venda vergonzosa
 De llaga original, que al hombre infesta,
 Lisarda religiosa
 Considera el vestido: así detesta
 Hacer con lujo insano
 De una venda asquerosa alarde vano.

Al labrador honrado,
 Espuesto á la inclemencia, ve desnudo
 Y el brazo fatigado,
 Que á todos nos mantiene, al frio crudo
 Helado, y abomina
 De un lujo que lo insulta y arruina.

Lo ve caer rendido
 De fatiga y miseria, al pie postrado
 De alguna que ha tenido
 A un Barbero por padre, y lo ha olvidado;
 Y cuesta su basquiña
 Lo que era un tiempo dote de una niña.

Lo insulta la insolente
 Muger ya..... lo diré? De un Escribano,
 Y al labrador paciente
 Se le trata de bruto de villano,
 Por una sanguijuela
 Que engorda con su sangre y lo desuela.

Tu sabes cuanto vale
 El labrador, y cuantos sus velludos
 Brazos, de donde sale
 Entre polvo, sudor y esfuerzos rudos
 Cuanta espiga dorada
 Produce el ancha vega sazónada.

En sus penas atroces
 Los consuelas, y tierna los animas,
 Los tratas, los conoces,
 Y porque los conoces los estimas:
 Entrás en sus cabañas,
 Y entra el dulce consuelo en tus entrañas.

Ni el corral asqueroso,
 Ni la puerta difícil y apretada,
 Ni el techo tenebroso,
 Ni el mísero menaje, do pintada
 De la pobreza dura
 Se ve la imágen triste y la figura:

Nada te arredra, nada:
 Te lanzas al tugurio denegrado,
 Donde yace sentada
 El hambre, la miseria y el gemido,
 Y cual lucero puro
 Levantas de la noche el velo obscuro.

De pobres circundada,
 Cual la luna lo está de las estrellas,
 Al pobre hogar sentada
 Escuchas sus trabajos y querellas;
 Comes de sus manjares,
 Y pruebas de sus gustos y pesares.
 ¡Un pan negro! Un villano!
 Y cabe tí sentado! Te envilece:
 Así en discurso vano
 Una rica plebeya se enloquece;
 Y cree en su manía
 Que el regalo y orgullo es la hidalguía.

No hay vileza, Lisarua,
 Donde hay Virtud; me cree; y no hay nobleza
 Do la ociosidad bastarda
 Del corazon los nervios empereza:
 El vicio, el vicio solo
 Envilece al mortal de polo á polo.

En esos denegrados
 Velludos brazos, siempre fatigados,
 Y en los endurecidos
 Callos de fuertes dedos y acerados,
 Grabada está á porfía
 La carta mas brillante de hidalguía.

En su cara tostada,
 Tu lo sabes, Lisarda, y en su frente,
 Cual cicatriz honrada
 En pecho militar, está patente
 A todos su nobleza,
 Y en su rostro sencillo su franqueza.

Tu así las ocasiones
 Estimas, en que observas las entrañas,
 Los nobles corazones,
 Las virtudes que esconden las cabañas;
 Lo mucho que merecen,
 Y lo mucho que sufren y padecen.

Ves por tus mismos ojos
 Como viven, cual duermen, como visten,
 Entre piedras y abrojos,
 Esos cuerpos de acero, que resisten
 Del cielo la inclemencia,
 Y del necio orgulloso la insolencia.

Ves como son tratados
 Esos brazos de bronce endurecidos,
 Por quien son arrancados
 De la tierra á los senos escondidos,
 Cuantos bienes devora
 La gula del ocioso tragadora.

La madre fatigada
 Ves del campo llegar, y seis hijuelos
 Que la tienen cercada,
 Cual la gallina madre sus polluelos,
 Y á su falda asidos
 Desnudos, macilentos y ateridos.

Los ves fijar sus ojos
 En la mano materna ansiosamente,
 Que los tristes despojos
 Va á repartir de un pan; y antes que el diente
 Llegue ansioso á tocarlos,
 Con los hambrientos ojos devorarlos.

Veslos ya de rodillas,
 Al Eterno que adoran levantadas
 Las tiernas manecillas,
 Dar las gracias debidas, y olvidadas
 Por impíos voluptuosos
 Al fin de sus convites mas suntuosos.

Los ves quedar dormidos
 Sobre las duras piedras reclinados,
 Y sus rostros sumidos,
 Y sus rubios cabellos arrastrados
 En la inmunda zeniza,
 Do el cansancio los rinde y esclaviza.

Este es, Lisarda, el sueño
 Esta la cama, y este el lecho blando
 De ese niño risueño
 Que llevó todo el día trabajando,
 Y tan solo benina
 La tierra en su regazo lo reclina.

¡Gabinetes dorados,
 Do la lascivia y gula del ocioso
 En lechos regalados
 Se revuelca! ¿Y el pobre laborioso,
 Desnudo y mal comido,
 Yace en el duro suelo aterecido?

¿Cuántas veces serían,
 Al ver tanta miseria, humedecidos
 Tus ojos, Y saldrían
 Consolados al fin, y enternecidos
 Al ver que á su tormento
 Escude su paciencia y sufrimiento?

Lisarda, estas guaridas
 Lo son de la Virtud: detente en ellas;
 Qué aunque yacen sumidas,
 Tienen fuerza tus ojos para yellas;
 Asi el sol ilumina
 El escondido valle y la colina;
 Y en su alegre alborada
 Sus rayos introduce por la obscura
 Rendija angustiada
 De la humilde cabaña, y de luz pura
 Baña el pobre aposento,
 El hogar, el pesebre y el jumento.

Y así pródigo el Cielo,
 No tan solo la lluvia y el rocío.
 Derrama sobre el suelo
 De un jardín delicioso en el estío,
 Sobre las bellas flores
 Y el prado matizado de colores;
 Las rústicas encinas
 Riega también, las selvas descuidadas,
 Los cardos, las espinas,
 Y las altas montañas despobladas;
 Y todo su existencia
 Fia de su inefable Providencia.

Tu la imitas, Lisarda;
 Y en cuanto con tu estado se concilia,
 De Doncella gallarda
 Te ensayas para Madre de familia;
 Modesta, Religiosa,
 Humilde, moderada y oficiosa.

Fabio, si al yugo santo
 Has de rendir en fin la cervíz fiera,
 Lo que recelas tanto;
 Aquí tienes, aquí, la compañera
 A cuyo dulce lado
 Será ligero el yugo mas pesado.

Mas ya, Lisarda, el canto
 Es prolijo tal vez: aquí la Lira
 Suspendo: el Cielo santo
 Conceda á tu Virtud, que el pecho admira,
 Que en un lazo dichoso
 Te veas tan feliz como tu esposo.

CANCION: en las ciudades:
 Solo hallarás desprecios y desdenes,
 Porque en sus vanidades
 No distinguen los males de los bienes:
 Ve á la choza abatida,
 Donde es Lisarda amada y conocida.

El Brazo de Dios,
 estendido para proteger al pobre inocente,
 y castigar al injusto opresor:

Sube al Cielo el clamor del huérfano,
 Y escúchalo el Señor cual padre amante
 Que del mísero cuida y desvalido:
 Alárgale una mano y lo levanta
 Del polvo en qué lo hundió la tiranía
 De su perseguidor: Piadoso y justo,
 Arráncalo su brazo omnipotente
 De las garras sangrientas del tirano;
 Y tal vez á un pastor envilecido
 Lo viste de la púrpura. Asombrados
 Sus contrarios, lo ven y se enfurecen;
 Y en tanto el pobre, agradecido adora
 La mano del Señor que así lo ensalza:
 Aquella mano que besaba humilde
 Cuando rígida y fuerte lo azotaba.
 Cual al rápido soplo del violento
 Aquilón se disipan los nublados,
 Y sin dejar señal se desvanecen,
 Así el poder del impío se deshace
 Al soplo del Eterno: un solo instante
 Desvanece su gloria: como un rayo

Derriba al opresor, lo desvarata;
Y una sola mirada de sus ojos
Airados, lo sepulta al hondo abismo,
Al reino del pavor y de la muerte.
Los ojos humillados vuelve el pobre,
Y llenos de terror á la montaña,
Do cual cedro elevado estaba el rico;
Y sus ojos atónitos no encuentran
Sino el horror y el polvo del sepulcro.

Ya los mismos que pálidos temblaban
Delante de su faz, pisan la losa
Que encubre la hediondez de su cadáver,
Do los gusanos fétidos se ceban:
¿Dónde están sus riquezas, do su pompa,
Dónde el adulador, donde los siervos
Ministros viles de su necio orgullo?
Solo y postrado allí, las negras sombras
Le acompañan en lúgubre silencio:
La tierra lo sorbió, y en sus cavernas
Comprime su alivéz, que no cabia
En la anchura del orbe: desagruvan
Los gusanos, cebándose en su cuerpo,
Tanto y tanto viviente perseguido
Y arrancado por fuerza de los senos
Mas ocultos del mar y de la tierra,
Para sangriento pabulo á su gula
Caprichosa y voráz. Los que oprimidos
De su fiera ambicion se estremecian
A su vista feróz, como la oveja
Tiembla á vista del lobo, ya sin miedo

Llegándose á su túmulo lo insultan:
¿Es este aquel leon cuyos rugidos
Nos llenaban de asombro, en cuyas garras
Nuestros hijos cual tímidos corderos
Eran despedazados? Duerme ahora
Y deja descansar al consternado
Rebaño del Señor, que perseguiste.
Duerme en esa region del tenebroso
Imperio de la muerte, entre sangrientos
Destrozos de las víctimas funestas
Que inmoló tu furor. Si nuestras voces
Pudiesen penetrar al hondo abismo
Dé esa negra mansion de las tinieblas,
Que tormento cruel cuando escuchases
Como hablamos de tí, cual te pintamos
Como fiera rapáz que nuestras campos
Y mieses devoró: tú á nuestras madres
Fragiste la viudez, diste á sus hijos
Miserrima horfandad: tú devoraste
Como un lobo feróz de nuestros padres
La sustancia y la sangre. Era tu casa
La cueva de un leon, donde los tristes
Despojos de los cándidos corderos,
Del pobre y desvalido se escondian:
Las paredes, el techo, el pavimento,
Sangre del infeliz por todas partes
Chorreaban por entre los damascos,
El oro y las alfombras berberiscas.
¿Do tus hijos están, los leonzuelos
Que atroces á tu lado se ensayaban

En la rapacidad? Que á la doncella,
 A la casta matrona, al tierno esposo
 Asombraban sus ojos petulantes
 Y su lascivia indomita? De Marte
 Al uno destrozó la furia horrenda:
 Al sepulcro voráz su destemplanza
 Los otros arrojó: de ardiente Vénus
 En la flor de sus dias abrasolos
 El fuego asolador, como marchita
 Una flor delicada el Julio ardiente.

¿Qué es del soberbio Alcázar que enriscado,
 Amenazaba al valle y la montaña,
 Y el paisano infeliz trémulo al verlo
 Gemia y se encorbaba? El Cielo airado
 Lo miró con horror, como los hombres
 Miran la gruta lóbrega que abriga
 Al pérfido asesino, al vandolero;
 O cual mira el pastor la madriguera
 Donde se esconde el leon, y el voráz lobo.
 Rasgáronse las nubes y bajaron
 Las centellas del cielo: en sus entrañas
 La tierra palpité, y de su peso
 Causada sacudió los fuertes muros
 Que eternos parecian. Enojado
 Una boca espantosa abrió el abismo,
 Y tragó el negro Tártaro las piedras
 De la máquina altiva ya postrada
 Del rayo veagador. Ruda maleza
 Se cria en el jardin, donde la rosa
 Y el clavél escalaban sus perfumes,

Y rústicos espinos, do brillaban
La guinda rubicunda y la pavía:
Todo ya feneció: tan solo resta
De tu rapacidad un execrable
Recuerdo, que será de nuestros hijos
El espantò y el horror. Cuando á sus nietos
Cuenten tu atrocidad, tu petulancia,
Erizaránse entonces sus cabellos,
Sus miembros temblarán, y al Cielo alzados
Los ojos y las manos, al Eterno
Míl gracias rendirán de haber lanzado
Un Mónstruo tan maléfico al Abismo.



*La Tempestad,
arabida en la ciudad de Santiago
y sus contornos el día 16 de
Julio de 1805.*

Del ceñudo Pedroso en la alta cumbre
Recostado yacia el truculento
Genio de las tormentas; do con torva
Vista miraba al Campo de la Estrella.
Levanta la cabeza desgreñada,
Sus enormes carrillos se entumescen,
Y las narices lívidas inchando,
Arroja hácia Santiago y su campiña
Del violento huracán el soplo acerbo.

Se hace sentir al punto un rumor sordo
En la santa ciudad, y un balbuciente
Susurro de los vientos, que forcejan
Para alzar el peñasco con que Eolo
En sus hondas mazmorras los encierra.

Rompen en fin la cárcel con bramido,
Cual el toro encerrado al campo sale;
De su voz al imperio se congregan
Al momento las nubes esparcidas,
Y los negros vâpores se amontonan
En la santa ciudad y su contorno.

De la bóveda azul el cielo esconde
 La encantada belleza; el sol retira
 Su luz vivificante, y abandona
 Al espanto y horror de las tinieblas
 El pueblo, sumergido en sombras tristes.

Del vasto y negro manto de la noche
 Desplegada la punta mas espesa
 Sobre cuanto florece entre las aguas
 Del Sarela (1) y del Sar, se tiende al punto.

La densa obscuridad, de cuando en cuando
 Se interrumpe con plácidos vislumbres
 De una tétrica luz, y macilenta,
 Que los seres confunde y desfigura,
 Y deja en cuanto alumbra un tinte obscuro,
 Cual tea funeral de espanto y muerte.

Incitadas las nubes de los vientos
 Chocan unas con otras: pensarías
 Que á su altiva ambicion vienen angostos
 Los espacios del ayre, ó que combaten
 Por los tristes despojos del estrago
 Que van á producir. El alto Viso,
 De su escabrosa cima, el bochornoso
 Pestilente solano á la pélea
 Manda venir tambien: este en sus alas
 Del Etna y del Vesubje trae el fuego,
 Y al soplo envenenado de su boca
 Se inflama y se corrompe el aire puro.

(1) Sarela es el llamado rio de los Sapoz: de estos dos riuuelos se originó el proverbio "entre el Sar y el Sarela está Compostela." (N. del E.)

La sagrada mansión del Zebedeo
 Combatida se ve por todas partes
 Del encono rabioso de los vientos:
 Se obstina el huracán, bramando entorno
 De las soberbias torres y los altos
 Palacios orgullosos, que presentan
 Un frontispicio erguido á su arrogancia.

Arranca de los techos empinados
 Las encorvadas tejas y las piedras,
 Como un soplo ligero allá en Noviembre:
 Lleva delante sí las hojas secas
 De la selva marchita. Sacudidos
 Los fuertes edificios, mal seguros
 En sus hondos cimientos, bambolean
 Cual la rama del árbol. Ensordece
 El atónito oído el pavoroso
 Bramido de los vientos: se acrecienta
 El horror y el espanto con el triste
 Silvido del granizo, que apedrea
 Con estrépito agudo y penetrante
 Los frágiles cristales y las tejas.

Mas todo este fracaso, cual de un niño
 La débil voz se esconde, y se confunde
 Entre el fuerte rugido de las olas
 Del irritado mar, del mismo modo
 Lo anonada y devora el estampido
 Del trueno bramador, en que parece
 Que perdido el nivel, el firmamento
 De sus basas eternas se desploma,
 Y rodando en el aire se deshacen

Unas contra las otras sus columnas.

El maligno Genio y turbulento,
 Que despertó los vientos del Pedroso
 En la cumbre erizada, sube al punto
 A la region del trueno, y en un carro
 De rechinante acero y de espantosos
 Dragones arrastrado, va corriendo
 Con vehemente y horrisono crujido
 Sobre torvos nublados: los sacude,
 Los irrita y enciende con estruendo
 Y espantable retumbo. No ya blandos
 Vapores son las nubes: son enormes
 Peñascos, ó de bronce endurecido
 Grandes masas, que chocan y combaten
 Unas contra las otras, arrojadas
 Por brazos de Gigantes sediciosos.

En el ardor de choque tan violento,
 De sus negras entrañas se dispara
 El fuego de su enojo; el rayo ardiente
 Y el súbito relámpago serpean
 Por la esfera del aire: á cada instante
 Un fulgor repentino y livoroso
 Penetra por las puertas y ventánas,
 Y una cárdena luz y aterradora
 Lleva el pavor y el susto á los rincones
 Mas cerrados y ocultos, y los ojos
 Espantados sorprende y horroriza.

Cubierto de una ropa talar negra
 De franjas rubicundas guarnecida,
 El terrífico espectro de la muerte

Corre de nube en nube disparando
 Lanzas de fuego y dardos encendidos;
 Y á do quiera que estiende el seco brazo
 Llueven flechas mortales que se cruzan
 Sobre nuestras cervices asombradas.

Hiere el terror los pechos; de los hondos
 Senos de la obscuridad sale vestido
 De un pardo bocací, pálido el rostro,
 Espantados los ojos, entreabierta
 La boca y los cabellos erizados
 Y trémulo su cuerpo; el macilento
 Pavor; y de sus tábidas entrañas
 Arroja un aire espeso que comprime
 El corazón, y añuda la garganta.

Huela el miedo la sangre: un sudor frio
 Por los trémulos miembros se derrama:
 Tiembla el mozo valiente como el viejo
 Ya cascado y rendido: el seco débil
 Se lamenta y desmaya: el niño tierno
 A los brazos se lanza de su madre,
 Que lo estrecha á su seno: tiembla el Justo,
 Se estremece el Atéo, el Libertino
 Detesta y abomina sus placeres.

Se dirigen al Cielo mil suspiros,
 Mil votos fervorosos, que irritadas
 Las nubes interceptan, ó en su furia
 Los vientos los disipan; y el Eterno
 Escucharlos no quiere en este instante
 Destinado al rigor y á la venganza.

La fiera tempestad, en el recinto

No cabe ya del pueblo, y su violencia
 Causada de embestir las altas torres,
 A los campos se alanza, y á las humildes
 Aldeas del contorno y sus cabañas.

¿Y quién podrá decir con cuanto enojo
 En el campo su rabia se embravece?

Las nubes y los vientos se conjuran
 En combatir sañudos la campiña:
 Empiezan la batalla enormes gotas

Del grueso de la bala, y de las nubes

Anuncian el furor: el agostado

Y polvoroso suelo las recibe,

Y en sus áridas fauces las devora.

Nubes de ardiente polvo lleva el viento

A la esfera del aire: en torbellino

Rápido se revuelven las arenas,

Las pajas, los insectos y las hojas.

Con fúebre zumbido las abejas

Dejan las dulces flores, las risueñas

Márgenes del arroyo, y azoradas

Apresuran el vuelo á su colmena.

Enfurecido el aire las arroja

Contra la tierra dura y los peñascos:

Heridas y arrastradas se atormentan

Por llegar á su albergue; mas en vano,

Que ya rotas sus alas, y rendidas,

No pueden sostener su débil cuerpo,

Y mueren las cuitadas, entre amargos

Recuerdos de su hogar y su familia.

Asombradas las aves altancras,

Bajan al hondo valle, y en los huecos
 De los troncos manidos se refugian:
 Cual busca el matorral, cual la espesura
 Del árbol más hojoso, cual se esconde
 Del muro ó del peñasco en la abertura.
 Los simples pajarillos, olvidando
 Que el hombre los persigue y los devora,
 Se le entran por las puertas, y un asilo
 Buscan en su enemigo y su verdugo.

Se olvida el gavián de su fiereza,
 De su miedo la aloudra: un mismo ramo
 Los cobija y defiende: un viejo tronco
 Ve en sus cavas entrañas sorprendido
 La inocente paloma y el milano,
 Hiela el pavor sus lenguas, y enmudecen
 Los cantores del aire y de los bosques;
 Solo un grito de horror de cuando en cuando
 Escalan sus gargantas, ó un gemido
 Que entristecen la selva, y lo confunde
 El tronante huracán en su bramido.

Todo el campo se turba: los pastores
 Buscan las hondas grutas, do abrigarse:
 Aturdido el ganado se estravía
 Por malezas, por montes, por barrancos
 Do mil reses perecen, y mil otras
 Huyendo apresuradas se atropellan
 En las sendas angostas de su apero.

Se oprimen y sofocan á la entrada
 De la estrecha cabaña, en cuya puerta
 Forcejan para entrar el buey y el potro,

La cabra trepadora y mansa oveja,
 Todo allí se confunde, todo es gritos;
 Llora el niño y su madre, se lamenta
 El pastor infeliz, bala la oveja,
 Muge el buey espantado, el perro ahulla;
 Y arrebatada entretanto de la choza
 El rabioso huracán el techo humilde,
 Allá lejos lo arroja, y allí deja
 El pastor y el ganado a la inelemencia.

Gime el soberbio roble al fiero impulso
 Del austro bramador que lo combate,
 Y en su encorvada cima se revuelven
 Sus hojas sacudidas y sus ramas.

Con hórrido silvido de las nubes
 El violento granizo se descuelga,
 Y las mieses destroza: los pimpollos
 Del frondoso nogal y el verde mirto
 Arroja al duro suelo, que salpica
 La sangre del pintado pajarillo
 En las ramas posado, y de sus plumas
 Y sus débiles miembros destrozados
 Los despojos se ven entre las hojas
 Que arrastra el torbellino: el inocente
 Corderillo asombrado, al seno inerte
 Se acoge de su madre, que en balido
 Lastimero y profundo lo llamaba;
 Y en el mismo momento al golpe duro
 De enorme piedra, herida en la cabeza,
 Espira sobre el hijo ya hofanillo.

Con estrépito horrendo el rano trueno

Los polos estremece; el seno rasga
 De nube denegrida el rayo ardiente,
 Y un pálido fulgor de las tinieblas
 Surca el reino asombrado: el alto pino
 Y el ciprés arrogante á un tiempo mismo
 Estallan y se abrasan, con espanto
 De la selva aturdida, que lamenta
 Su apoyo y su ornamento destrozados.

Del Aquilón furioso á la violencia
 Cede el fornido tronco de la encina,
 Y con bronco estallido se desploma
 Sobre el débil arbusto, que vivía
 Guarecido á su sombra: al fuerte impulso
 Del bramante huracán, cual débil mimbres
 Se encorva y tuerece el álamo soberbio,
 Y sus altivas ramas humilladas
 Se arrastran á besar el polvo humilde.

De las opacas nubes entretanto
 Las entrañas se rompen, y un diluvio
 Baja de su ancho seno; un mar inmenso
 De aguas precipitadas la campiña
 Sumerge, y arruina la esperanza
 Del mísero colono; sus fatigas,
 Su sudor y su pan, todo se pierde.

Desde las altas sierras se desgajan
 Hinchados y soberbios los torrentes
 Con bramido espantoso, y arrebatan
 En su furor las piedras y los troncos.

De la triste labranza, despreciada,
 Los rústicos apuros, y la humilde

Choza del labrador, todo lo roba
 La furia del arroyo entumecido.
 Entre el heno y la paja van nadando
 El carro y el arado, el duro lecho,
 Los muebles ahumados, y los pobres
 Vestidos de su esposa y de sus hijos.

Vieras al infeliz desde un otero
 Llorando de sus bienes el naufragio;
 Y vieras su dolor cuando sus ojos
 Miran su perro fiel, su buey paciente,
 Sus cabras, sus ovejas, sus corderos
 Balandando entre las aguas, sumergirse
 En medio los escombros de la choza,
 Que lo ha visto nacer y á sus abuelos.

Abrense á cada instante de las nubes
 Las tumidas entrañas, do se lanzan
 Relámpagos vibrantes, que estremecen
 Con rápido fulgor el aire obscuro.

Una lívida luz y penetrante
 Del rayo asolador, hierre los ojos,
 Do quiera que se vuelvan, asombrados,
 Y hace ver al mortal por todas partes
 El ceño de la muerte y sus horrores.

Se disparan del norte y mediodía,
 Del oriente y ocaso á un tiempo mismo,
 Centellas repetidas; y entoldado
 En todo el horizonte el Firmamento,
 No deja ver un punto á do se vuelva
 La vista consternada, á donde el cielo
 Muestre su faz serena al afligido.

En torno brama el trueno, y en su enojo
 Se esplica por cien bocas, retumbando
 De un polo al otro polo: á su estampido,
 De sus ejes eternos las esferas
 Parecen desquiciarse, y del Empíreo
 Las bóvedas inmensas desplomarse
 Sobre el mortal rebelde y delincuente.

¿Elementos airados! ¿Vuestra saña
 Contra el débil mortal así se incita?
 ¿Acaso del Altísimo encargados
 De la venganza estais, contra el soberbio,
 Que no lo reconoce ó no lo adora?

Sí: sin duda: lo veo en la violencia
 De vuestra agitacion. La Omnipotente
 Mano os vibra, os sacude como el brazo
 De un robusto varon un tierno junco.
 No es vuestro ese poder: aquel que os manda,
 A una leve señal os da esa fuerza,
 Esa fuerza invencible que estremece
 El monte y el peñasco en sus cimientos.
 Al soplo de su enojo surca el rayo
 De polo á polo, el aire sorprendido,
 Y en la celeste bóveda retumba
 El estampido horrisono del trueno.

¿Qué hará el hombre asombrado, ó Dios eterno,
 Bajo un brazo tan fuerte á cuyo amago
 La tierra túbien, el mar se agita,
 Y la Naturaleza vacilante
 Palpita entre violentas convulsiones?
 Someterse. Señor: y en ese trono

Que alzaste sobre el viento y el granizo,
 Y do la voz del trueno anuncia al orbe
 De tu brazo el inmenso poderío,
 Adorarte rendido, de las nubes
 Bajo del velo obscuro y misterioso.

Allí, Señor, te miro y te contemplo
 De tus Angeles santos acatado;
 Y bajo el pabellon de las tinieblas,
 Que velan de tu faz inaccesible
 El resplandor, te veo amenazando
 Al rebelde mortal, con el granizo
 Armada la siniestra, y con el rayo
 Tu diestra omnipotente. Los nublados,
 Las negras tempestades te circundan
 Pendientes de tus ojos, y á la seña
 Mas leve de tu enojo, preparados
 A llevar en las alas de los vientos,
 A do tu los mandares, el castigo,
 El terror, el incendio y el estrago.

Ya tu poder, Señor, y tu justicia
 Heridos de tu brazo confesamos:
 Lanzad benigno ahora una mirada
 De piedad y clemencia sobre un pueblo
 Que ante Tí se anonada y se confunde:
 Sobre un pueblo, Señor, donde descansan
 De aquel justo Varón, que vuestra Gloria
 Y vuestra Magestad ha visto un dia
 Brillar en el Tabor, zozizas sacras.

Encadenad los vientos irritados,
 Las nubes licenciad, que vuestro Trono

Circundaron cual fuertes campeones
La tienda de su Rey en la campaña.
No es día de morir, ni de venganza (1)
Un día consagrado al dulce culto
De la que es vida nuestra y esperanza,
De aquella Muger fuerte y prodigiosa
Cuya gracia y belleza pudo tanto
Que os arrancó del seno inaccesible
De vuestro Eterno Padre, y en el suyo
Al inmenso encerró Virgen y Madre.
Por sus ruegos, Señor, y en honra suya,
Que al fin es Madre vuestra, perdonadnos;
Y despues de un Diluvio en que lanzaste
A torrentes las aguas, y el granizo,
Y al huracán bramante le entregaste
El sopro irresistible de tu enojo;
Permitid, ó buen Dios, que nos consuele
De tu clemencia el dulce mensagero,
Mostrándose en la nube enrarecida
La brillante señal de tu alianza,
El iris que en tu seno resucita
Pensamientos de Paz y de Bonanza.

(1) Fué dia de Nuestra Señora del Carmen.

*EN LA ENTRADA DEL INVIERNO,
á una Selva muy querida y frecuen-
tada del Autor.*

¿Cual Genio asolador, que estrella dura
En tu seno vertió, mi amada Selva,
Envidioso quizá de tu hermosura,
Influencias malignas
Que maltratan tus robles empinados,
Que marchitan y talan tus encinas?

¿Quién te ha robado dime tus verdores,
Tu frescura y la verde lozanía,
Que allá del Julio ardiente en los rigores
En mi pecho asolado la alegría
De mis primeros años renovaba?

¡Ay, cual otra te han visto del risueño
Dulce Mayo los días! Cuan trocada
Del pardo Octubre el zeño
Te deja entristecida y desolada!

Brillaba entonces del piadoso Cielo
La bondad sobre tí, que la benigna
Primavera colmaba de favores:

Y ahora te destina
Por blanco de su enojo y sus furores;
Quizá porque en el Mayo,
Activa con tus ramas, pretendiste
Hasta el cielo llegar, y le ofreciste.

Tus hojas enlutadas
De mortal palidez, otras marchitas
Y de lúgubres manchas salpicadas

Se caen de tus ramas, y en su muerte
 Buscan la sepultura
 Al pie del mismo tronco, á quien han debido
 La vida y la hermosura
 En el seno feliz de Abril florido.

Tu las ves con dolor que vacilantes
 De tus amantes brazos desprendidas
 Giran místicas y errantes
 Al redor de su tronco; y condolidas
 Del triste desamparo en que te dejan,
 No aciertan á alejarse
 De la desnuda rama en que nacieron,
 Y los zéfiros blandos las mecieron.

Tu las ves á tus pies bajar rendidas
 Y de sus pobres restos tus fecundas
 Raíces cobijar agradecidas,
 Ya que rígido el cielo no consiente
 Que puedan adornar tu erguida frente.
 ¿Te consuelan acaso en tu amargura
 Mil y mil que te restan? Ay! Cubiertas
 De negro polvo, místicas, sin frescura,
 Vacilantes é inciertas
 Se estremecen del viento al menor soplo,
 Y tiemblan cada instante
 Que el Aquilón ó el Austro se levante.

Se levanta en efecto; y esparcidas
 Las ves acá y allá, y arrebatadas
 Al barranco profundo,
 Por los valles humildes arrastradas,
 En el lodo y cieno sumergidas,
 Y del cerdoso inmundo

Pisadas en su lecho, y su hermosura
 Revuelta en la pocilga y la basura.

Ya del naciente Apolo el rostro bello
 No te alegra y anima, como entonces
 Cuando verde y frondosa

De tus ramas altivas presentabas
 Galana y orgullosa

A sus ojos la pompa y el lucimiento.

Cuando Febo nacia,

En sus primeras luces te mirabas,

El al verte tan bella sourceia

De placer, y templaba en tus frescores

De sus lucientes rayos los ardores.

Mústia y avergonzada, ves ahora,

Por el ancho vacío que han dejado

Tus hojas sacudidas,

Penetrar de su rayo desmayado

Unas débiles luces constreñidas

De vapores espesos,

Que descubren tu estado vergonzoso

Y te anuncian un día tenebroso.

Así fúnebre gira

Al rededor de ti, cual Pasajero

Que vió ciudad altiva y floreciente

En sus días mejores, y la mira

Con pecho lastimero

Obscurecida ahora y decadente:

Contéplala y suspira,

Y sus ojos aparta con dolida.

Así tambien el Sol, enternecido

Al ver de tu verdor y tu hermosura
Eclipsada la faz que tanto amaba,
Sus ardientes caballos apresura
Hacia el pardo occidente por no verte.

Llega al ocaso en fin, y entre vapores
Que anublan su belleza,
Con una tierna y lánguida mirada
De amor y de tristeza,
Se despide de tí; y el rostro esconde:
Ya no sufren sus ojos
Ver tus ramas desnudas y taladas;
Y sus luces postreras, ya causadas
De alumbrar tus despojos,
Sirven tan solamente á que se vea
La parda lobreguez que te rodea.

Entra la noche obscura,
Y tiende el negro manto de tristeza:
A tí sola le agrada su negrura
Por cubrir de sus sombras pavorosas
Tu feo desaliño y tu pobreza.

Pero ¡qué infausta noche! ¿Do se ha ido
El dulce ruiseñor que te cantaba
Las ansias de su pecho enternecido,
Y en las calladas sombras confiaba
A tu augusto silencio el misterioso
Secreto de su amor y de su amante?

Ahora solo escuchas
De algun ave nocturna el ominoso
Y desabrido canto,
De alguna fiera el hórrido bramido

Que lleva hasta tus troncos el espanto,
O el funesto silvido

Del sangriento asesino, que despierta
Sus cómplices feroces

Para hacer á la sombra de tus Pinos
Los robos y las muertes mas atroces.

¿Que es del zéfiro manso, que al susurro
De sus alas doradas

Blandamente agitaba de tus olmos
Las cimas empinadas?

Ahora le suceden

Los sañudos y fieros Aquilones,

Que por entre tus ramas van silvando,

Y con bramidos roncós

Los robles mas robustos encorvando,

Hacen gemir tus troncos,

Desnudos, vacilantes y temblando,

Que el huracán furioso

Los arranque del suelo en que nacieron

Y sus padres y abuelos florecieron.

¿Do está el dulce rocío

Que en tus hojas frondosas derramaba

La tierna Primavera,

Que de miel y ambrosía las bañaba?

Pardas y espesas nieblas

Te rodean ahora: y espantosas

Nubes negras te cubren, que en su seno

Encierran pavorosas

El rayo asolador y el ronco trueno.

Condensados vapores

Se rozan con tus ramas, do encerrados
Están del alto Jove los furores:

El huracán furioso, el torbellino
Y el rugiente granizo te despoja
Del mísero consuelo

De una ú de otra hoja,
Que pálida y marchita vacilaba
Sobre tus ramos tristes y desnudos,
Y era el único bien que te restaba
De la inmensa riqueza
Que en el Mayo te dió Naturaleza.

De batalla tan larga
Rendida ya, suspiras por la Aurora,
Y un día mas sereno en que respires
De noche tan cruel y tan amarga.

Ya por entre los ramos destrozados
A penetrar empiezan
Los rayos desmayados
De un Sol á quien rodean en contorno
De obscura y densa nube espesos velos.
¿Podrás tu, confundida y desgreñada,
Sufrir del alto Apolo y de los cielos
La vista penetrante?

Si te atreves á tanto, en ese arroyo
Do en el Junio mirabas orgullosa
En sus tersos cristales
Tu belleza frondosa,
Contempla cual estás. Mas ¡ay! Que turbio
Y avergonzado cubre el arroyuelo
Su cara por no verte, de una niebla,
Y se escapa ligero

Por no ver el retrato en sus cristales
 De tu negro infortunio y de tus males.
 Tenidas van sus ondas de alma tierra.
 Que piadosa encubria tus raíces,
 Y en sus márgenes rotas y asoladas
 Del furioso huracán y la avenida.
 Fluctuan derribadas
 De tus altas cervices,
 Confundidas, tus ramas y tus hojas.
 ¿Mirarás á tu suelo, que adornaba
 De la menuda yerba el verde brillo,
 Y allá en el Julio ardiente consolaba
 El ánimo y los ojos?
 De tus pálidas hojas, ya marchitas,
 Lo cubren los despojos
 De un lóbrego amarillo, que contrista
 A un tiempo mismo el ánimo y la vista.
 ¿Tus ojos desolados
 Al prado volverás, que está á tu falda,
 Y en los días cansados
 Del inflamado Agosto recreaba
 El sobrecejo altivo de tu frente
 Con los tiernos colores
 De un verde lisonjero y floreciente,
 Y los troncos adustos y arrugados
 Con la risa y agrado de sus flores?
 Entonces te mostraba
 Un semblante risueño, agradecido
 Al abrigo y á la sombra que le daba
 De tus robles frondosos la espesura:
 Ahora, sumergido

De inmundo lodo y aguas cenagosas,
 Enmudeció su risa; y el consuelo
 Que puede entre sus cuitas ofrecerte,
 Es el llorar contigo los rigores
 De una estacion ingrata,
 Que le roba la gala de sus flores
 Y á tí la de tus hojas te arrebató.
 ¿Te volverás del Cielo á la clemencia?
 Mas él está severo y entoldado;
 Y el Tonante irritado
 Allá del alto Olimpo en la eminencia,
 Con un trueno en la boca,
 Que le sirve de voz, llama al Invierno
 Ceñudo y riguroso, que dormido
 Al pie de una alta roca
 Yacía en una obscura y honda gruta
 De la yerma Siberia. Al ronco estruendo
 Se levanta furioso,
 Y las alas del cierzo sacudiendo,
 Se acerca enfurecido y presuroso.
 Armado de granizo y duro yelo
 Viene á talar el campo, y de la selva
 Entre huracanes, nieves y aguaceros,
 Todo cuanto florece todavía
 En valles, en llanuras y en oteros,
 Sobre la faz sombría
 De la tierra, encharcada
 Y en las aguas de Octubre sepultada.
 A Dios, mi amada Selva; ya mis ojos
 No pueden sostener de tanto estrago

La triste perspectiva, y los enojos
 Del Cielo contra tí: mas tu entretanto
 No pierdas la esperanza: en sus rigores
 No són de Jove eternos los furoros:
 El se deja aplacar; y de las selvas
 Protectora es Diana: ella á su padre
 Le rogará por tí. Cuando el Enero,
 De yelo duro armado,
 Y el inclemente y rástico Febrero
 Hubieren sus furoros agotado;
 Cuando el Marzo ventoso,
 Cansado de agitar sus aquilones,
 Al Abril delicioso
 Cediere su lugar; entonces Flora,
 Bajando de las célicas regiones,
 En brazos de su esposo
 El zéfiro amoroso,
 Hará huir el Invierno á las cavernas
 De la triste Laponia: en sus prisiones
 El crizado Eolo
 Encerrará los austros y aquilones.
 El abna Primavera, coronada
 De verdes hojas y fragantes flores,
 Del dulce ruiseñor acompañada,
 De la alondra sonora y del jilenero,
 Hará reflorerec tu gloria antigua.
 Se estenderán tus ramos ambiciosos
 Por la esfera del aire: tus altivos
 Brazos levantarás hasta las nubes.
 Al Sol mismo, celosa en tu recinto

La entrada negarán tus verdes hojas,
 Y dentro de un silencio misterioso
 Acogerás al sabio, al afligido,
 Al amante infeliz y al pajarillo.

Si el mortífero Invierno
 De mi cansado cuerpo el débil tronco
 No arrojaré al sepulcro,
 Iré á cantar entonces
 A la sombra de un roble tus verdores,
 Y uniré el canto ronco
 Al dulce y concertado
 De jilgueros, calándrias, ruiseñores.

Entretanto, contados
 Llevo todos tus troncos, pues de todos
 Favores recibí muy señalados.

Aquí lloré del mundo los engaños,
 Allí de Nise ingrata los dobleces,
 Acá el error de mis primeros años,
 De mi fortuna allá las esquivances.

Al pie de aquel Aliso, en la ribera
 Del claro y manso arroyo, el blando sueño
 Cerró mis ojos, de llorar cansados.

Bajo aquel alto Pino,
 Con dulce y melancólico murmullo
 Adormeció las ansias de mi pecho
 Un zéfiro benino,
 Y enjugó mi sudor piadosamente
 Sacudiendo sus alas en mi frente.

Aquella verde grata, cuya entrada
 Defiende un Roble antiguo á los ardores

Del Julio abrasador ; en la sombría
 Mansion de su retiro sosegada,
 De alma Filosofía
 Me introdujo al sagrado misterioso.

Del falso sabio allí las ilusiones
 Y el error conocí: su alto destino,
 Si las luce del Cielo reveladas
 Gobiernan su crecencia y sus pasiones:

De su débil razon el descamino,
 Si en sus luces se apoya, y despreciadas
 Las que el Cielo le envía,
 Cual un niño sin seso,

En pos de fuegos fátuos se ostravía:
 Ya desconoce á un Dios que el orbe anuncia,
 Ya el Genio petulante
 Lo forma en su delirio allá á su modo.

De sí mismo enemigo se rebaja
 A par del bruto, y el alma que lo ilustra
 Envuelve de su cuerpo en la mortaja,
 Y fijando su gloria acá en el suelo,
 Solo, para insultarlo, mira al Cielo.

A la márgen del prado
 Entre mirtos, rosales y laureles,
 Alguna vez tambien he cortejado
 Las Musas deliciosas;
 Y porque el rudo plectro no ofendiese
 Sus altivas orejas desdichosas,
 Cantaba á sus oídos
 Los versos mas hermosos y sublimes,
 Que ellas mismas dictaron

En prueba de su amor á sus queridos:

Al dulce Anacreonte, al alto Homero,

Al sonero Virgilio, al cuerdo Horacio,

Al Petrarca y al Taso,

A Villegas, Melendez y Cienfuegos,

Y al malogrado y tierno Garcilaso.

 Mi pecho agradecido

Lleva dentro de si la imagen tuya,

Desde el álamo erguido

Hasta el menor arbusto y débil yerba:

Desde el roble soberbio y alto pino

Hasta el humilde sauce: se conserva

El aliso pomposo en mi memoria,

Y el arrastrado anonis:

La retama y el tojo á par del alto

Y fragante laurel desvanecido.

 El arroyo y el prado,

El collado, la gruta, la llanura,

Todo llevo grabado.

 Allí do enternecida me enjugaste

Mis lágrimas amargas,

Allí do al blando arrullo de tus hojas

Mis párpados cerraste,

Y allí donde le diste

Un placer inocente al pecho triste.

 Se bajan ya las sombras de la tarde:

Quédate, á Dios mi Selva, allá hasta el Mayor:

Voy á pedir al Cielo que te guarde

De la voráz segur, y el fiero rayo.

UN DESCONSOLADO,

á un Pajarito que estaba haciendo su nido, y de cuando en cuando se ponía á cantar sobre un ramito.

Haces tu nido y cantas, Pajarillo,
 Y en medio de tu afan enamorado
 Le cuentas tus desvelos á un ramillo,
 En cuyas verdes hojas te has sentado:
 El te escucha, te mece, y tu sencillo
 A tu fatiga vuelves consolado:
 Yo sin nido y sin voz, en mi tristeza
 No tengo quien me escuche, ó quin me meza.

EL PAJARILLO,

cantando desde el mismo ramo, responde del modo siguiente.

Hago mi nido y canto, y me consuelo.
 Y tengo quien me escuche en mis fatigas;
 A las selvas les cuento mi desvelo,
 Y las selvas se muestran mis amigas:
 Las aves de una especie y un modelo
 No somos unas de otras enemigas:
 Los hombres sí, que duros á las quejas
 Del infeliz, cerrais vuestras orejas.

AVISO A UN PAJARILLO

INOCENTE Y ENAMORADO;

y en él á todos los Jóvenes sencillos, que incautamente se entregan al amor.

Inocente Pajarillo,
que sobre de un ramo verde
entonas las vivas ansias
de un corazon inocente:

A la espresion de tu canto
los arroyos se suspenden,
de amores se llena el bosque
y los robles se enternecen:

Abren su boton las flores,
alzan su espiga las mieses,
rien los montes adustos,
los troncos secos florecen:

Toda la naturaleza
á tu canto se conmueve:
La sola ingrata que adoras
es quien menos lo agradece.

Yo lo ví, cuando escondida
tras de aquel sauce de en frente
las ternuras escuchaba
de otro Pájaro mas fuerte.

¡Ay de tí, que estás vendido,
si esa ingrata, por quien mueres,
es en las selvas al modo
que en el pueblo las mugeres!

Yo, despues de haber cantado,
como tu, por largos meses,
llorando estóy de Amarilis
los engaños y dobleces.

UN PAJARILLO ENJAULADO.

que desde una ventana estaba viendo la campiña
 en donde se habia criado, dirige á su dueño
 las siguientes

ENDECHAS.

¡Por una semana!
 ¡por un solo día!
 ¡déjame que vuele
 por esta campiña!

Allí estan cantando,
 con mucha alegría,
 en el verde bosque
 otras avecillas.

De aquí estoy mirando
 aquella alta encina
 do la vez primera
 hirió el sol mi vista.

¡Ay, con cuánto gozo
 allí cantarí
 la que oí á mi madre
 primer tonadilla!

Allí de su pico
 amante vertía
 en el mio abierto
 la ansiada comida,

Que ella me buscaba,
 que ella me trahía,
 tal vez de muy lejos
 cansada y rendida.

¡Conque inmenso gozo
 revoltearía
 sobre aquella hermosa
 pradera vecina!

Allí de mis alas
 con mucha fatiga
 el primer ensayo
 hice de mi vida.

Allí están mis padres,
 y allí se cobijan
 mis caros hermanos
 y mis hermanitas.

Quando me prendiste
 eran todavía
 tan niños, que apenas
 mi ausencia sentían.

Allí mora aquella
 que el Cielo tenia
 destinada un tiempo
 para mis delicias.

Hoy fuera mi esposa,
 y en su compañía....
 Mas estos recuerdos
 doblan mis desdichas.

Las Canciones del Pajarillo las dedicó su Autor á mi Señora Doña Mariquita Valderrama, en la siguiente

DECIMA.

Volando con impaciencia,
Inocentes y sencillos,
Buscan estos Pajarillos
Un asilo en tu inocencia:
En llegando á tu presencia
De tu candor atraídos,
Olvidando los floridos
Bosques y los verdes prados,
Ya querrán verse enjaulados
Por cantar á tus oídos.

El Autor de las Canciones del Pajarillo, presentándolas á mi Señora Doña M. G. y A., las acompañó de la siguiente

DECIMA.

Á tí presurosos van
Mis Pajaritos rendidos,
Y á tus pies envamecidos
Sus alitas batirán:
Tal vez en tu cuarto harán
Su nido; y por tus favores,
Mudando voz y colores,
Saldrán en primores varios
Con la pluma de Canarios,
Con la voz de Ruiseñores.

GALICIA

LIBRE DEL YUGO FRANCÉS.

POR EL VALOR DE SUS NATURALES,

ESTIMULADO Y DIRIGIDO

POR EL ESCMO. SEÑOR

MARQUES DE LA ROMANA.

El verdinegro y tétrico nublado,
Que lanza el aquilón del Apenino,
Del granizo, del rayo y la venganza
De Júpiter cargado,
No presenta un aspecto tan cetrino
Al tímido pastor, que lo está viendo,
Cual las huestes francesas descendiendo
Del rudo y enriscado Ciparino (1).

Desde su cumbre contemplando el Galo
De un opulento Reino los despojos,
En su presa cebado el pensamiento
Devoraba Galicia con los ojos.

Delante de este Ejército de Arpias,
Rabiosas las Euménides marchaban,
Y al robo y la violencia
Los bárbaros soldados incitaban:
En pos venía el hambre macilenta,

(1) Los montes del Cebreiro.

La triste servidumbre, y empuñando
 La guadaña sangrienta
 Viene la muerte pálida, anunciando
 Luto y desolacion á todo el Reino.

Cual langosta voráz que á la campiña
 De la fecunda Bética se arroja,
 Las mieses tala y traga las semillas,
 Devasta el prado y de su flor despoja,
 Una terrible plaga de Franceses
 Devoraba los pueblos y las mieses.

Todo era confusion; los mismos rayos
 Del sol se confundían al reflejo
 De tanto morrion, de tantas armas
 De do, cual de un espejo,
 La imagen de la muerte se lanzaba
 En un triste esplendor que la anunciaba.

La tierra estremecian, y atropaban
 El ayre y los oidos el relincho,
 Y el estrépito horrendo que causaban
 Tanto y tanto caballo: el ronco estruendo
 Del trémulo atambor, y el penetrante
 Del bélico clarin llevan corriendo
 El terror palpitante

A la sierra mas alta y escabrosa,
 Y á la gruta mas honda y silenciosa.

En el torvo semblante del soldado
 Su negro corazon se descubria,
 Y en el aire sañudo
 Los sangrientos desiguos que trahia;
 Muerte y carnicería

Sus atroces miradas anunciaban,
 Desolacion y muerte pregonaban
 La destemplada voz, el movimiento,
 Y el ademan feróz y truculento.

Doncellas virtuosas,
 Buscad los subterráneos y escondéos:
 Recato ni pudor, nada detiene
 Al Galo petulante en sus deseos.
 Cual rosa delicada,
 Que siega de un rosal mauo grosera
 Y arroja á un muladar; de entre los brazos
 De vuestras tiernas madres arrancadas,
 Sereis en torpes lazos
 Del lúbrico Francés amancilladas,
 Y aliento bacanal de boca obscena
 Ajará en vuestra frente la azucena.

Huye casta matrona:
 ¡Ay! no pienses que al lado de tu esposo
 Evitarás quizá por su respeto
 Un insulto brutal y vergonzoso.
 El descarado Francés lo hará testigo
 De tu profanacion. Huid, ancianos,
 Si la trémula planta os lo permite:
 Que estas bárbaras gentes inhumanas
 Ni la virtud respetan, ni las canas.
 ¡Ministros del Señor! No por asilo
 Al templo recurráis: contra los templos
 Hace el Francés la guerra:
 Esconded, si podeis, vuestras personas
 En las negras entrañas de la tierra:

Y allí seréis buscados,
 Si el Cielo no os ampara, el santo Cielo,
 Cuyos astros vereis amortiguados
 Del humo de sus templos incendiados.
 Por de menos valor que la de un cuervo,
 O la de un vil insecto reputada,
 Del Vándalo protervo
 Vuestra sangre será: vuestra cabeza
 Será el blanco inocente
 De se adiestre á tirar la mano ruda
 Del fiero Moscovita,
 Del Sarmata grosero y del Escita.

¡Ay! ¿Quién te trajo, ó mísera Galicia,
 A tanta desventura?

¿Do está tu juventud, cual la de Esparta
 Ensayada á la guerra en vida dura?

¿Por qué nuestras Termópilas no fueron
 Por nuestros Espartanos defendidos?

¿Por qué esta infame tropa de bandidos
 Devorada no ha sido en las gargantas
 De la enriscada sierra,

En que á Galicia dió naturaleza
 Un firme antemural en su aspereza?

¿Qué beleño mortal en tu regazo
 Endormió cien mil brazos de tus hijos,

Que á grande gloria tuya
 Pudieran del altivo Pirineo

Adornar cada encina de un trofeo?

¿Por qué nuestros castillos,

Al rayo del cañon, sobre la arena

Deshechos en cenizas no dejaron
Mil Franceses al pie de cada almena?

¡Valerosos Gallegos!

No fue vuestra la culpa: yo os he visto,
Toda la Europa os vió, llena de pasmo,
Rugir como leones al insulto

De la Patria y del Rey: vuestro entusiasmo
Vilmente lo apagó quien mas debiera
Inflamarlo: ¡ay dolor! Mas á la Historia
Acostumbrada á levantar el velo

Al crimen mas atróz, sin espantarse

A la vista del crimen, ni del reo,

Dejemos que descubra este execrando

Misterio de maldad, que el mundo ignora,

Y á un Reino fidelísimo desdora.

¡Pueblos de Europa atónita! El asombro

Que de mi Patria os causa la firmeza,

Bien puede ser muy grande;

Mas nunca será igual á la grandeza

Del esfuerzo sublime y mas que humano,

Que nos cuesta esta lid en que nos vemos:

Al Franco, al Aleman, al Italiano,

Al Ruso y al Polaco frente hacemos:

Esto es lo que admiráis: mas otra guerra

Prueba nuestro valor y nos fatiga;

Enemigo mayor dentro en su tierra

La triste España abriga:

En la alta clase que de honor blasona,

Una cobarde y frívola Nobleza,

Que ama mas que su Patria la riqueza.

Y por ella la vende, ó la abandona.
 ¡Qué apuro tan cruel! ¡Con la una mano
 Tener que rechazar la ardiente espada
 Del público enemigo, y con la otra
 Del oculto traidor la puñalada!
 ¡Terrible situacion, ó Patria mia!
 A do quier que te vuelvas, enemigos;
 Y cuando mas feróz te aprieta el Galo,
 Haber de combatir dentro tus muros
 Con sangrientos castigos,
 Contra el Caudillo infiel, y el Magistrado,
 Que el pérfido Francés ha sobornado.
 Envilecida Europa,
 Que del Vistula al Tajo entre prisiones
 Ves llevar arrastrados tus Garzones
 Como victimas mudas, destinadas
 Al cuchillo español, y de la Iberia
 Al Genio y Libertad sacrificadas;
 Sabe ya de una vez que de la guerra
 El rechinante carro rodaría
 Por la Gálica tierra:
 El caballo andalúz ya bebería
 De las aguas del Sena cenagoso,
 Y el Leon español enfurecido
 Haría estremecer dentro sus muros
 A la altiva París con su rugido,
 Si el traidor alevoso,
 Armando á nuestros pies pérfidas lazos,
 No embargara la fuerza á nuestros brazos.
 Si es un Tigre el Francés, al fin lo vemos

Cuando nos viene á herir: nos preparamos,
 Y mil agudas puntas le oponemos,
 Que con su sangre baña:
 El traidor, cuando menos lo pensamos,
 Disfrazado en amigo nos engaña:
 Fingiendo amar la Patria, la sufoca,
 La desalienta en vaticinios tristes,
 Nuestras fuerzas apoca,
 Las del Galo cesagera, y mil ventajas
 Promete á quien le sigue: asi envenena
 La pública opinion: al enemigo
 Nuestros planes descubre, y desordena
 Todos nuestros designios: la discordia
 Enciende entre nosotros, atizando
 La estúpida ambicion y amor del mando.
 ¡Heróica situacion, ó Patria mia,
 Digna de tu valor! Tienes al frente
 Un enemigo astuto y poderoso:
 Te hierde por la espalda, y el costado
 El traidor alevoso:
 Te acomete un Leon abiertamente,
 Y tus brazos fatiga, y entretanto,
 Te muerde ponzoñosa una Serpiente:
 Con estrépito atróz de tus castillos
 El cañon ameuaza las almenas,
 Y mientras mil portillos
 Abre el ardiente globo en sus murallas,
 El traidor escondido trabajando
 Sus cimientos aleve está minando.
 Afeminada Europa: ¿quo te asombra

Esta heróica firmeza ?

Si no tienes valor para imitarla,

¿Has perdido tambien en tu flaqueza

El sentido comun para admirarla ?

¿Y osas jactarte aun de tus progresos

En las artes y ciencias ?

Sea asi cuanto dices: á esa gloria

Renuncia el Español sin competencias:

Ten allá tu escsecrandá economía,

Que escasea al Altar hasta el incienso,

Tu Política y tu Filosofía

Que el mundo trastornó. Deja al Ibero,

Puesto que asi la llamas, su rudeza,

Su espíritu grosero,

Su vivir espartano y su pobreza,

Sus costumbres, su Dios, y, si te agrada,

Tambien su fanatismo,

Y su supersticion, que tanto enfada

Al sabio y filosófico Ateismo:

Goza tu de ilustrada el alto nombre;

Mas deja al Español saber ser Hombre.

¡O Patria, Patria! Déjame en tu gloria

Respirar del dolor de tus desastres,

Contemplando la hermosa perspectiva

de aquel tiempo feliz, en que la Historia

Las proezas escribía

De mi heróica Nacion; y un siglo cuerdo,

Y uua generacion no corrompida,

Con asombro las lea, y á sus hijos

De esta suerte les hable: «Pervertida

» del lujo y del placer toda la tierra,
 » Se vió degenerar en aquel siglo
 » La raza de los Héroeos en la guerra:
 » Solo la conservó la Gran Bretaña,
 » Los montes del Tiról y los de España.»

¡O montes escabrosos,
 Asilos del valor abandonado!
 Vuestros profundos senos y fragosos
 Abrid al Héroe invicto, que ha fijado
 El pendon de la Patria entre esos riscos.
 Acogedle, Pastores, respetadle:
 Fieras habitadoras de esas breñas,
 Osos, lobos, y cuantos al abrigo
 Os acogéis de esas salvages peñas:
 Corred todos, corred, y en sus pendones
 Buscad la libertad, que sus hazañas
 Darán á vuestras grutas y cabañas.

Desolada Galicia:

Si el dolor y las lágrimas que viertes
 Te permiten alzar los tristes ojos,
 Levántalos, y mira esas montañas
 Do el águilón descarga sus enojos:
 Entre escarpados montes, entre abismos
 Do apenas penetrar el sol se atreve,
 Y el invierno fijó su elado trono,
 Mira á tu Salvador, que en cuerpo breve
 Lleva un Alma sublime: (1)
 Mira un pequeño ejército mandado
 Por un Gran Capitan, á quien adora.

(1) El Marqués era de talla corta. (N. del E.)

Desde allí, con la voz y con la mano,
*Levántate, te dice, que ese brio,
 Esa gran poblacion y ese terreno
 No es para ser juguete de un tirano.
 ¿Tú sufrir las cadenas,
 Y sufrirlas de un Corso, cuando apenas
 Supiste tolerar las del Romano?*
*¡Oh, lejos mengua tal! Te asiste el Cielo,
 Y el indomable Genio de la España,
 Y el brazo vengador de toda Europa
 Estiende en tu favor la Gran Bretaña.*

Asi te habla el Marqués: tu, Patria mia,
 Su voz escucha, entrégate á su imperio,
 Alzate sin demora
 Del afrentoso y negro cautiverio;
 Que tu noble cervíz al Galo humilla,
 Y á la brava Castilla
 Serás heróico ejemplo, en que deprenda
 De su antiguo valor la antigua senda.
 Alzate, y vencerás: no te desmaye
 La falta de armas: nunca le faltaron
 Las armas al valor. Con tal caudillo
 Te servirá de lanza un triste palo,
 Alfange asolador será un cuchillo,
 Y será contra el Galo
 Una rústica hoz, pica acerada,
 Y una bala mortal una pedrada.
 ¡Ah! No te asombre el número espantoso
 De tanto Galo que tu suelo oprime:
 No calcula el valor quien en los trances (1)

(1) En el original está: "cuando en los trances." 66

Lo inflama de la Patria amor sublime.
 ¿Por ventura el Leon cuenta las reses
 Cuando piensa invadir algun rebaño?
 Toda esa infame chusma de Franceses,
 Que hoy tu pecho amedrenta,
 Verás como la humilla y escarmienta
 El arte militar de tu Caudillo.
 No del impetu atróz del fiero Marte
 Tu prudente Adalid será arrastrado:
 Pensamientos mas dignos debe al arte
 Que Palas le enseñó: de ellos guiado,
 Y en su escuela formado el alto ingenio,
 No con furia brutal de un hombre rudo
 Embestirá al Francés; mas como un Genio,
 Que al lado de Minerva en varias lides
 Estudió de la guerra los ardidés.

Temible como el Parto al retirarse,
 Y mas temible cuando mas rehuye
 A un capricho de Marte aventurarse,
 Desconcierta su espera la impaciente
 Viveza del Francés impetuoso,
 En cuyo pecho ardiente
 Se amortigua el vigor de la esperanza,
 Cuando apaga su fuego la tardanza.

Confundidos los Galos,
 No saben donde está cuando lo buscan;
 Lo sienten sobre sí cuando imaginan
 Que á cien leguas está: descarga el golpe,
 Ya desapareció: se desatinan
 Por alcanzarle; y el cual rayo parte,

Y los va á sorprender en otra parte:
 Ya los sigue de lejos, ya de cerca
 Los inquieta en la marcha y el forraje:
 Ya se embreña en los montes, ya descendié
 Y súbito sorprende su bagage.
 Así baja un Leon á la campaña
 A destrozár un Toro: lo devora,
 Y vuelve á descansar en su montaña.

Los grandes Capitanes
 Hacen la guerra así: no dan batallas,
 Sino cuando estan ciertos de ganailas;
 Ni á la furia de Marte se abandonan
 Los grandes Adalides
 Que estudiaron de Palas los ardides.
 Tal es tu Salvador: tu, de tu parte
 Presta el nervioso brazo, y el velludo
 Y endurecido pecho de tus hijos:
 Su invicto corazón para alentarte
 En el choque mas rudo,
 Te presenta el Marqués, y su cabeza,
 Digna de gobernar tu noble esfuerço.
 Vas á ser libre ¡o Patria! El santo Cielo
 Así lo determina.
 Ya el gran Hijo del Trueno (1) que insultaron
 Estos bárbaros, vibra en su ruina

(1) El día 23 de Mayo en que se celebra la Aparición de nuestro glorioso Patrón Santiago, se vió á estos vencedores de Europa huir delante de un puñado de soldados y unos pocos paisanos desarmados; habiendo sido antes de su fuga vergonzosamente derrotados en las Galanas y en el Campo de Santa Susana. (N. del A.)

El rayo vengador y devorante,
De su invencible espada fulminante.

Yo vi la Libertad, que descendía
Del Empíreo á los montes del Cebroero,
Y dorando las nubes rutilante
Al campo del Marqués se dirigía:
Mas fresco que la aurora su semblante,
Mas que la nieve blanco su vestido,
Con brioso ademán y placentero,
«Ves (le dice) esté yugo quebrantado
»Por trofeo á mis pies? Pues yo confío
»De tu heróico valor y de tu suma
»Pericia militar, y tu amor pátrio.
»Que otro tanto has de hacer con el que abruma
»La mísera Galicia.» El Héroe atento,
«¡Oh Diosa! (le responde) Estas montañas,
»Que del rigor del Cielo en sus cabañas
»Seis meses me albergaron,
»Saben bien mi intención: serás servida,
»Y el yugo de Galicia en breves plazos
»Lo verás á tus pies en mil pedazos.»

Ya, Franceses, le llega á la Vengauza,
Seguida del Furor, su fatál hora:

De todo va á servirse en la matanza
La Furia vengadora.

La hoz, la piedra, el palo y el cuchillo,
Todo en sus manos es arma de muerte.

La saña y el rencor vuelven de acero

Un vara-palo fragil y grosero;

Y hacen un veterano

Del inesperto y rústico paisano.

Los campos y las calles, que primero
Bañaron nuestras lágrimas, regados
Serán de vuestra sangre, en que amasados
Los carbones, serán de tantos pueblos
Y templos del Eterno incendiados.
Con esta horrible tinta escribiremos,
Para infanda memoria,
De unos hombres tan torpes y blasfemos
La horrenda escandalosa y negra historia.

Esta sagrada tierra, que alevosas
Vuestras inmundas plantas profanaron,
Irritada, mil bocas espantosas
Abre para tragar de vuestra impura
Y torpe sangre lívidos torrentes:
Así templar intenta la amargura
De los Manes dolientes
De tantos hijos suyos,
Que en sus lóbregos senos precipita
Esta guerra sacrilega y maldita.

No del hambre instigados,
Mas de rabia y furor, los mismos perros,
Que vieron cruelmente asesinados
A sus dueños queridos,
Arrastrarán por llanos y por cerros
Vuestros hediondos miembros y podridos:
Vuestros huesos roerán, y sus mordaces
Cómillos hallarán en vuestros cuerpos
El sabor de las bestias montaraces.
Del carnicero buitres, y del milano,

Del cuervo y del azor el corvo pico
 Punzará vuestras fétidas entrañas:
 Vuestros vientres voraces
 Destrozarán sus garras pertinaces:
 De su honda cavidad, ensangrentadas,
 Sacarán la cabeza, y en las uñas
 Llevarán por el aire á sus polluelos
 Trozos de vuestras carnes desgarradas.

El Tambre, el Ulla, el Sil y el ancho Miño,
 Cuyos limpios cristales empañaron
 Vuestros sórdidos cuerpos, y el sosiego
 De sus dulces riberas inquietaron
 Hérridos estampidos
 Del cañon y atambor, que enmudecieron
 El pico al ruiseñor, y los gemidos
 De la doliente tórtola; irritados
 De tanta mortandad, en que se vieron
 De la sangre gallega enrojecidos,
 Sus urnas perennales
 Abrirán con furor, y desatados
 A torrentes sus líquidos raudales,
 Vuestros libidos cuerpos y deformes
 Arrastrarán con ímpetu furioso:
 Con ellos jugarán: de sus riberas
 En el tronco del roble berrugoso
 Y en las peñas groseras
 Se estrellarán, dejando mil pedazos
 Pegados á las piedras y los troncos.
 Lo restante del cuerpo, enfurecidos
 Entre bramidos roncós,

Hacia el mar llevarán, donde Neptuno
 Los esconda en sus senos cavernosos,
 Y los monstruos marinos
 Se coben en sus torpes intestinos.

Los caminos los campos y los montes
 Se verán blanquear con vuestros huesos,
 Do mezclados serán y confundidos
 En montones espesos
 Los del giuete altivo y del caballo,
 De lluvia, sol y vientos combatidos,
 De las bestias salvages conculcados,
 Del rústico zagal escarneridos;
 A cada paso en ellos tropezando,
 De negra sangre tinto su camino,
 Marchando á Compostela, el Peregrino
 Alónito dirá, de cuando en cuando:
 «Contaré á las Naciones
 »Lo que mis ojos ven, lo que temblando
 »Mis embargadas plantas van pisando;
 »Y si á insultar se atreven
 »Todavía al Ibero, id á Galicia,
 »Les diré, y observad lo que mis ojos
 »Han visto con asombro en su campaña:
 »Entonces me direis con mas justicia
 »Lo que es el Español, lo que es España.»
 Así dirá pasmado el estrangero (1)
 Que pisare esta tierra.

Y tanta y tanta gloria, ó Patria mia,
 La debes al Varon que en esta guerra
 Dirije tu valor y tu energía.

(1) En el original: «el estrangero.»

Ya en feliz alianza
 Oigo del Turia y Miño las riberas
 Acordes resonar en la alabanza
 Del célebre ROMANA, á quien bendicen
 Las unas como á un hijo generoso,
 Las otras como á un padre victorioso.
 Salvador de la Patria,
 Por quien Galicia en libertad respira:
 ¡Y que no tenga yo para cantarte
 Del mismo Apolo la sonante Lira!
 Hasta el Olimpo ensalzaria el arte,
 Y el valor que al Francés ha confundido.
 Del antártico Polo hasta el nevado
 Septentrion, do te trajo el encendido
 Amor de tu pais, resonaria
 Un cántico elevado,
 Que en su trompa la Fama llevaria
 A do quier que los hombres enlazados
 Por culto y sociedad, en sus hogares
 Sepan amar su Patria y sus Altares.
 Irritense las sierpes de la envidia,
 En su cólera agiten su veneno,
 Y entristezcan el ayre sus silvidos:
 Tu, cual fiero Leon, marcha sereno
 Por la Libica arena, en que arrastrando
 Las sierpes se revuelven:
 Por la senda que Palas te señala
 Camina, despreciando los clamores
 De envidiosos, ó bárbaros censores.
 Por esta senda te conduce Palas

Al colmo del honor: síguela firme,
 Evita la de Marte furibundo,
 Y venga sobre España todo el Mundo.
 Ese furor de Marte, y de Belona,
 O cara Patria mía,

¡A cuan duros reveses te abandona
 Por un valor fogoso, que no observa
 Las prudentes lecciones de Minerva!

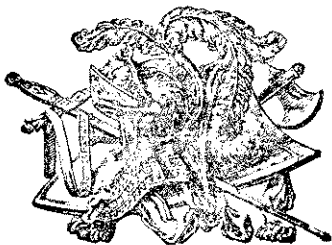
Tu las sabes, Marqués: bajo su égida
 Defiende tu Nación; mas que rabiosos
 Ignorantes murmuren, ó envidiosos.
 Tu serás el escudo de la Hesperia,
 Como Fabio lo ha sido de la Italia,
 Y como un risco en Tí verá la Iberia
 Estrellarse las fuerzas de la Galia.

Tu serás Dictador: lo serás todo,
 Pues tu Patria de Tí todo lo espera:
 Tu serás nuestro Fabio, que del lodo
 Abatido en que yace lastimera,
 Y de tantas derrotas quebrantada,
 Levantarás tu Patria destrozada.

Gritará algun Minucio:

Mas déjalo gritar: la verdadera
 Reputacion de un Héroe no depende
 De lo que un necio alaba ó vitupera.
 Callarán los Minucios, los Varrones,
 Por fin desengañados; y algun dia,
 Despues que con tu ejemplo y tus lecciones
 En pequeños combates agueridos
 Conaules una tropa de Leones,

De un lento Fabio entonces, convertido
En otro Escipion vivo y ardiente,
Todo el fuego de Marte y de Belona
Llevarás en tu Espada refulgente
Mas allá del Garona:
Humillará su tumida corriente,
Pasmado el Sena del Valor hispano,
Y dictará á París, estremecida,
La ley del Vencedor, tu fuerte mano,
Como á Cartago la dictó el Romano.



Cancion Patriótica.

La dedica á la ínclita Nacion Inglesa por mano del Sr. Baron de Douglas un Gallego, agradecido á los inmensos beneficios que dispensa á su Patria la generosidad de la Gran Bretaña, y la bondad del Sr. Baron.

Venga contra España el Ruso, (1)
 Venga el Aleman y el Galo:
 Será mas grande la gloria
 Del Ibero y del Britano.

En la mas sangrienta lucha
 Que vió la Europa asombrada,
 Las dos mas grandes Naciones
 Mutuamente se aventajan.

Venga &c.

De sus hijos á torrentes
 La sangre vierte la España,
 Y torrentes la Inglaterra
 De plata y oro derrama.

Venga &c.

¿Cual de las dos es mas grande?
 Suspensa la Europa calla,
 Y en silencio reconoce

(1) Esta Cancion se hizo en el mes de Mayo del año de 1812 cuando todavia la Rusia, el Austria y la Prusia parecian ser aliadas y aliadas de Napoleon. (N. del A.)

Que son muy grandes entrambas.

Venga &c.

Pobre y sencilla la Iberia
Es una moderna Esparta,
Y es una Atenas moderna
La culta y rica Bretaña.

Venga &c.

Ambas dignas de ser libres,
Y de ser amigas ambas,
Un carácter generoso
Fuertemente las enlaza.

Venga &c.

Un enemigo común
Su Libertad amenaza,
Sirviéndose de las fuerzas
De la Europa subyugada.

Venga &c.

Del carro de un Corso infame
Las Naciones arrastradas
Labrarán de sus cadenas
Contra nosotros las armas.

Venga &c.

Contra todo el Mundo armado
Lidian la Iberia y Bretaña,
Y el poder del Mundo todo
Sus pechos fuertes no espanta.

Venga &c.

Un empeño tan heróico
Sus grandes almas esalta;
Porque en los grandes empeños
Se esceden las grandes almas.

Venga &c.

Atónita nos contempla
 Toda la tierra humillada,
 Esperando ver sus grillos
 Rotos por nuestras espadas.

Venga &c.

¡Ea valientes Britanos!

Cuanto la empresa es mas árdua
 Es mas digna de Inglaterra,
 Es mas digna de la España.

Venga &c.

Nunca os canseis de ayudarnos,
 Pues la Iberia no se cansa,
 Aun despues de haber perdido
 Treinta sangrientas batallas.

Venga &c.

Un teson, que mas erguidos
 Nos hace en nuestras desgracias,
 Vuestros brazos y tesoros
 En nuestro favor reclama.

Venga &c.

Asi el Cielo os remunere,
 Y en todas vuestras campañas
 Marte rija vuestras huestes,
 Neptuno vuestras escuadras:

Venga contra España el Ruso,
 Venga el Aleman y el Galo:
 Será mas grande la gloria
 Del Ibero, y del Britano.

El Joven Desengañado.

La mas tierna y fresca rosa
 Mil espinas la rodcan,
 Y entre flores se ocultan
 Enroscadas las culebras.

En dorada copa al labio
 El veneno se presenta,
 Y la ponzoña del alma
 Al Joven en la belleza.

Al modo del Basilisco
 Matan sus miradas tiernas,
 Y en el fuego de sus ojos
 Se hace el corazon pavesas.

Bien lo sabe el triste mio,
 Que de Silvia las finezas
 Compró con tantos suspiros
 Y pagó con tantas penas.

Inflamose en vivo fuego
Todo mi pecho, y me restau
De un corazon abrasado
Solo las cenizas negras.

Mi sangre, que yo estimaba
Tan solo para verterla:
Por su amor, amor y celos
La quemaron en mis venas.

Y al fin me dejó por otro!!!
Asi pagó mi firmeza,
Y así las mugeres pagan
A quien se muere por ellas.

Esto cantaba Dalmiro
En la orilla del Sarela,
Viendo en sus volubles ondas
Una imágen de las hembras.



RARA AVENTURA

DE UN

PASTOR

LA MAÑANA DE SAN JUAN.



Disparaba el Sol sus rayos
Sobre la cima del monte,
Y la noche se escondía
En la soledad del bosque:

 En trisca alegre saltando
De los sauces á los robles
Cantaban los pajarillos
Tiernamente sus amores:

 El ruego coronaba
De aljófár yerbas y flores,
Y el frescor de la mañana
Alegaba el horizonte:

 Un Pastor del monte Viso
Arrimado á un alcornoque,
Mientras pacen sus ovejas
Remendaba sus calzones.

EN EL CUMPLEAÑOS DE MI SEÑORA

DOÑA RAMONITA VARELA Y SARMIENTO.

ODA ANACREÓNTICA.

Déte el Cielo santo,
bella Ramonita,
mil años alegres
y mil bellos días.

De una Primavera
continúa tu vida,
ni el frío te encoja,
ni el calor te oprima.

Tus días del Mayo
una mañanita
sean, y sus rosas
tu cabeza ciñan.

Halles la fortuna
risueña y propicia,

déte de sus bienes
una medianía:

Ni tanto que sufras
la pobreza esquivá,
ni tanto que el pecho
altivo se engría.

Si á rendir el cuello
al yugo te inclinas,
déte el Cielo un Novio
digno de ti misma:

Te ame tiernamente,
y sus prendas dignas
sean de que lo ames
tiernamente fina.

Así arrimado á la puerta
De la hermosa Ramonita
Cantaba Fabio asistido
Solamente de su Lira:

Déte el Cielo santo,
mi bella Primita,
mil años alegres
mil felices días.

Si del yugo santo
temes las fatigas,

el Cielo te guarde
de amantes intrigas.

Ni el amor te hiera,
ni celos te allijan,
ni sequen tu pecho
tristezas y envidias.

Las santas Virtudes
sean tus amigas,
y tus diversiones
la Filosofía.

En tan noble empleo
correrá tu vida
cual arroyo manso
que entre flores gira.

Conserves el fuego
de la edad florida

con la madurez
de la vejez fría.

Tus cabellos rubios,
de que Amor podría
hacer para su arco
cuerdas esquisitas,

En sus hebras largas
rojas y encendidas
Amor los conserve
para sus conquistas.

~~~~~

Así entre pardas tinieblas  
De la obscura noche umbría  
Canta el desvelado Favio  
A la puerta de su Prima:

Dáte el Cielo santo  
mi Prima querida,  
mil años alegres  
mil felices días.

No sarquen arrugas  
esa cutis lisa,  
ni en tus bellos ojos  
el fuego se estinga:

Ni á tus blancos dientes  
flusion atrevida  
empañe el marfil  
que en tu boca brilla.

En profundo sueño  
de un alma tranquila  
las noches mas largas  
llevas sin sentir las.

Si tal vez soñares,  
á tu fantasía  
solo se presenten  
rosas, clavellinas.

El sol te despierte,  
y las avecillas  
te den la alborada  
con dulce harmonía.

Si sales al campo,  
la tierra que pisas  
bajo de tus pies  
brote flores lindas.

Los zéfiros blandos  
sobre tus mejillas  
y en tu hermoso pelo  
jueguen á porfía.

Así en medio de la noche  
 Y con voz enternecida  
 Cantaba Fabio en la calle  
 De la amable Ramonita:

Déte el Cielo santo  
 mi querida Prima,  
 mil años alegres  
 mil felices días.

Si al monte salieres,  
 todas sus espinas  
 se muden en rosas  
 á tus pies rendidas:

Inclinen los robles  
 sus ramas altivas,  
 y canten las aves  
 dulces tonadillas.

De arroyuelos mansos,  
 si vas á su orilla,  
 te besen las plantas  
 aguas cristalinas.

En tus bellos ojos  
 reine la alegría,

y brille en tus labios  
 la dulce sonrisa.

Seas el consuelo  
 de tus hermanitas,  
 seas de tu madre  
 todas las delicias.

La vejez cansada,  
 de otras tan temida,  
 te sea la aurora  
 de otro mejor día.

Cuando ya del mundo  
 estés aburrída,  
 sobre las estrellas  
 para siempre vivas.

Tu pecho al sepulcro  
 lleve sin mancha  
 el Candor, que adorna  
 tu cara sencilla.



Así cuando la alborada  
 Cantan las aves al día  
 Cantaba Fabio á la puerta  
 De la bella Ramonita:

Déte el Cielo santo,  
 mi dulce Primita,  
 mil años alegres  
 mil felices días.

# En la Esaltacion

DEL

## REY NUESTRO SENOR

AL TRONO DE SUS ABUELOS.

---

### CANCION.

**R**einar con despotismo  
 No es gusto de Fernando,  
 Que solo quiere el mando  
 En nuestro corazon.

El sabe cuanta pena  
 Nos dieron sus quebrantos,  
 El sabe nuestros llantos  
 Por su cautividad:

El sabe que su pueblo  
 En desigual combate  
 Mostró por su rescate  
 Invicta heroicidad.

Reinar &c.

Su Trono que intentaban  
 Robar viles ladrones,  
 En nustros corazones  
 Supimos conservar;

Y mientras que usurpaba  
 El Galo sus derechos,  
 Fernando en nuestros pechos  
 No cesa de reinar.

Reinar &c.

Asi nuestro tributo  
 En noble vasallage  
 Es solo un homenaje  
 Al reino del amor:

A sola una palabra  
 Lo harán nuestras ofrendas  
 De vidas y de haciendas  
 El árbitro y señor.

Reinar &c.

De amor en basa firme  
 Su Trono afianzado,  
 El orbe conjurado  
 No basta á conmovér;

Y si otro Bonaparte  
 Quisiese armarle lazos,  
 Contad con nuestros brazos  
 Que los sabrán romper.

Reinar con despotismo  
 No es gusto de Fernando,  
 Que solo quiere el mando  
 En nuestro corazón.

## El Invierno.

---

Sobre el ceñudo Pedroso  
Se amontona ya la nube,  
Y pardas nubes entoldan  
Toda la esfera celeste.

Rígido el yelo, los campos  
Y caminos endurece,  
Y al fijar el pie retumban,  
Como si de bronce fuesen.

El zagal y el corderillo,  
Buscando el rústico albergue,  
Yerran la senda nevada  
Y entre barrancos se pierden.

Las ovejas maltratadas,  
Que al fin al aprisco vienen,  
Pagan aquel triste abrigo  
Con el hambre que padecen.

Brama el Aquilon furioso  
Entre pinos y cipreses,  
Y á su bramido espantados  
Los pájaros enmudecen.

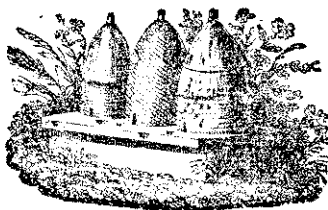
Las aves de canto triste  
Solás á chillar se atreven,

Grazna el cuervo, llora el búho  
Y las selvas entristecen.

Pálido el Sol y sin fuerza,  
Apenas raya en Oriente,  
Cuando detrás de los montes  
Confundido va á esconderse.

Naturaleza encojida,  
Débil y mustia, parece  
Que toca al último instante  
Con el frío de la muerte.

Y entretanto en su cabaña  
Anton, Pascual y Silvestre,  
Asan castañas, las comen,  
Y cantan los buenos Reyes.



## Los Trabajos del Amor.

**L**aura: desde que te he visto  
 Es tanto lo que padezo,  
 Que no cabe el espresarlo  
 Ni en mi lengua, ni en mis versos;

Y de tal modo hechizaste  
 Este mi cuitado pecho,  
 Que donde no encuentro á Laura  
 Solo pesares encuentro.

Mis amigos me fastidian,  
 Y me fatidan mis deudos;  
 Ni mis libros me divierten  
 Ni me divierte el paséo.

Si voy al prado y mi Laura  
 No está en el prado, no veo  
 En su verdor y sus flores  
 Sino un triste inculto yermo.

No hallo placer en la mesa,  
 El comer me es un tormento,  
 Ni cierra el sueño mis ojos,  
 Ni hallo descanso en el lecho.

¡O Laura de mis pecados!  
 No les tome cuenta el Cielo  
 A tus hechizeros ojos  
 Del estado en que me han puesto.

Y lo que es mas doloroso,  
He gastado en tu cortejo  
A puro rondar tu calle  
Un par de zapatos nuevos.  
¡Ay pobre infeliz de mí!  
Que los debo al Zapatero,  
Y es un hombre tan mezquino  
Que no espera ni un momento,  
Ya que no me das cariño,  
Mi Laura, dame dinero,  
Con que compre unos zapatos  
Para salir de este invierno.  
Así Venus te depare  
Un Jovencito, heredero  
De los ranciosos doblones  
De un ochenton usurero.  
De este modo se reía  
De amorosos devaneos  
Un Estudiante que tuvo  
Demócrito por Maestro.



## Mi Triste Mudanza.

---

Las mañanas que iba al campo  
 En los verdes años míos  
 Bullian los arroyuelos,  
 Cantaban los pajarillos.

La bella Aurora rasgando  
 De la noche el velo umbrío;  
 Se sonreía á mis ojos  
 De su hermosura cautivos.

El Sol naciente dorando  
 La cima del alto Viso,  
 Llenaba el campo de vida  
 Mi pecho de regocijo.

En las ramas de los sauces,  
 Jugando los zefirillos  
 Con susurro delicioso,  
 Encantaban mis oídos.

Derramaban por el aire  
 Mil y mil flamantes visos  
 Los cristales del arroyo,  
 Del Sol al soslayo heridos.

Este ufano ya corría  
 Haciendo un mauso ruido,  
 Ya del prado enamorado  
 Se paraba en el camino.

Para envenenar mis gustos,  
 Tal vez, el traidor Cupido  
 En figura de Lisarda  
 Asomaba entre unos mirtos.

Mas Minerva, que gustaba  
 Ser Dueño de mi alvedrio,  
 Me daba el contrayeneno  
 Entre las hojas de un libro.

Toma y lee, me decia,  
 Un Horacio y un Virgilio,  
 Que del campo retrataron  
 Las bellezas tan al vivo.

Embelesado mi pecho  
 Contemplando el campo mismo,  
 Y su pintura animada  
 Por pinceles tan divinos,

Ni aun miraba al Rapazuelo,  
 Que enrabiado del desvio  
 Iba á traspasar el alma  
 De un ocioso Jovencito.

En tanto á mis pies las rosas  
 Abrian sus botoncitos,  
 Y alagüeñas me enseñaban  
 Los senos mas escondidos.

Las primicias de aquel dia  
 Flores y arbustos, rendidos,  
 Al nuevo Sol consagraban  
 En perfumes esquisitos.

Para gozar el primero  
 De sus rayos cristalinos,

Alza la soberbia frente  
El abeto envanecido.

Para mostrarse á sus ojos  
Con mas galanura y brillo,  
Se adornan las yerbecillas  
Con las perlas del rocío.

La humilde mies encorvada  
Del nocturno vapor frio,  
Alza su espiga y recobra  
Al dulce calor su brio.

El tierno cuello inclinado  
Levanta el gallardo lirio,  
Y á vista del Sol revive  
Su vigor amortecido.

Todo el campo se alegraba  
Ante el Sol recién nacido;  
Hasta los serios cipreses,  
Hasta los broncos espinos.

El cielo y la tierra entonces,  
El agua y el aire unidos,  
Mis sentidos encantaban  
Con los mas dulces hechizos.

Mas ahora..... mis placeres,  
¡Ay de mí! ¿donde se han ido?  
Ni en el prado encuentro flores,  
Ni en los sauces jilguerillos.

En lugar del Alba, al cielo  
Lo cubre un cendal sombrío,  
Y el Sol naciente se esconde  
Tras de un nubarron cetrino.

Triste y callado el arroyo  
 Yá no bulle; y detenido  
 En un pozo, me presenta  
 Una imagen del abismo.

Las aves de canto alegre  
 Cierran para mí sus picos,  
 Y solo del triste cuervo  
 Oygo los tristes graznidos.

El Zéfiro lisonjero  
 Ya no juega en los alisos,  
 Y el fiero Aquilon me aturde  
 Branando en los altos pinos.

¿Pero es posible? el arroyo,  
 El prado, los pajarillos,  
 El Sol, la Aurora ¿dejaron  
 De ser lo que siempre han sido?

No por cierto: son lo que eran  
 Allá en mis años floridos:  
 Lo mismo son: solamente  
 Yo dejé de ser el mismo.



## La Despedida del Pedante.

---

**T**u, Marica, de la Historia  
 No sabes una palabra,  
 Aunque tu padre leía  
 Los Doce Pares de Francia.

Bien quisiera yo instruirte,  
 Y un escrupulo me ataja,  
 Que siendo ya Bachillera  
 Te pases á Licenciada.

Mas en fin, ello es preciso,  
 Pues tanto el Mundo te agrada,  
 Que conozcas de este Mundo  
 Los vaivenes y mudanzas.

De las estrellas abajo  
 Todo, Marica, se acaba,  
 Las camisas que uno viste,  
 Los zapatos que uno calza.

El huracán en la selva  
 Pinos y encinas quebranta,  
 Y una flusion en la boca  
 Los dientes á una muchacha.

Tu viste morir Toribio,  
 Viste morir su Pascuala,  
 Viste morir tu Abuela  
 Mas vieja ya que la Sarna.

Viste morir en tu calle  
 Aquel Marqués, que Dios haya,  
 De quien dicen malas lenguas  
 Que halló la muerte en tu Cama.

La Parca al rico sorprende  
 Entre sábanas de Holanda,  
 Y al andrajoso mendigo  
 Entre polvo y telarañas.

A todos incesorable  
 Hierde su cruda guadaña,  
 Al que manda las ovejas  
 Y al que las armas comanda.

Los Reyes también se mueren,  
 Y si Dios no lo atajara,  
 Solamente se vería  
 Su figura en las Barajas.

Frescamente en nuestros días  
 Se vieron Reyes y Papas  
 Perseguidos como ciervos,  
 Saltando de mata en mata.

Y el bicho infame que altivo  
 Sobre sus tronos se hinchaba,  
 Hoy atado á la cadena  
 Muerde cual perro de rabia.

Mas el morirse los Reyes,  
 Que al fin son hombres, no es nada:  
 Mueren los Imperios mismos  
 Que de eternos blasonaban.

De las ciudades mas fuertes  
 Se desploman las murallas,

Y el tiempo cava la huesa  
En que han de ser enterradas.

Como á pedradas derriban  
Los muchachos las castañas,  
Así caen los castillos  
Sacudidos de las balas.

Surca el arado el terreno  
Do el Regio Solio brillaba,  
Y do el Monarca dormía  
Recoge el Pastor las cabras.

Donde el generoso potro  
A la guerra se ensayaba,  
Rebuzna el menguado burro  
Mal ferido de la albarda.

En el jardín do entre flores  
La Reina se solazaba,  
Nabos, berzas y cebollas  
Cultiva la Tía Olalla.

Donde la soberbia torre  
Sobre las nubes se alzaba,  
Hizo Pachín justamente  
El corral para sus vacas.

¡O que mudanzas, Marica!  
Pero tú no las estrañas:  
Ora Dama de un Marqués,  
Ora de un Cabo de Escuadra.

Yo te he visto á los diez años  
De pie y pierna descalza,  
Y á los quince el oro y seda  
Lucían sobre tus patas.

Gracias á aquel Intendente  
 Que cuidó de tu crianza,  
 Y á cuenta de la Nacion  
 Te crió para la Patria.

Vuelvo á la Historia: ya no existe  
 Troya, la tan celebrada,  
 Por enredos de una Elena,  
 De tu genio y de tu cara.

Fenecieron Babilonia,  
 Tebas, Atenas, Esparta,  
 Y solo por sus ruinas  
 Conocemos donde estaban.

Tambien feneció Corinto,  
 Donde eran las Cortesanas  
 El salero de la Grecia,  
 Como tú lo eres de España.

El Reino de los Egipcios  
 Allá murió con Cleopatra,  
 A quien tú semejas mucho  
 En lo chusca y lo gitana.

Murieron Persas y Griegos,  
 Naciones antes tan bravas,  
 Después que el lujo y las hembras  
 Enmaricaron sus almas.

Roma, Señora del Mundo,  
 Por fin vino á ser esclava,  
 Después que á fuer de Señora  
 Gastó melindres de Dama.

Godos, Francos, Borgoñones,  
 De la ruda Escandinavia,

Fundaron nuevos imperios  
En las Provincias Romanas.

Y estos desgrenados hijos  
Del país de las escarchas  
Truecan sus incultas selvas  
Por los jardines de Italia.

Cimbrios, Sicambros, Teutones,  
Que engendró la Escitia helada,  
Vienen á beber el vino  
De Borgoña y de Peralta.

Hartos de bellota y nabos,  
Carne cruda ó mal asada,  
Y de aceite de ballena  
En cascos de calabaza.

Los Vándalos, los Suevos,  
Vienen á llenar la panza  
De melones de Valencia  
Y ciruelas de Granada.

Los Alanos, los Silingos,  
Que en su tierra firitaban,  
Se calientan con los vinos  
De Geréz, y de la Nava.

De pieles vestido el Godo,  
La melena embedijada,  
Y con sus barbas de chivo  
Se hace dueño de la España.

Los moradores antiguos  
Unos cautiva, otros mata,  
Come los Niños y esconde  
Las Niñas entre las barbas.

Retén, Marica, estos nombres,  
 Y repítelos sin tasa,  
 Que á tal oír tu Cortejo  
 Dirá que eres una Sabia.

Volviendo al cuento: á los Godos  
 Destrozó la Cimitarra  
 De unos bárbaros, venidos  
 Allá de la Mauritania.

A su vez tambien los Moros  
 Llevaron su zurribamba,  
 Y Ramiros y Fernandos  
 Calentaron sus espaldas.

Como caen las espigas  
 A golpe de hoz acerada,  
 Asi cabezas Morunas  
 En Clavijo y en las Nabas.

Y los Esposos, que unieron  
 Los castillos y las barras,  
 Al Trono infame derrocan  
 De la Agarena canalla.

Pero relacion tan negra  
 De muertes, guerras, matanzas,  
 Como un libro de Difuntos  
 Que solo un Cura repasa;

¿Que le importa á una Marica  
 Juguetona y vivaracha,  
 Que con los vivos se entiende  
 Y de los muertos se espanta?

Te importa, y mucho, que entiendas  
 Que, pues, todo al fin se acaba:

Tambien mi pobre bolsillo  
Se encuentra en la boqueada.

Se acabó: y era forzoso  
Que el pobrete se acabara,  
Porque era flaco, y tú fuerte  
En la esgrima de la Estafa.

Ya espiró: tenlo entendido:  
Mi conciencia delicada  
No permite en tu Comercio  
Estorvarte otra ganancia.

Agur: tu buena fortuna,  
En lugar de una Sotana,  
Te enganche un Virey que venga  
De robar en la otra banda.

*Así hablaba un Pedantón  
En la situacion amarga  
De anunciarle à su Morena  
Que no tiene, ni una blanca.*



## La Violencia de los Celos.

---

**E**n la margen del Sarela,  
 Y en el hueco de una roca,  
 Reclinada está llorando  
 La bellísima Leonora.

Desvíos de su Leonardo  
 Atormentan la Pastora,  
 De su Leonardo que aleve  
 Puso los ojos en otra.

Amor y celos la afligen,  
 Celos y amor la acongojan,  
 Los dos verdugos del alma  
 Que el corazón le sufocan.

Solo el río la consuela,  
 La vista fija en las ondas,  
 Que aumentan sus ojos bellos  
 Con las lágrimas que lloran.

Habla con el riachuelo,  
 Y le cuenta sus congojas,

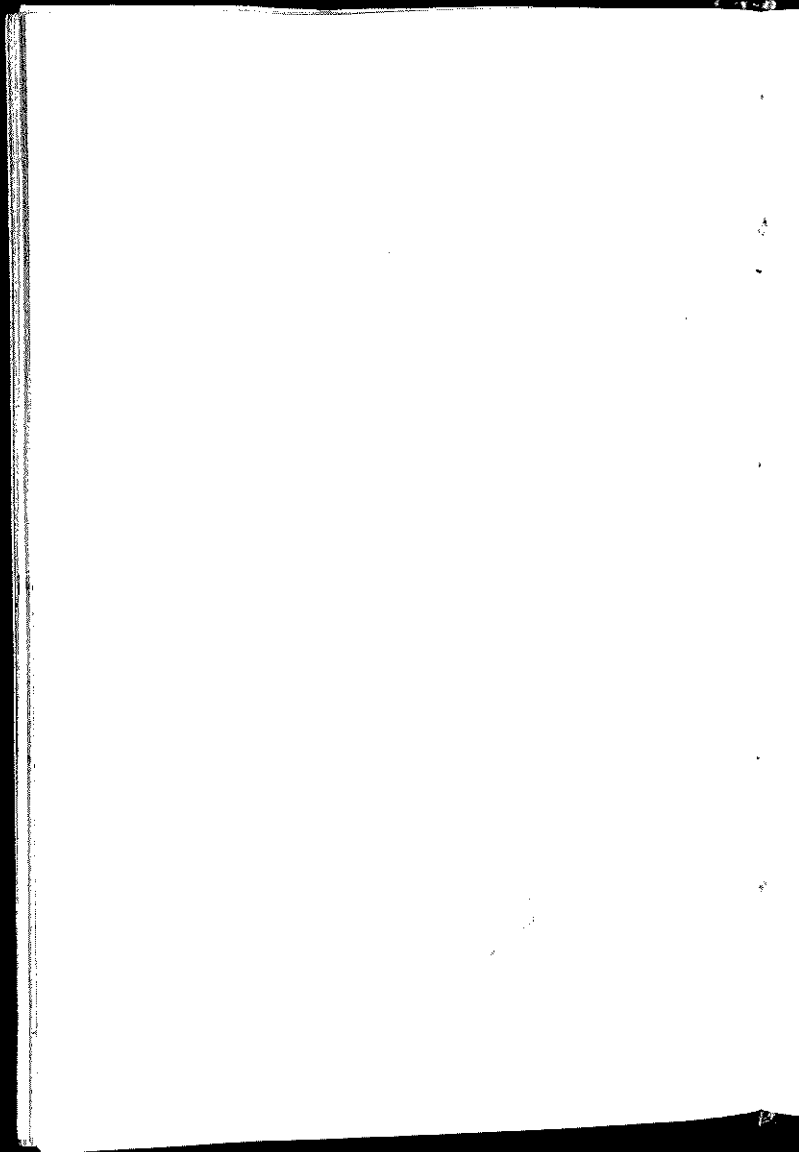
Y para apagar su fuego  
Sus frescas aguas implora.

¡Oh! le dice: si en tu seno  
Viene á lavarse Melchora,  
Aqueella que á mí Leonardo  
La cabeza le trastorna;

Tu, mi dulce riachuelo,  
Tus puras linfas transforma  
En pez ardiente, que tizne  
La cara de esa Bribona.

Dijo: y despechada al río  
(¡O duros celos!) se arroja,  
Y allí se puso á lavar  
Una camisa de estopa.





# ÍNDICE.

|                                                                                                                                      | <i>Pag.</i> |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------------|
| Oda al Sr. Malvar condecorado con la gran cruz de Carlos III por haber mandado construir el camino de Santiago á Pontevedra. . . . . | 7           |
| Cancion de un afligido á un roble. . . . .                                                                                           | 12          |
| Oda á una Señora por el primor con que tocaba el Clave. . . . .                                                                      | 16          |
| Oda al Duque de Aliaga. . . . .                                                                                                      | 18          |
| Soneto de D. Pedro Bazan á la Oda anterior. . . . .                                                                                  | 21          |
| Oda del Autor en contestacion al Soneto. . . . .                                                                                     | 22          |
| Traduccion libre de la Oda de Horacio <i>Parcus &amp;c.</i> . . . . .                                                                | 24          |
| Otra de la Oda del mismo <i>Integer vita &amp;c.</i> . . . . .                                                                       | 25          |
| Otra de la Oda de id. <i>Sic te Diva &amp;c.</i> . . . . .                                                                           | 27          |
| A la Virtud en la persona de la Señora Doña María Eulate. . . . .                                                                    | 30          |
| Cancion al Sr. Muzquiz, por su proteccion á las Religiosas de la Ensenanza. . . . .                                                  | 33          |
| Traduccion de la célebre Oda de Horacio <i>Beatus ille &amp;c.</i> . . . . .                                                         | 40          |
| Otra libre, de la misma. . . . .                                                                                                     | 45          |
| Oda á Neptuno, recomendándole al Duque de Veraguas. . . . .                                                                          | 51          |
| Cancion á Neptuno, sobre el mismo asunto . . . . .                                                                                   | 55          |
| El Desengaño. . . . .                                                                                                                | 57          |

|                                                                                              |     |
|----------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| El Amor dormido. . . . .                                                                     | 62  |
| Oda al Sr. Acuña, viniendo á tomar aires del país. . . . .                                   | 67  |
| Himno al Santo Apóstol, implorando su proteccion en favor del Sr. Acuña. . . . .             | 69  |
| Oda al Sr. Canónigo Sanchez á nombre de los labradores. . . . .                              | 73  |
| Traduccion de los dísticos que el mismo Canónigo D. Pedro Sanchez dedicó á Napoleon. . . . . | 75  |
| Otra traduccion en distinto metro. . . . .                                                   | 76  |
| Décima á un afrancesado, contestando á cierta pregunta. . . . .                              | 77  |
| Traduccion del célebre epigrama de Don Juan de Iriarte <i>Quam benè præcipiti &amp;c.</i>    | 78  |
| Oda al Sr Malvar en los dias de su Santo. . . . .                                            | 80  |
| Epitafio al Sacristan questero D. Carlos de Andrade. . . . .                                 | 81  |
| Los estragos del Amor, y la falsedad de las Mugeres. . . . .                                 | 85  |
| El inocente Fabio á la astuta y artificiosa Filis. . . . .                                   | 101 |
| Oda á D. Juan Felipe Osorio. . . . .                                                         | 104 |
| Epitafio á una Dama desdeñosa y altanera, pero muy amable. . . . .                           | 107 |
| Décima de un Enfermo á dos Angelas en el dia de su Santo. . . . .                            | 108 |
| Quejas de las tres hermanas Amarilis, Filis y Laura, contra el desamorado Fabio.             | 109 |
| Soneto: Consejo de una vieja alcahueta                                                       |     |

|                                                                                                                                                    |     |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| á un hijo suyo. . . . .                                                                                                                            | 111 |
| La Pastora escarmentada en cabeza ajena. . . . .                                                                                                   | 112 |
| El Cordero de Ananías. . . . .                                                                                                                     | 117 |
| Himno á Santa Escolástica el día de su<br>festividad, prestado á la Abadesa<br>de San Payo Doña Teresa Moscoso,<br>por sus Junioras. . . . .       | 124 |
| A un Conejito, que tenía su cueva junto<br>al pelomar de una casa donde estaba<br>tirado un buen Español, fugitivo á<br>la furia francesa. . . . . | 127 |
| A un Ruiseñor, que cantaba en medio<br>de la gritaría y confusión de las aldeas<br>que los franceses saqueaban, talaban<br>y quemaban. . . . .     | 137 |
| Oda contra el lujo y el amor de las ri-<br>quezas: traducción en parte y en par-<br>te imitación de la de Horacio <i>Carminum</i> . . . . .        | 151 |
| Oda á la Rosa, y al orgullo de la belleza. . . . .                                                                                                 | 155 |
| Al Sol en el Ocaso, canción de un solita-<br>rio y melancólico. . . . .                                                                            | 160 |
| La entrada en el Invierno. . . . .                                                                                                                 | 169 |
| La Primavera. . . . .                                                                                                                              | 171 |
| La mañana en el campo. . . . .                                                                                                                     | 173 |
| El melancólico á su amada Selva, resta-<br>blecida de los rigores del Invierno. . . . .                                                            | 181 |
| A una Señorita ilustre, de mucha mode-<br>ración en los vestidos, y una singular<br>afabilidad con los pobres aldeanos. . . . .                    | 186 |
| El brazo de Dios, estendido para prote-                                                                                                            |     |

|                                                                                                                                |     |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| jer al pobre inocente y castigar al in<br>justo opresor. . . . .                                                               | 195 |
| La tempestad, acaecida en Santiago y<br>sus contornos. . . . .                                                                 | 200 |
| En la entrada del Invierno, á una selva<br>muy querida y frecuentada del autor. . .                                            | 213 |
| Un desconsolado, á un Pajarito que es-<br>taba haciendo su nido, y Respuesta<br>del Pajarito. . . . .                          | 225 |
| Aviso á un Pajarillo inocente y enamorado.                                                                                     | 226 |
| Endechas de un Pajarillo enjaulado. . . . .                                                                                    | 227 |
| Las dedica su autor á la Señora Doña<br>María Valderrama. . . . .                                                              | 228 |
| Galicia libre del yugo francés por el va-<br>lor de sus naturales, estimulado y di-<br>rigido por el Marqués de la Romana. . . | 229 |
| Cancion patriótica dedicada á la Nacion<br>inglesa por mano del Baron de Douglas.                                              | 248 |
| El Joven desengañado. . . . .                                                                                                  | 251 |
| Rara aventura de un Pastor la mañana<br>de San Juan. . . . .                                                                   | 253 |
| Oda anaereóntica á la Señora Doña Ra-<br>mona Varela y Sarmiento. . . . .                                                      | 254 |
| Cancion en la cesaltacion del Rey al Trono.                                                                                    | 257 |
| Los trabajos del Amor. . . . .                                                                                                 | 261 |
| Mi triste mudanza. . . . .                                                                                                     | 263 |
| La despedida del pedante. . . . .                                                                                              | 267 |
| La violencia de los celos. . . . .                                                                                             | 274 |

## ERRATAS.

| Página. | Línea. | Dice.         | Léase.         |
|---------|--------|---------------|----------------|
| 39      | 19     | clástro       | cláustro       |
| 51      | 11     | afrecuentarse | à frecuentarse |
| 57      | 21     | sepultado     | sepultando     |
| 62      | 25     | cirzo         | cierzo         |
| 66      | 60     | el amor       | el Amor        |
| 71      | 21     | Alcánzale     | Alcáncete      |
| 96      | 20     | Colo          | Eolo           |
| 97      | 30     | espanaosa     | espantosa      |
| 112     | 25     | uvas          | unas           |
| 113     | 19     | umbrar        | umbral         |
| 119     | 3      | El amor       | El Amor        |
| 122     | 18     | alanzo        | lanzo          |
| 132     | 28     | tartios       | tardios        |
| 140     | 13     | donde yacia   | do yacia       |
| 142     | 1      | Santo         | santo          |
| 147     | 23     | escedió       | escondió       |
| 166     | 15     | En mudece     | Enumudece      |
| 172     | 12     | del alma      | de alma        |
| 181     | 7      | et            | en             |
| 189     | 14     | y cuantos     | y cuanto       |
| 234     | 14     | prisiones     | prisiones      |
| 237     | 16     | qui           | que            |
| 239     | 3      | ya la nube    | ya la nieve    |

